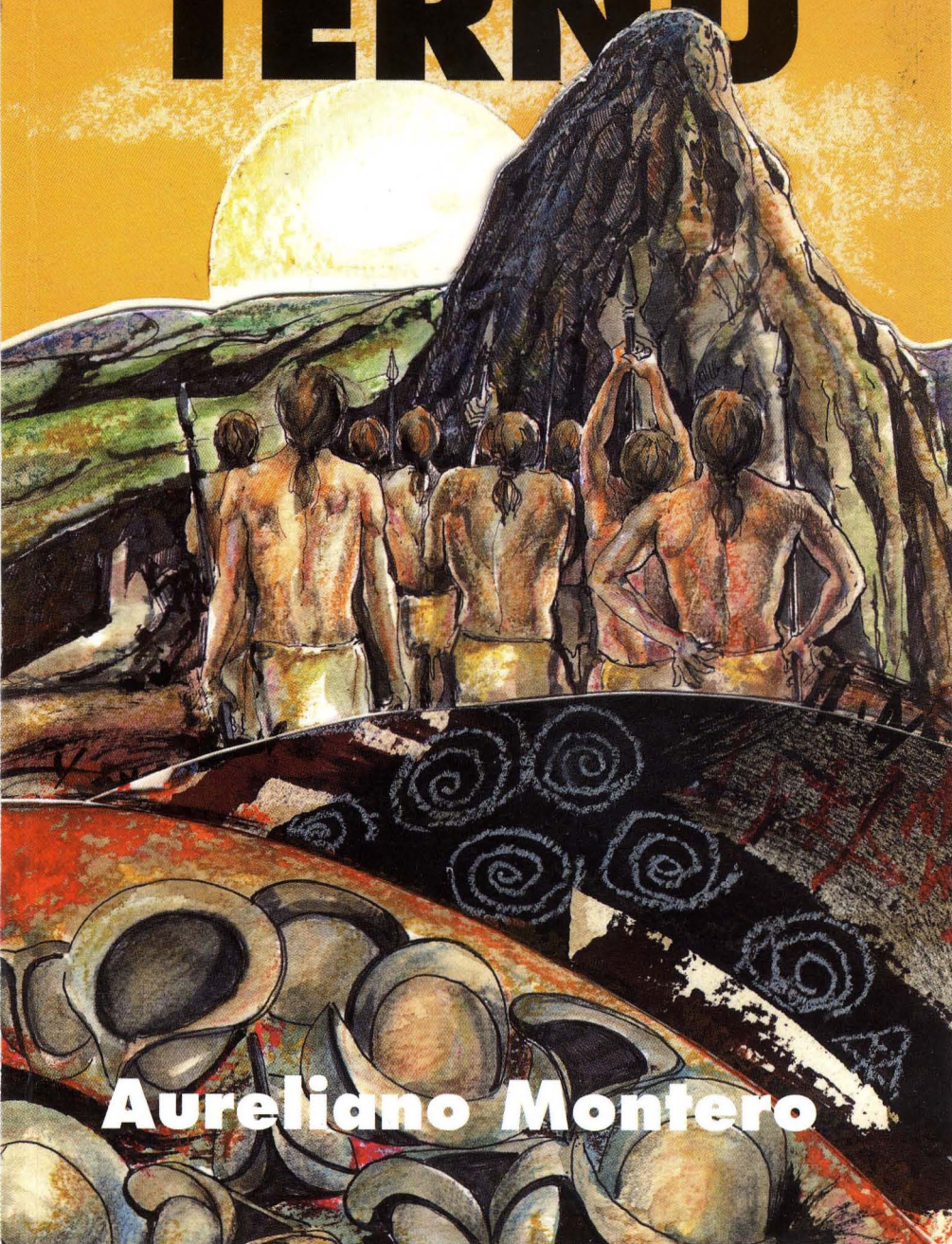


TERNI



Aureliano Montero

TERNU

Aureliano Montero

© de la edición, Cabildo de Lanzarote, 1998.

© del texto, Aureliano Montero.

Portada: Santiago Alemán.

Coordinación:

Servicio de Publicaciones

Impresión:

Estudios Gráficos ZURE, S.A.

Erandio

Goikoa (Bizkaia)

ISBN: 84 - 87021 - 43 - 3

Depósito legal: BI-1890-98

A mi abuelo, Antonio “El Canario”,
por ser el Viejo Guerrero; a mi mujer, Sila,
por obligarme a acabar este libro; y a mi hijo
Bencomo, por ser el protagonista principal.

TERNU (Victoria)

Antes de empezar a contar ésta, mi desgraciada historia, permitidme presentarme. Mi nombre es Pedro. Mis apellidos, Escobar y Parrilla. Mi profesión la de aventurero. Y mi ventura, la de estar vivo para contarlo.

Soy nacido de Sevilla, del pueblo de Morón de la Frontera. Mi familia provenía del norte, de las lejanas tierras gallegas. Fue mi abuelo, don Luis Escobar, un caballero cristiano, quien oyendo que Enrique IV, Rey de Castilla, se disponía a atacar el Reino Nazarí, se dirigió a aquellas tierras con todos sus fieles.

Cuando tras algunas escaramuzas se detuvo el ataque, mi abuelo decidió establecerse en Sevilla, a la espera de un nuevo intento que no llegó a ver. Con sus ahorros compró una pequeña hacienda en Morón, y mandó llamar a su mujer y a sus tres hijos. Y allí envejeció, esperando el ataque definitivo contra los últimos infieles que poblaban la península.

Poco más sé del pasado de mi familia... Mi tío Luis murió durante una escaramuza en la frontera granadina. Mi tía Isabel casó con un rico hacendado, y marchó a vivir a Salamanca. Mi padre, don Juan Escobar, hijo menor de aquel viejo caballero, quedó

al cuidado de la hacienda, y en ella se dedicó al cultivo de la vid y el olivo.

Fue en una de tantas ocasiones en que mi padre se desplazó a Sevilla, para realizar las necesarias compras que ayudasen a la buena marcha de la hacienda, cuando conoció a la que sería mi madre, doña Elvira Parrilla, la hermosa hija de un humilde escribano, cuya mayor pasión era la de leer libros, y cuya mayor frustración era no ser Licenciado en materia alguna. Fruto de esa unión nací yo, en el año del Señor de 1470, cuatro antes de la muerte de Enrique IV y de la subida al trono de su hermana Isabel, hoy la Católica.

CAPÍTULO PRIMERO

«EL VIEJO GUERRERO»

Poco recuerdo de mi infancia. Fue mi madre, quien como buena hija de su padre, se encargó de mi educación. Ella dedicó muchas tardes, hasta bien entrada la noche, a inculcar en mi dura cabeza el «arte» del estudio.

Matemáticas, poesía, latín, cosas que aborrecía y que a mi padre le provocaban la risa. Pero mi madre soñaba (y todavía sueña) con verme estudiar en la Universidad. A ella le debo, sobre todo a sus horas de sacrificio, el saber todo lo que sé.

Pero fue mi abuelo quien más influyó en mi carácter: Con él soñé en miles de aventuras. Me hablaba de tierras desconocidas, de combates con infieles, e incluso de la existencia de terribles monstruos, allende los mares.

Daba gusto oírle sobre tantas cosas a la vez. Su viejo rostro, cubierto por una poblada barba blanca, se contraía como si estuviera viviendo cada una de las historias que relataba. Al mismo tiempo, mi imaginación me trasladaba a los remotos lugares de que me hablaba... Era muy anciano ya y desvariaba. Pero todavía tenía la energía suficiente para imponer su criterio en situaciones

comprometidas. Aún recuerdo las discusiones que sostenía con mi madre, pues los dos se echaban en cara la forma de educarme.

—Usted, con sus historias de tierras desconocidas y fábulas guerreras, está llenando de pajaritos la cabeza de mi hijo.

—No, señora. Es usted con su latín, su poesía y sus costumbres refinadas, quien lo va a convertir en una señorita.

Una tarde en la que mis padres habían salido, mi abuelo, asiéndome de la mano, me subió al viejo desván. Era el único lugar de la casa al que nunca había entrado. Y abriendo la carcomida puerta, me dijo:

—Pedrito, te voy a enseñar una cosa que jamás has visto. Y que puede que alguna vez llegues a utilizar

—¿Qué cosa es, abuelo? —pregunté con la lógica inconsciencia infantil.

—¿Recuerdas los muchos combates que he sostenido con los infieles?

—¡Oh, abuelo! Me lo has contado miles de veces...

En medio de esta conversación, caminando entre telarañas y trastos viejos, me llevó hasta un rincón, en el cual destacaba un enorme bulto entre las sombras. Y tras señalármelo con sus huesudos dedos, me dijo:

—Mira Pedrito, esta es mi armadura. Y esta de aquí, mi espada. Con ella descabecé a muchos infieles.

Me acerqué un poco más, y pude contemplar fijamente aquella gigantesca amazón (yo tenía diez años). Otro tanto hice con la espada. Polvorientas pero imponentes. La verdad, es que

nunca en mi vida había visto una armadura, y creo que la miré boquiabierto y atolondrado para goce de mi abuelo... Espadas sí había visto, como la de Juan Díaz, el gordo tabernero de Sevilla, o la de Ramón Aguirre, amigo de mi padre. Pero la visión de la armadura me cautivó, y un homigüeo intenso recorrió mi cuerpo. Hoy pienso que mi sangre infantil hirvió por primera vez, algo parecido a lo que me ocurriría años después, cuando me embarqué en la nefasta aventura de Canarias.

—Y éste —prosiguió mi abuelo—, es el Escudo de Guerra de los Escobar. Con esto y la ayuda de Dios, pensaba expulsar a los infieles de su último reducto peninsular.

—Y lo harás abuelo —le repliqué ingenuamente—. Pronto montarás de nuevo, y los echarás tú sólo.

Fue entonces cuando agachándose, mi abuelo me agarró por los brazos, y me miró muy fijamente. De sus ojos negros brotó una lágrima y, con voz inusualmente lastimera, me dijo:

—No, Pedrito... Ya soy muy viejo, y moriré pronto. Mucho antes de que venga otra guerra. Pero confío en que tú, con mis armas, cumplirás la promesa que me hice cuando salí de Galicia: la de reducir a los infieles y devolverlos al Infierno de donde han venido.

Una fría mañana, mi abuelo no acudió como solía hacer; a mi cuarto a despertarme. De repente, tuve como un presentimiento, y saltando de la cama corrí hacia su aposento. Mi madre se encontraba a la entrada. Sus preciosos ojos verdes me miraron fijamente, y con voz medio afligida me preguntó:

—¿Adónde vas, Pedrito?

—Quiero ver al abuelo —respondí yo.

—No puedes verlo, está descansando —me dijo con una sonrisa forzada.

—¡Es mentira! Quiero verlo —comencé a gritar desesperadamente, mientras intentaba salvar el obstáculo que representaba mi madre.

A los gritos acudió mi padre, que se encontraba dentro de la estancia. Con él estaba el doctor Yáñez. Ambos tenían el semblante muy serio. Mi padre miró a mi madre y le dijo: Tiene derecho. Era su abuelo.

Fue entonces cuando, temiendo lo peor, corrí hacia el interior de la habitación, y lo vi tumbado en la cama. Inerte. Sin vida. Su tez, blanca como la nieve. Me acerqué a él y toqué sus manos. Las encontré frías como el agua del pozo. No sentí nada. Ni siquiera lloré. Me aparté un poco y recorrí con la mirada, las paredes de la habitación. Vi las banderas y lanzas, trofeos de guerra que él conservaba. Y con ellos se fue mi imaginación: combates, monstruos, tierras desconocidas. Fue mi padre quien me sacó de mis ensoñaciones. Casi estaba leyéndome el pensamiento, cuando exclamó: ¡El viejo guerrero ha muerto!

Días después conocí a mi tía Isabel. Había venido de Salamanca para asistir al funeral por la cristiana alma de mi abuelo. Y he de reconocer que cuando la vi por vez primera, quedé maravillado. Era muy hermosa. Su piel blanca como la leche, y por contraste, sus ojos negros como azabaches. Tenía ademanes de

gran señora, y hablaba muy correctamente. Sus años de matrimonio con don Felipe de Braganza, la habían favorecido en ese aspecto. Sin embargo, jamás podría compararse a mi madre, morena por el sol de Al Andalus, y mañosa en todo cuanto emprendía. La prefería más pese a su genio brioso, que hacía enmudecer hasta a mi padre.

Mi tía Isabel era atenta y cariñosa conmigo, y ciertamente me caía muy bien. Ella me hablaba de lo bonita que era Salamanca: sus puentes, sus plazas, su río Tormes, la Universidad... Lo diferente que era de la cálida aunque rica Sevilla. Pero la voz de alarma sonó cuando le dije a mi padre, que como no había tenido descendencia, y era probable que nunca la tuviese, le gustaría llevarme con ella una temporada. Conocería otro ambiente. Y así, algún día podía ingresar en la Universidad. Mi padre dudó un poco, pero mi madre, cuyo mayor anhelo era que hiciera la carrera de Leyes, aceptó rápidamente.

En esos momentos, parecía que el mundo se me venía encima. ¡Yo! que sólo quería luchar contra los infieles y conquistar tierras desconocidas, debía estar encerrado en un claustro aprendiendo las malditas leyes. Por suerte para mí, pospusieron el compromiso para cuando cumpliera los doce años.

En el año del Señor de 1481, teniendo yo cumplidos los once años, comenzó el tan esperado ataque contra el último reducto musulmán en territorio peninsular: el marqués de Cádiz invadió en el mes de octubre las tierras de los infieles. Me entristeció mucho el pensar lo contento que se hubiera puesto el abuelo, si aún se encontrase con vida. Habría puesto la casa patas arriba, y marchado

raudo al encuentro con los moros.

Recuerdo que la guerra transcurrió en los primeros años, sin decantarse favorablemente para ninguno de los dos bandos. En diciembre de 1481, los infieles, al mando de Muley Hacen, tomaron la villa de Zahara, en Cádiz. Pero los llamados Reyes Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, que habían movilizado a los nobles con sus meznadas, contraatacaron y tomaron Alhama en 1482.

Mientras tanto, la vida transcurría de forma apacible para nosotros. Mi padre me llevaba como siempre a Sevilla, para realizar las pertinentes compras. Y tenía como lugar predilecto la taberna de Juan Díaz, personaje el cual ya he citado en un momento de este relato. Este orondo tabernero, era quien nos informaba puntualmente de los combates habidos, aunque de forma exagerada. Por lo demás, nos dedicábamos la mayor parte del día a las labores del campo. Y, por la noche, me tenía que enfrentar a los estudios bajo la atenta mirada de mi madre. El único acontecimiento familiar importante fue que mi padre pospuso la marcha a Salamanca hasta que la guerra tomara un cariz favorable. En mi interior se lo agradecí enormemente. Mi madre, por su parte, se resignó:

—¡Dios lo quiere así!

Por el simpático y orondo tabernero, supimos de la derrota de las fuerzas nobiliarias en La Ajarquía en 1481, y más tarde, del tropiezo de los infieles en Lucena, donde cayó prisionero Boabdil, hijo de Muley Hacen. Pese a ello, la guerra era algo lejano para

nosotros. Nadie la sentía como suya. A nosotros no nos afectaba en nada. Quizá, si hubiera estado el Viejo Guerrero, las cosas habrían sido diferentes.

En diciembre de 1484, mi madre dio a luz una preciosa niña a la que puso el nombre de Elvira María de las Mercedes Escobar y Parrilla. La fiesta que dio mi padre en su honor fue espléndida. Los hacendados de los alrededores acudieron a ella, y el vino corrió a raudales. Recuerdo que aquella fue la primera vez en que bebí más de la cuenta del rojo elemento. Hubo bailes y música, pero apenas me enteré ya que la cabeza me daba vueltas, y un fuerte zumbido atravesaba mis oídos. Medio atontado, y ajeno a lo que ocurría a mi alrededor, perdí la noción del tiempo.

A la mañana siguiente desperté en el granero, con un fuerte dolor de cabeza. Tenía la boca muy seca y un ardor intenso en el estómago. Fui al campo como solía hacer cada día, para ayudar a mi padre en sus labores. Y no sé si fue por el asfixiante calor, extraño en diciembre, o por el fuego intenso que tenía en el vientre, pero sentí un fuerte mareo y comencé a vomitar. Entonces mi padre, comprendiendo mi estado, lanzó una sonora carcajada:

—Te queda mucho que aprender, Pedrito.

Tras el nacimiento de mi hermana, la vida transcurrió igual que siempre en la hacienda, viéndose sólo alterada por los chismes bélicos que contaba el gordo tabernero de Sevilla. Sin embargo, el destino, esa ave solitaria que de vez en vez cambia nuestras vidas, volvió a tocar en nuestra puerta. En la puerta de nuestro mundo familiar, en la puerta de mi corazón.

Una mañana a mediados del mes de enero de 1487, mi padre marchó a Sevilla. Era usual en él ir a la ciudad, para hacer las compras necesarias en la buena marcha de la hacienda. Algunas veces solía acompañarle yo, pero en esta ocasión decidió que me quedara en el campo, mientras él cumplía sus cometidos.

Aquel día llegó muy tarde, ya entrada la noche. Se notaba que había bebido más de la cuenta. Recuerdo que noté en sus ojos una lucecita extraña, familiar, pero entonces no pude adivinar su significado. Entró con unos envoltorios, y lo primero que hizo fue dirigirse a mi hermanita y besarla. Acto seguido, fue hacia mi madre y le dio uno de los paquetes. Sorprendida, lo abrió y su rostro tornó en alegría. El paquete contenía un precioso vestido. Luego, nos sentamos en torno a la mesa, y tras apurar una jarra de vino, mi padre comenzó a hablar:

—Hoy me he entretenido un poco en la ciudad. Por todas partes hay un pregón de los Reyes Católicos.

—¿Y qué dice? —preguntó mi madre algo extrañada.

—Más o menos que Isabel y Fernando están haciendo una leva de peones en toda Castilla. Se les promete una buena paga.

Mi madre, temiendo lo peor, exclamó sobresaltada:

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros?

Mi padre continuó sonriente, como si no hubiera oído la pregunta:

—También se conmina a todos los caballeros que deseen participar en la cruzada contra el invasor infiel, a que se presenten en Córdoba antes del 25 de marzo. Asimismo, se dará Carta de

Seguro a todos los criminales.

—Pero, ¿qué es lo que quieres decirnos? —gritó mi madre de forma desesperada.

Mi padre la miró fijamente, y con aquel brillo en la mirada con el que lo vi entrar en la casa, exclamó:

—Es una oportunidad única. ¿Sabes cuál es la paga que dan a los caballeros? Y además, grandes concesiones de tierra. Mi padre era un caballero, y por tanto yo lo soy. Podríamos ganar mucho en esta empresa.

—¿También lo ganó tu hermano Luis? Tanto influyó en él tu padre, que acabó con una lanzada en el corazón.

—Mi hermano era un valiente —dijo mi padre con orgullo—. Pero ahora, la situación es diferente. El ejército musulmán está acabado. Muerto Muley Hacén, y estando en disputa Boabdil con su tío El Zagal, la conquista de Granada es un hecho.

—Pero tú no eres un caballero... Tu padre malgastó sus rentas en sueños, y hasta la tierra que poseemos la tenemos que trabajar nosotros. No destruyas lo poco que nos queda.

—Sé que nuestra situación ha sido muy difícil hasta ahora, pero la suerte puede cambiar. Tan sólo unos combates y caerán los infieles, y de esa forma conseguiremos el reconocimiento de la Corte —intentó excusarse mi padre.

Mi madre lo miró con ojos tristes: Cuando me casé contigo, creí que eras inmune a la influencia de tu padre. Pero veo que todos lo lleváis en la sangre.

—Padre, si queréis puedo ir con vos —propuse

ingenuamente.

—Cállate —gritó mi madre de forma histérica—. Sólo me faltaba eso.

En ese instante, mi padre posó su fuerte manaza sobre mi hombro, y me dijo:

—Pedrito, tú ahora haces falta en esta casa. Dedica tus energías al estudio, y sé un hombre de provecho. Algún día serás dueño de esto y podrás levantarlo. Déjame a mí el privilegio de continuar las hazañas del abuelo.

Una mañana de marzo, mi padre salió de casa para no volver jamás. Las últimas palabras que me dirigió fueron estas:

—Nunca te comprometas en una empresa, en la que no veas un horizonte despejado.

Entonces no comprendí sus palabras. El tiempo me haría recordarlas.

Teniendo cumplidos los diecisiete años, mi madre me tenía impuesta su férrea autoridad, obligándome a trabajar en el campo, a la vez que a estudiar. Todo ello fruto de la precaria situación económica, que nos impedía tener mano de obra que trabajase las tierras. De esa forma, sólo podía salir de la hacienda en época de compras. Ello era fruto de la obsesión de mi progenitora, por verme estudiando leyes en la Universidad de Salamanca. Aún así, esta confusa mente mía recuerda cómo aprendí el «vicio» de beber oculto en el granero. Y también cómo mi madre se sorprendía de lo fácil que se evaporaban las barricas de vino.

Cuando iba de compras a Sevilla, no dejaba de visitar la

taberna de Juan Díaz más por degustar el rojo elemento que por oír noticias de la guerra. Ya casi me había concienciado de que, cuando mi padre volviera victorioso y con nuevas tierras, yo marcharía a Salamanca para estudiar las malditas leyes. Pero una vez más, el destino intervino, no sé si en mi favor o en mi desgracia.

Allá por el mes de agosto, me encontraba apurando una jarra de vino en Sevilla, y escuché una gran algarabía por las calles de la ciudad. Por ello, me dirigí al gordo tabernero, conociendo su fama de sabedor de todo, y le pregunté la causa de tanto revuelo. Y esbozando una pícaro sonrisa, aquél me respondió:

—Mozalbete, la gente está muy alegre ya que nuestras fuerzas han conseguido una gran victoria... Málaga ha sido tomada.

—¿Es cierto eso? —pregunté contagiado de alegría.

—Sí. Y la victoria ha producido considerables beneficios. Se dice que los cautivos han sido vendidos como esclavos.

—¿Y por qué esta medida?

—Se ve que a los Reyes de Castilla y Aragón les hacen falta muchos dineros para proseguir la cruzada. Son bastantes los peones a los que tienen que pagar. He oído que 192 infieles han sido vendidos por cerca de dos millones de maravedises. Y otros cien han sido enviados al Papa como regalo.

—¿Y qué beneficio han obtenido los caballeros? —pregunté, pensando en mi padre.

—También se han llevado una buena parte. 683 esclavos han sido repartidos entre prelados y caballeros.

Después de algunas jarras más, tomé la carreta y emprendí

la marcha hacia la hacienda. No sé si era el influjo del vino o mi propia imaginación, pero ya soñaba con ver llegar a mi padre con un centenar de esclavos, que nos ayudarían a trabajar la tierra. Y en mi madre haciendo lo imposible por enseñarles la verdadera fe. Pero sólo eran eso, ilusiones. Llegué muy entrada la noche, y todavía había luces encendidas en la casa. Afuera estaba el carro de Juan Morla, el viejo amigo de mi padre. ¿Qué diablos haría en la casa a esa hora? Indeciso y renqueando por el alcohol consumido, entré en la casa. Y al llegar al corredor, vi a mi madre con su cabeza apoyada sobre la mesa, llorando.

—¿Qué ocurre? —le pregunté a Juan Morla.

Extendiéndome su brazo vendado, el buen hombre intentó responderme, con voz grave: Lo siento, Pedrito.

—¿Qué es lo que ocurre? —grité yo. Mi madre sollozó amargamente.

—Tu padre ha muerto —continuó Juan Morla—. Fue en los últimos combates. La gangrena se lo comió, no se pudo hacer nada.

Tras digerir la noticia, estuve largo rato inmóvil. Conteniendo las lágrimas. Luego, salí al campo y me senté junto a un olivo. Allí lloré amargamente toda la noche. Recordé la lucecita que brillaba en los ojos de mi padre, cuando me dijo que iba a participar en la cruzada. Y también recordé que era el mismo brillo que había observado en mi abuelo a través de su mirada, cuando me contaba sus aventuras. Y entre tantos amargos recuerdos, una frase se repetía constantemente en mi cerebro. La misma frase

que mi madre le dijo a mi padre antes de partir hacia la muerte: Lo lleváis todos en la sangre.

¿Sería yo inmune a esa influencia? Entre tanto dolor y meditación, me quedé dormido. Bien entrado el día, regresé a la casa, y lo primero que hice fue subir al desván. Allí desempolvé la vieja armadura del abuelo. ¡Algún día me tocaría a mí!

CAPÍTULO SEGUNDO

«CRUCE DE DESTINOS»

Habían transcurrido cinco años desde la muerte de mi padre. Y durante ese tiempo me había dedicado a seguir con los cultivos de la hacienda. La vid daba muchos beneficios, y con ellos pudimos amortizar algunas deudas de antaño. Así, pudimos mantener la vida plácida, aunque a veces aburrida, del campo.

Mi hermanita, con siete años, era ya una guapa señorita. Tampoco ella escapaba a la manía de mi madre. La misma con que nos había machacado a mi padre y a mí: los estudios. Y la pobre Mariquita, como la llamábamos, estaba todo el santo día haciendo cuentas y aprendiendo ortografía. Es justo reconocer que este don de mi madre provenía de mi abuelo materno, un humilde escribano que, al no tener descendencia masculina, le inculcó todo su saber. Y ella a su vez, continuó esta especie de tradición en nosotros. Aunque era consciente de que su hija jamás podría ingresar en una Universidad, ni tener otro oficio que el de sumisa esposa de un hidalgo. Pero se sentía orgullosa de tener una hija sabia.

Por mi parte, al sentir en menor medida la carga de los estudios, me acercaba muchas tardes a la taberna de Juan Díaz, en

Sevilla. Pues con veintiún años ya me consideraba todo un hombre (incluso me afeitaba), y por tal motivo, lejos de los prejuicios maternos, me dediqué más a fondo al «arte de beber», como en una ocasión lo llamara mi padre. Y la verdad, todavía no comprendo porque bebía tanto vino en aquel entonces. Quizá para ahogar tanto sentimiento escondido.

La guerra había acabado en el mes de enero, con la toma de Granada por los Reyes Católicos, lo que provocó que la ciudad de Sevilla se llenase de una gran masa de desocupados, que buscaban un oficio en el que ejercer. Y entre ellos como es de lógica, se encontraba un nutrido grupo de aventureros, en busca de una ocasión en la que hacer valer una vez más sus armas.

Fue precisamente en la taberna de Juan Díaz, entre semejante muchedumbre, donde conocí al que luego fue mi mejor compañero durante la aventura de Canarias. Era alto y muy delgado, con el pelo largo, y se encontraba sentado a una mesa, trasegando vino y contando sus «hazañas» a tres boquiabiertos campesinos. Lo cierto es que, su apasionada manera de hablar, y a la vez sus gestos caballerescos, extraños en un simple peón de infantería, atrajeron mi atención. Tanto, que el forastero reparó en mi presencia a su espalda, y me preguntó:

—¿Qué ocurre, mozalbete? ¿También quieres que te cuente cosas de la guerra?

Tales palabras me sonaron como una afrenta, por lo que sin pensarlo le respondí despectivamente:

—En primer lugar, no soy ningún mozalbete. Y luego, no

hace falta que ningún bufón me cuente historias de guerras.

Lejos de ofenderse, el forastero esbozó una sonrisa a la vez que se ponía en pie. De esa forma pude contemplarlo de arriba a abajo. Su mejilla izquierda tenía una gran cicatriz, y a través de su abierto jubón pude atisbar varios cortes en el pecho. Su aspecto era impresionante, pero la sonrisa burlona de que hacía gala le quitaba dureza al físico.

—Perdóneme muchacho —me dijo en tono suave—, quizá he ofendido tu orgullo. Permíteme que te invite a una jarra de buen vino jerezano.

Y apartándose de sus ocasionales oyentes, me llevó hasta otra mesa a la cual nos sentamos. ¿Qué puedo decir? Sus ademanes y buenas formas me cautivaron, haciendo desaparecer mi mal humor inicial.

Tras pedir dos jarras de vino, comenzó a hablar: Mi nombre es José Gallardo, y soy un leal soldado al servicio de su Majestad la Reina Isabel. Y ahora que esta Cruzada ha terminado, busco otra ocasión en la que hacer notar mi valor.

—¿Habéis luchado en muchas ocasiones? —pregunté yo, inmerso en mi eterna curiosidad infantil.

—Sí, en bastantes, aunque donde peor lo pasé fue en Baza. Casi un año de asaltos ininterrumpidos, donde perdí a muchos compañeros. Casi dejo la piel allí.

Y así transcurrió la noche. El forastero no dejó de relatarme todas sus hazañas, embriagándome con ellas, como supongo que habría hecho con sus anteriores acompañantes. De esa forma, pude

saber de sus labios que desde muy joven se había alistado en la Cruzada contra los infieles, siendo un devoto seguidor de la Reina Isabel de Castilla. En su relato afirmó haber participado en las victorias de Ilora y Moclín. Sin embargo, donde más se extendió fue en su descripción del asalto a Baza, en 1489. Un asedio, según sus palabras, muy duro, espantoso, con escenas aberrantes, dolorosas, horribles. Seis largos meses costó expugnar la fortaleza, y allí recibió las heridas que lo dejaron marcado para siempre. Y mientras hablaba, yo trasegaba vino, boquiabierto, sin mediar palabra alguna. Mi imaginación me trasladaba a cada uno de los lugares que el tal Gallardo describía. En mi interior, tuve la misma sensación que cuando mi abuelo me enseñó la vieja armadura del desván. La sangre de los Escobar volvía a arder.

—Ahora que la guerra ha terminado, podrás establecerte en esta zona. Incluso en terreno reconquistado. Como has participado en la Cruzada, te llevarás un buen lote —le insinué en una de sus breves pausas.

—No, muchacho. Yo no he luchado por tierras ni por dinero. Mis motivos son bien diferentes —me respondió visiblemente apenado y agachando la cabeza.

Intuyendo que no quería hablar del tema, desvié la conversación a otros derroteros, no sin antes advertirle medio en serio medio en broma, que si encontraba aventura en la cual embarcarse, no dejara de avisarme. Esta petición pareció animarlo un poco, despidiéndose de mí tras pagar el convite.

Pasados algunos meses desde aquel encuentro, y ya casi

olvidado del tal Gallardo, vino a suceder un hecho que significó el definitivo giro en la historia que estoy contando en estas mis memorias. Tras la toma de Granada y estando finalizada la Reconquista, la mayor parte de los peones movilizados comenzaron a trabajar las tierras ocupadas, olvidando la profesión de las armas y comenzando una época de paz. Por su parte, muchos caballeros con sus mesnadas, no soportando la tranquilidad y con el beneplácito de los Reyes de Castilla y Aragón, comenzaron a realizar incursiones sobre las costas de Berbería, consiguiendo grandes botines en oro y esclavos, y llevando la verdadera fe a los habitantes de aquellos lugares.

De todo ello me daba buena fe el gordo tabernero de Sevilla, reviviendo con estas historias los alegatos del abuelo. Y así sucedió que un día en que yo volvía de realizar mis tareas en el campo, mi madre me recibió con una sonrisa tan extraña, que en un principio me hizo temblar. Con una amabilidad inusual en un carácter tan brusco como el de ella, me sirvió la comida y se sentó a la mesa conmigo.

—Pedrito, tengo que darte buenas noticias —me dijo con voz excitada y semblante radiante de felicidad.

—¿Qué cosa es, madre? —pregunté con curiosidad nada fingida.

—He recibido una carta de tu tía Isabel, en la que avisa que vendrá muy pronto a Sevilla con su marido.

—¿Y cuál es el motivo de tal visita? —Pregunté temiendo lo peor.

—Pues que vendrán a buscarnos para ir a Salamanca a vivir con ellos. Y así, tú podrás ir a la Universidad —me respondió con una inmensa felicidad reflejada en su rostro.

—Pero... ¿Y la hacienda? ¿Qué será de ella? —Pregunté envuelto en la desesperación.

—No te preocupes. Ya he iniciado los trámites para su venta. Lo importante es que podrás estudiar en la Universidad, abandonando para siempre este desierto.

—Pero... Yo no quiero ir a la Universidad. Yo me encuentro bien en la hacienda. Además, yo quiero luchar contra los infieles que pueblan Berbería.

Fue entonces cuando el rostro de mi madre se tornó colérico, y comenzó a gritarme como nunca: ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué te maten como a tu padre? Quieres seguir los consejos disparatados de aquel viejo chiflado, pero tú eres mi hijo y estudiarás en la Universidad.

—Mi abuelo no era ningún viejo chiflado —le grité ofendido.

La reacción de mi madre fue golpearme con fuerza en la cara, a la vez que me advertía en tono severo: Tu tío vendrá en unos días, y quieras o no, tú irás con tu hermana y conmigo a Salamanca. Allí se te quitarán esas fantasías.

Aquella noche marché muy dolido a Sevilla, para tratar de desahogarme con el vino de Juan Díaz. Allí me senté a una mesa, donde bebí sin tregua del líquido rojo. Y posiblemente habría transcurrido toda la noche hundido en mis pesares, si una pesada

mano apoyada sobre mi hombro no me hubiera sacado de mi sopor:

—¿Qué te pasa, muchacho? —Sonó la suave voz del forastero veterano de la Cruzada.

—Problemas familiares —respondí apesadumbrado y sin apenas mirarle—. Parece que tengo todo en mi contra, incluso la familia.

—¡Pardiez! Y yo que te buscaba para darte una buena noticia, te veo envuelto en estos pesares. Hay que ver cómo es el mundo —replicó con una amplia sonrisa el tal Gallardo.

—¿Y qué nueva es esa? —pregunté con evidente curiosidad.

—Recuerda que la última vez que nos vimos, me pediste que te avisara si encontraba aventura en la que embarcamos. Pues la hay jovenzuelo, y llena de peligros en tierras remotas y misteriosas —me explicó.

En ese instante, mi pesadumbre se relajó, centrándose mi atención en lo que fuese a decir mi nuevo compañero. Así que lo invité a la mesa, tal y como él hiciera en la anterior ocasión, y le pregunté con ansiedad: ¿Adónde hay que ir?

—Tranquilo, muchacho. Tómatelo con calma —respondió Gallardo a la vez que pedía una jarra de vino—. El lugar es un archipiélago existente mucho más allá del Gran Océano, aunque cercano al continente africano. Dichas islas están habitadas por tribus salvajes que blasfeman el nombre de Dios, y que pese a estar desnudos y sin armas, son unos formidables guerreros. Esa tierra a la que vamos a ir, se la conoce como Islas de Canaria.

—¿Y qué debemos hacer para marchar a ese lugar? —pregunté totalmente decidido.

—Te voy a hablar claro, muchacho. Un capitán llamado Alonso Fernández de Lugo, ha venido de esas tierras, y ha plantado cuatro banderas de enganche en esta ciudad para intentar reclutar el mayor número posible de voluntarios. El objetivo es conquistar una de las islas de ese archipiélago salvaje. Y José Gallardo, este veterano lleno de cicatrices, se enganchará con ese capitán —gritó lleno de satisfacción, mi desde entonces inseparable compañero.

—Entonces, contad conmigo —alegué yo con pleno convencimiento, a la vez que levantaba mi jarra en señal de asentimiento a su proposición.

Esa noche llegué muy tarde a la hacienda, y le escribí una carta a mi madre, pidiéndole que comprendiera mi postura, y esperando que mi decisión no enturbiara las relaciones familiares. También le expliqué que no podía dejar de hacer lo que mi abuelo me había enseñado, y que si la suerte estaba conmigo, volvería con riquezas y esclavos, con los cuales engrandecería la hacienda. Y que, una vez hubiera combatido por la verdadera Religión, ingresaría por fin en la Universidad. Una vez cumplido este requisito, subí al viejo desván y contemplé durante largo rato la armadura del abuelo. Luego cogí su espada y su escudo, ahora míos por derecho, y murmuré: Ahora me toca a mí.

Tras engancharnos en uno de los banderines, fuimos transportados en carretas a Cádiz, donde se encontraban atracados dos navíos que nos llevarían a nuestro destino. Y en dicha ciudad,

Gallardo y yo compramos dos barricas de vino jerezano, con las que pensábamos disfrutar durante la travesía. Entre las gentes que la fortuna reunió en aquella bahía, se encontraban veteranos de la Cruzada, como José Gallardo, en busca de nuevas aventuras y riquezas; campesinos deseosos de nuevas tierras que cultivar, sin depender de ningún señor feudal; criminales necesitados del perdón de los Reyes de Castilla y Aragón; clérigos destinados a enseñar la Verdadera Fe a los paganos, que decían, habitaban aquellas islas; y muchos más, con la esperanza de encontrar la fortuna tanto tiempo deseada, y lugar donde poder asentarse. Tal mescolanza de gentes era la que aquella mañana del verano de 1492, se disponía a embarcar rumbo a lo desconocido.

Los primeros días de travesía fueron muy duros para un alma terrestre como la mía. El constante meneo de la nave y la mar picada, me provocaban unos mareos mayores que los que sufrí años atrás, con el nacimiento de mi hermanita. Por ello pasaba la mayor parte del día en la cubierta, vomitando lo que podía tragar.

Una noche, mi compañero Gallardo decidió abrir una de las barricas de vino jerezano adquiridas tras nuestro enganche, y después de apurar un par de jarras, comenzamos a hablar sobre nuestras vidas. Aunque, de hecho, sólo hablé yo. El trabajo en la hacienda, las historias del abuelo, las esperanzas de mi madre de que ingresara en la Universidad, todo ello escuchó con atención mi compañero Gallardo. Y cuando acabé de explicarle los motivos por los que creía que debía participar en la expedición, él me dijo con semblante muy serio:

—Comprendo que haces lo que crees que te dictan tus sentimientos, pero no olvides que también hay un mañana.

Al observar por mi expresión que no le entendía, quiso explicarse mejor: Tú, hoy, haces lo que crees que está bien. Sigues lo que supones una tradición, pero no te has parado a pensar lo que esa cosa te aportará mañana, ni si te llegará a aportar algo. Ni siquiera has pensado si es esto lo que tu abuelo quería. Creo que tú no tienes nada que ver con los que estamos aquí.

—¿Y tú por qué estás aquí? —le pregunté algo confuso.

Me miró fijamente un buen rato, como meditando la respuesta, y cuando parecía que iba a decir algo, fuimos interrumpidos por dos de los oficiales que habían colaborado en nuestro transporte desde Sevilla a Cádiz.

—¿Nos invitáis a un trago? —preguntó el de aspecto más fornido.

—Sí, ¿por qué no?

Entonces se sentaron a nuestro lado, señalando el segundo personaje que poseía unos dados, con los cuales nos invitaba a jugar. Nosotros aceptamos. De esa forma, estuvimos bastante tiempo jugando y bebiendo, perdiendo yo casi todo el dinero que llevaba encima. Mi compañero Gallardo tuvo más suerte, y duplicó su parte. Y aprovechando la ocasión, me dirigí al que parecía llevar la voz cantante de los dos recién llegados, pues durante la partida no había parado de lanzar maldiciones y eructos, mientras que el otro todavía no había abierto la boca.

—¿Lleváis mucho tiempo en esto?

—¿En qué? —me preguntó tras un sonoro eructo.

—Quiero decir... supongo que eres un veterano. ¿Cómo son esas islas a las que vamos?

—¡Ah! ¡Demonios! Habla más claro pichón —balbuceó mientras apuraba su jarra de vino—. Sí, soy un «veterano», ja... Yo estuve cinco años luchando para poder tomar la Gran Canaria. Tengo el orgullo de ser de los que llegaron con don Juan Rejón.

—¿Gran Canaria? —pregunté con evidente curiosidad.

—Sí, la isla mayor de ese archipiélago pagano. La más dura de conquistar. Nos costó cinco largos años de lucha y centenares de vidas cristianas, el apoderamos de ella. ¡De verdad que sí!

—¿Tan fuertes eran sus habitantes? —preguntó José Gallardo, mientras llenaba su jarra.

—No sólo fuertes, sino que conocían todos los roques, las montañas, las cuevas, los barrancos —respondió el otro, que hasta entonces no había hablado—. No sabéis bien de lo que es capaz un salvaje de esos. Daba espanto verlos sobre aquellas alturas, desnudos, silbando y tirándote piedras.

—¿Y por qué volvéis otra vez? —Les pregunté.

—Mira pichón —contestó el más fomido, que además era muy alto y con su rostro cubierto por una larga y espesa barba— hace muchos años, cuando yo era casi tan joven como tú, ya estaba en esas Islas al servicio de don Diego de Herrera. Y partiendo de la isla de Lanzarote, he participado en todas las incursiones contra las costas de Berbería, y hemos venido cargados con rico botín de granos, alhajas de oro y plata... Y también rebaños de ovejas,

caballos y camellos. También he tenido el honor de estar bajo el mando de don Juan Rejón, cuando comenzamos la conquista de la Gran Canaria.

Tras unos momentos de reflexión, prosiguió: ¡Maldita sea! soy portugués de nacimiento, pero me he pasado toda la vida en esas islas. Y ten por seguro que moriré en ellas.

Pasados unos minutos de silencio, Gallardo, que volvió a llenar las jarras, preguntó: ¿Cómo es el General?

—Eso te lo puede decir el Gallego —sugirió el Portugués dirigiéndose a su compañero—. Ha estado con él desde que llegó a Canaria.

El Gallego, mientras bebía de su jarra, nos miró con sus ojos saltones. Su demacrado rostro mostraba una vida de penalidades y fatigas. Pero sus gestos y reverencias daban muestras de un pasado noble.

—Al General lo conozco desde que era capitán, allá en Agaete. Es más, mis antepasados y los suyos estaban en tratos.

—¿Es gallego? —pregunté yo.

—No. Es de Sanlúcar de Barrameda. Su bisabuelo era gallego. Y su familia y la mía se conocían muy bien. Yo estuve con don Alonso dos años en Agaete. En el infierno.

Yo hubiera querido seguir tan interesante conversación, pero mi amigo José Gallardo decidió poner fin a la misma: ¡Bueno, señores! el vino se ha acabado y creo que es hora de dormir un poco.

No sé el tiempo que transcurrió de travesía hasta que se

avistó tierra. Recuerdo que una mañana muy temprano, nos asomamos todos a la cubierta para contemplar la maravilla: una hermosa y redondeada isla, de forma piramidal, cuyos cimientos parecían partir del fondo del mar, para ir ascendiendo de monte en monte hasta un punto central. Y todos aquellos impresionantes cerros se encontraban cubiertos de espesas arboledas, pinos en su mayoría. También había abundantes palmas, y numerosa vegetación, lo que daba a aquel pedazo de tierra un verdor sin igual. Mientras, aquellas imponentes cumbres se hallaban coronadas por espesos nubarrones cargados de agua. Y a medida que la nave se acercaba a la orilla, más observaba el cautivador panorama: una rada tranquila, playas de amarillenta arena y montañas cubiertas de espesos matorrales. Más a la izquierda, se vislumbraba una pequeña villa.

—Las Palmas—dijo una voz seca a mi espalda, que adiviné pertenecía a Mario, el Portugués alto y fomido.

—¿Cómo?—pregunté yo sin comprender.

—Aquella es la villa de Las Palmas. Allí fue donde construimos el primer campamento a las órdenes de Juan Rejón.

—¿Y por qué ese lugar?

—Porque por allí corre un barranco llamado Guiniguada por los isleños, abundante en buenas aguas, fresco y saludable.

—¿Estuviste allí cuando se construyó el Campamento?

—pregunté estúpidamente.

—Lo recuerdo como si fuera ayer, pichón. La misma madrugada de San Juan Bautista de 1487 desembarcamos en esa

playa de ahí enfrente. Había una hermosa luna que iluminaba la rada. Y aprovechando el silencio y la claridad, persuadido nuestro General de que los canarios no se habían dado cuenta de nuestra presencia, ordenó lanzar las lanchas al agua y desembarcar por el sitio más cercano a Las Isletas. Tomamos tierra en aquel extenso arenal —dijo señalando el lugar—, al cual los rayos iluminaban con reflejo metálico. Y las olas rompían sobre aquella superficie con rítmica candencia y plañidero rumor.

Observé la playa detenidamente, intentando reconstruir con mi imaginación el desembarco. A la derecha se descubrían grandes corrientes de lava, levantándose a mayor distancia algunas montañas, producto de movimientos volcánicos anteriores a todo recuerdo histórico. A la izquierda, la costa estaba envuelta en suaves ondulaciones (1). El Portugués continuó con su relato, como si lo estuviera viviendo: Desembarcamos sin oposición alguna, pues no apareció ningún isleño. Éramos 600 hombres de a pie y 30 de a caballo, y teníamos víveres para una corta jornada. El Deán Bermúdez levantó un altar en la playa y celebró una misa de campaña, tras la cual pronunció una breve y enérgica exhortación para recordarnos el cumplimiento de nuestras obligaciones (2).

Su relato fue interrumpido por la voz del capitán del navío, quien nos avisó que el General se aproximaba a la embarcación en una lancha.

En efecto, don Alonso Fernández de Lugo, que había realizado la travesía en el otro navío, ahora se acercaba en una chalupa al nuestro, acompañado por varios oficiales. Por ello, para

los que todavía no lo conocíamos, el rostro de la persona que nos iba a guiar en la «feroz empresa que nos aguardaba», era algo enigmático, y esperábamos su presencia con curiosidad. Curiosidad que al ser satisfecha, se tornó en decepción. No era muy alto, más bien de estatura media. Ancho y con un vientre incipiente. El pelo muy largo por detrás y recortado a la altura de las cejas. Ojos saltones y expresión autoritaria. Muy autoritaria a mi parecer.

Tras reunimos a todos los expedicionarios en la cubierta, el General subió al castillo de popa y comenzó a hablar: Soldados y oficiales que habéis tomado la santa resolución de venir a estas fértiles y hermosas islas para llevar la Verdadera Religión a sus paganos habitantes. Antes que nada, debo pedir os paciencia, pues estaremos anclados unas semanas en este puerto de Las Isletas, hasta poder completar nuestros efectivos de choque, para después partir hacia una isla llamada de La Palma. Sus habitantes, hordas salvajes, no creen en nuestro Señor Jesucristo, sino que idolatran elementos naturales como el fuego. Signo inequívoco de su adoración al Infierno. Seguramente habrá duros combates antes de convencerlos de cuál es la verdadera fe. Pero nuestro superior armamento y el saber que «Dios lo quiere» y aprueba nuestra Cruzada, nos ayudará en esta penosa carga. Por supuesto que habrá un reparto equitativo de las fértiles tierras con agua de La Palma.

Estas últimas palabras parecieron tranquilizar a la mayoría de los presentes, a quienes poco les importaba lo que Dios «quisiera» en la campaña, ni cuál debía ser la fe de los futuros conquistados. En esos instantes, el General fue interrumpido por

uno de sus oficiales, en el cual destacaba una profunda cicatriz bajo la ceja izquierda que casi cruzaba el ojo. Este le dio un recado en baja voz, aunque no lo suficiente como para que dejáramos de escucharlo los que nos encontrábamos cerca del castillo de popa: Alonso... Maldonado está en la playa.

El rostro del General, que hasta entonces se había mantenido risueño, y con un aire entre fanático y triunfalista, se tomó oscuro. Su semblante mostraba ahora preocupación. Y tras volver a pedirnos «paciencia» a todos, subió a bordo de la lancha que lo llevaría a tierra.

José Gallardo, que se encontraba a mi lado, comentó con evidente malestar:

—Me parece que no nos van a dejar bajar a tierra. Con las ganas que tengo de pisar algo que no se mueva tanto —se expresó refiriéndose a los continuos bamboleos de la nave, que seguían provocando en almas terrestres como la mía los consiguientes mareos y vómitos.

—Y lo más irónico es que nos piden paciencia —repliqué yo, también molesto por la medida.

En ese instante se acercó a nosotros un oficial, al cual recordé como la persona que nos había enganchado en Sevilla. Y mientras se acariciaba su espesa perilla, el capitán Diego Núñez, pues así se llamaba, nos preguntó: ¿Qué os pasa muchachos? ¿Hay morriña?

—No, mi capitán, sino que tenemos ganas de desembarcar —respondió Gallardo.

—Todos tenemos ganas de bajar, pero el General cree conveniente no permitirlo todavía. Teme que se produzcan desertiones, y no sería la primera vez —explicó don Diego Núñez.

—¿Y cuánto tiempo habremos de permanecer aquí? —pregunté yo.

—Tranquilo mozalbeta. Primero tendremos que esperar hasta que se completen los efectivos, como dijo don Alonso. Y luego se fletará otro navío para transportar al resto del ejército. A lo sumo, un par de semanas ¡Ah! debéis saber que estáis destinados en mi compañía.

Lo que nos dijera nuestro capitán era cierto, pues una fragata que se encontraba fondeada en Las Isletas fue fletada por don Alonso para ser ocupada por más soldados, que al parecer pensaba reclutar en la isla. Y es que, por los informes que daban aquellos que sí podían bajar a tierra, todos los hidalgos de la Gran Canaria estaban muy alborotados con la noticia de la expedición a La Palma. También llegó a nuestros oídos que un cuerpo de isleños iba a partir con nosotros. Desde mi inactividad en el navío, poco más pude saber.

Pasados los días, una mañana muy temprano nos despertamos con una sorpresa. En la rada de Las Isletas se hallaban fondeadas tres carabelas, y en un principio llegué a pensar que habían sido fletadas por el General para transportar al cuerpo expedicionario.

—Una de ellas tiene el timón fuera de su sitio —comentó a mi lado Lope Fernández de la Guerra, uno de los oficiales de

mayor prestigio— querrán repararlo.

—¿Y quiénes pueden ser? —preguntó otro capitán que respondía al nombre de Andrés Suárez Gallinato.

—No lo sé, pero vive Dios que pronto lo averiguaremos. Por lo pronto, bajemos a tierra e informemos a don Alonso.

Poco más reparé en los tres navíos. El aburrimiento, la inactividad y la lentitud del tiempo, acabaron por caldear mi ánimo. El vino jerezano hacía tiempo que se había terminado, y José Gallardo pasaba las horas durmiendo. Después de haber recorrido la nave hasta su último rincón, y de tratar de escribirle una carta a mi madre, me eché en el rincón habilitado como lecho y comencé a dormir: «En mi confusa y maltrecha mente apareció la imagen del abuelo, con su vieja armadura, blandiendo su gran espada y descabezando infieles. Vi cientos de infieles muertos y una gran Cruz en medio. Luego, cambió el escenario y aparecieron muchos salvajes en lo alto de unas rocas, desnudos, tirándome piedras. Uno de ellos tenía algo en sus manos. Movidio por la curiosidad me acerqué a él, y vi que era la cabeza de mi padre. Y el salvaje, mitad monstruo y mitad humano, me gritaba: ¡Ahora te toca a ti!».

Desperté empapado en sudor. El mareo era indescriptible. Rápidamente vomité lo poco que había podido trasegar durante el día, ante las quejas de algunos compañeros de armas. Casi renqueando logré asirme del borde de la cubierta, y recibí de lleno el soplo de aire fresco de la brisa nocturna. Era noche cerrada y el frío alivió un poco la fiebre. Al otro lado del navío escuché risas y gritos. Daba la impresión de que alguien se estaba divirtiendo en

demasiá. Un poco despejado, me acerqué y escuché la voz atronadora de Lope Fernández de la Guerra: No comprendo como la Reina Isabel se ha decidido a apoyar a semejante lunático.

—Tampoco yo, pero se cuenta que ese marino tiene grandes influencias en la Corte —habló Pedro Benítez de Lugo, el oficial de la cicatriz sobre el ojo izquierdo, y familiar del General—. Y lo más gracioso es que preconiza por ahí que la Tierra es redonda... Ja, ja, ja.

—Desde luego el tal Cristóbal Colón debe estar chiflado. Si la tierra fuera redonda, caeríamos al vacío —terció Pedro Vergara, otro de los oficiales—. Pero, ¿a qué se debe su visita a esta isla?

—Parece ser que Colón, tras zarpar de Palos, ha sufrido una avería en el timón de una de sus carabelas, «La Pinta», y ahora ha querido fletar una de las nuestras —respondió Lope Fernández de la Guerra—. Pero don Alonso le ha dicho que no, que sus tres naves son imprescindibles para tomar La Palma.

—¿Y qué hará ahora ese maniático? —preguntó una voz que no pude identificar.

—Pues ha dejado a su segundo, un tal Pinzón, que le labre un timón nuevo, y que le cambie el aparejo latino por otro redondo. En cuanto a Colón, marchará con sus otros navíos hacia La Gomera —respondió Lope Fernández (3).

Al parecer, los oficiales estaban brindando con algún buen vino, pues más de uno comenzó a canturrear. Y también sonó algún que otro eructo intencionado. Fue en ese momento, cuando me disponía a volver al improvisado lecho, que el principio de

otra conversación me detuvo.

—Señores, tenemos exactamente diez meses para conquistar La Palma. Y luego, sobre Tenerife —comentó en tono triunfal Pedro Benítez.

—Ya era hora, siempre ha sido un gran desafío esa isla. Ni siquiera el mismo Maldonado pudo tomarla —replicó Lope Fernández—. Lo que no comprendo es como don Alonso va a soportar tanto gasto. Máxime cuando ni los Reyes Católicos saben que tiene como objetivo la isla de Tenerife. Ni siquiera lo saben los banqueros... Los socios del General.

Entonces fue cuando sentí la cínica sonrisa de Pedro Benítez de Lugo: No te preocupes por eso, Lope. Los socios de mi sobrino se van a llevar una desagradable sorpresa. Te lo aseguro.

Una pesada mano sobre mi hombro izquierdo, casi me sacó del mundo de los vivos. La sangre corrió como el rayo por mis venas. El corazón luchó por salir de la carne. Imaginé que era el General, que llegando en una lancha, me había sorprendido escuchando la animada conversación de los oficiales. ¡Dios mío! ¿Cuál sería el castigo por espiar? Pues supongo que eso pensaría que estaba haciendo. Lentamente giré la cabeza, y ¡no! No era el rostro autoritario de don Alonso, sino la cara demacrada y melancólica del Gallego.

—¿Qué haces, pichón? ¿Escuchando conversaciones ajenas? —Me preguntó.

—No, no... Estoy algo mareado. Escuché voces y me acerqué —respondí sin haberme repuesto de la impresión.

—Pichón, será mejor que vayas a dormir, antes de que alguien con más malos adentro que los míos, se preocupe seriamente por tus actos.

No lo pensé dos veces. Corrí rápidamente hasta llegar al lugar donde dormitaban mis compañeros. Una vez allí, me tumbé e intenté recuperar el sueño tan bruscamente perdido. Sin embargo, una frase martilleaba mi cerebro. Las palabras de Pedro Benítez: «Los socios de mi sobrino se van a llevar una desagradable sorpresa».

Tras dos semanas de inactividad, una mañana el General dio permiso para que parte del Ejército bajara a tierra. En ese sentido, tenían preferencia los veteranos y los reclutas considerados como «menos quisquillosos». Entre estos últimos nos encontrábamos mi compañero Gallardo y yo, quienes abandonamos el navío en compañía de Mario el Portugués. Y una vez en la llamada Playa de las Isletas, emprendimos el camino a pie hacia la Real Villa de Las Palmas, a corta distancia del lugar.

Durante el trayecto, el viejo Portugués comenzó a relatarnos nuevamente, como años atrás había desembarcado en la isla con la disposición de conquistarla:

—Por esta zona de la playa que estamos pisando, encontramos a un viejo recogiendo mariscos, y tras amenazarlo Rejón, nos confirmó que para llegar a Gando, teníamos que atravesar muchos desfiladeros y malos pasos, guardados por numerosos y valientes guerreros. Que no había mejor sitio que el barranco del Guiniguada. Entonces, Rejón se adelantó, examinó

este camino con escrupulosa atención, y trepó a una pequeña meseta cubierta de elevadas y esbeltas palmeras que se extendían en grupos por la llanura inmediata. Agradole el sitio a este General, y llevándonos hasta la margen izquierda del riachuelo, cuyo cauce estaba sembrado de sauces, juncos y dragos, señaló el sitio dónde debía levantarse el campamento. Allí nació la Villa de Las Palmas (6).

En esos instantes entrábamos en la citada Villa. Pequeña pero bonita. Según la recorriamos, el Portugués nos señalaba los lugares de su relato. Así, se detuvo ante el lugar donde había estado emplazado el Real, el primitivo campamento de Rejón. Hoy es la Ermita de San Antonio Abad. También nos mostró la casa del antiguo Gobernador Pedro de Vera, y la Ermita de San Pedro Mártir, levantada por dicha autoridad en recuerdo del 29 de abril de 1483, día de la rendición de la Gran Canaria. Por cierto, que en la Villa parecía dársele mucha atención al cultivo de la caña, pues en el mismo valle, a orillas del riachuelo, se levantaron toscos ingenios, al igual que en las faldas de la montaña opuesta.

Tras recorrer el pequeño caserío de Las Palmas, nos acercamos a las escasas cantinas existentes. Allí apuré vino canario.

—¡Buen vino! —Exclamé tras el primer trago.

—Sí. Las vides han sido traídas de Andalucía, junto con las cañas de azúcar y los árboles frutales, que provienen de la isla de Madera —explicó Mario el Portugués—. Esto no existía antes de la conquista de la isla.

—Y entonces, ¿de qué se alimentaban los canarios? —Preguntó mi compañero Gallardo.

—De gofio —respondió el Portugués con una pícaro sonrisa.

—¿Gofio? —Pregunté yo.

—Sí. Es una especie de harina de cebada. Tuestan la cebada y luego la muelen. Si tú supieras lo que se hincha la panza, pichón —manifestó haciendo gestos con sus manos alrededor de su abultado vientre.

En esos instantes apareció el Gallego, junto a un recluta vizcaíno, de nombre José Albizuri. Era de mi misma edad. Y según supe después, sus motivos eran diferentes a los míos. Eran puramente económicos. Quería conseguir en estas islas lo que tantos y tantos buscaban: una tierra donde poder asentarse, y traer a su familia lejos de señores feudales, que explotaban a uno hasta en la misma entrada de la muerte.

Albizuri y el Gallego se sentaron a nuestra mesa, deleitando también el vino canario.

—Les estaba explicando a los reclutas, que los canarios comen gofio —habló irónicamente el Portugués.

El Gallego, sin perder nunca su semblante serio, sombra de mil penalidades pasadas, nos dijo: No sólo gofio, sino también leche de cabra, pues las hay a millares en estas islas. Y también gran cantidad de frutos silvestres.

—La pesca también debe ser abundante —intervino el joven vizcaíno.

—Sí, jovenzuelo —terció el Portugués—. Aunque nunca se les ha visto embarcación alguna... Ellos pescan de una forma

curiosa. Se forman grupos de hasta diez nativos, rodeando una porción de agua, y se lían a palos con los peces. Y aunque no lo creáis, obtienen sustanciosas capturas.

—¿A palos? —preguntó incrédulo, Gallardo.

—Sí, a palos, aunque a veces también hacen anzuelos de cuerno de cabra. En cuanto a los metales, jamás se les ha visto alguno. Y es que son unos verdaderos salvajes. Aunque ahora, con la labor evangelizadora de los deanes y demás chusma religiosa, se han civilizado un poco. De hecho, tenemos muchos canarios como aliados para la empresa de La Palma —comentó risueño el Portugués.

—¿Y cómo es que tardásteis cinco años en poder dominar a los canarios? —Intervino el vizcaíno Albizuri.

—Son los más aguerridos luchadores entre riscos y barrancos, y los más diestros en ardidés de guerra —respondió con una cierta admiración el Gallego—. Sólo tenéis que pensar que estas playas han sido escenario de derrotas de normandos y portugueses. También de los nuestros. Os voy a contar un hecho que ocurrió antes de la Conquista: «Los canarios tomaron una vez 5 ó 6 gaviotas muy pequeñas, y las criaron. Les daban de comer atadas, y así las acostumbraban a estar posadas, sin miedo al hombre. Luego, las soltaron poco a poco en el poblado de La Yraga, un lugar que siempre fue objetivo de portugueses y de los nuestros. Y así, un día en que los canarios vieron venir los navíos, pusieron las gaviotas en los techos de sus casas. Por supuesto, los soldados, al ver las gaviotas quietas, pensaron que no había nadie

en el poblado. Entonces, entraron desordenadamente y confiados, tomando lo que hallaban dentro de las casas. Fue el instante en que los canarios, que estaban al acecho, se lanzaron sobre ellos con grandes alaridos y silbos, y mataron a algunos, cogiendo prisioneros a otros. Muy pocos pudieron escapar» (5).

Acabada la narración, el Gallego apuró su jarra de vino y procedió a llenarla nuevamente. Por mi parte, quedé boquiabierto por el relato. Otro tanto les ocurría a mis compañeros de mesa. Fue entonces cuando, aprovechando nuestro desconcierto, Mario el Portugués nos contó otra historia:

—Ya os hablé cuando veníamos por el camino, de las circunstancias que rodearon la fundación de esta villa. Vosotros visteis el inmenso barranco en que se encuentra. Pues en ese barranco del Guinguada, que es como se llama, tuvo lugar el primer encuentro con los isleños. Yo estuve con el valiente Rejón, y soportamos las tres horas de combate. Eran unos dos mil canarios. Pero no voy a cansaros contando batallas, sino explicaros un hecho que ocurrió mucho después. El ejército isleño era mandado por tres célebres caudillos. Adargoma, Doramas y Maninidra. Y nosotros, «porque Dios estaba de nuestro lado», vencimos... El caso es que cogimos prisionero a Adargoma, herido en un muslo. Y Rejón, ordenó que lo curasen con todo tipo de agasajos y diligencias. Pues bien, Adargoma, después de cicatrizar su herida, fue bautizado y conducido a España. Y un día, hallándose en el Palacio del Arzobispo de Sevilla, vino un robusto de La Mancha, con el deseo de luchar con el canario. Entonces, Adargoma le dijo:

«Hermano, si hemos de luchar, razón será que brindemos primero». Y llenando un vaso de vino, dijo al manchego: «Sujétame el brazo con los dos tuyos, y si consigues impedirme que lleve el vaso a mi boca y beba el vino, me declaro vencido».

—¿Y qué ocurrió? —Preguntó Albizuri.

—Pues que Adargoma se bebió el vino sin que su contrario pudiera detenerle el brazo, a pesar de todos sus esfuerzos —remató el Portugués (6).

Tras unos instantes de silencio, fue José Gallardo quien abrió el fuego:

—Impresionante. ¿Son los palmenses tan bravos como los canarios?

—Ten por seguro que sí, muchacho. En aquella isla han pagado muchos su imprudencia.

—Perdonad que os interrumpa —intervine yo—, pero hay una cosa que me intriga. Vosotros lleváis años en esto, ¿Os han dado tierras o alguna recompensa por vuestros servicios?

—Yo, concretamente tengo unos terrenos y un pequeño barranco con árboles frutales en Lanzarote, en un lugar llamado el Mojón. Todo por los servicios prestados a la Casa de los Herrera. Y aquí tengo una pequeña suerte de riego constante en Arucas —respondió Mario el Portugués—. Pero, ¿a qué viene esa pregunta?

—Si tenéis tierras para poder vivir dignamente, ¿por qué volvéis otra vez al combate? Y no me digáis amigo Mario que, porque «Dios lo quiere», pues he notado en alguna ocasión a lo

largo de la travesía, que no creéis que esto sea una Cruzada o algo por el estilo... ¿Por qué entonces?

—Mi respuesta es la misma que te di en una ocasión. Puedo decir que me crié en estas islas, y en ellas moriré. Yo no sirvo para estar atado a un terreno, y ver si este año la cosecha va a ser mejor que el anterior. Para eso están los siervos. Todavía hierve mi sangre, y vive Dios que aún no he dado de mí todo lo que puedo y, aunque don Alonso no sea santo de mi devoción, lo seguiré a La Palma porque la sangre me lo pide —respondió un poco serio.

Entonces desvié mi atención hacia el Gallego: Y vos, ¿por qué lo hacéis?

—Yo... Se lo debo a don Alonso —Tras unos instantes de duda, apuró su copa, se levantó y abandonó la taberna.

Desde luego que la reacción del veterano soldado fue muy confusa, y en ese estado quedamos después de su inesperada marcha. Pero ninguno de los presentes pronunció comentario alguno al respecto, ni siquiera el Portugués, que con su cabeza gacha daba a entender que conocía los motivos del desplante del Gallego. Sencillamente, desviamos la conversación hacia otros temas más alegres, como la disponibilidad de algunas mozas canarias.

Todavía estuvimos algún tiempo fondeados en la rada de Las Isletas, mientras el General acababa de concentrar sus efectivos. Y así fue que a su llamada, se presentaron veteranos de las islas conquistadas de Lanzarote y Fuerteventura. En ese lapso de tiempo, le escribí dos cartas a mi madre. En la primera le pedí que

comprendiera mi actitud, que era la sangre de los Escobar la que me había impulsado. Pero que de todas formas, esta era una Campaña religiosa, una Cruzada contra unos infieles salvajes y sanguinarios que blasfemaban el nombre de Dios. Y que cuando tomáramos La Palma, nombre de nuestro objetivo, nos darían terrenos y esclavos para cultivarlos. Y que entonces la llamaría a ella y a mi hermana, para disfrutar de los beneficios. Mi corazón no pudo más, y rompí semejante sarta de mentiras. Con ello no podría acallar mi conciencia. La segunda carta fue más breve: en ella le pedí perdón a mi madre por haber seguido «la influencia» del abuelo, y le prometí revisar cada uno de mis actos con el corazón, sin desviarme un ápice de las enseñanzas inculcadas por ella.

En el compás de espera, la carabela del tal Cristóbal Colón ya había sido reparada, partiendo con sus dos hermanas para buscar una nueva ruta hacia Las Indias por el Oeste, en un océano que hasta entonces nadie había explorado.

Fue en la mañana del 26 de septiembre de 1492, cuando el Cuerpo Expedicionario al completo se concentró en la playa de Las Isletas. Éramos, a lo sumo, más de 800 hombres bien pertrechados. Don Alonso en persona nos pasó revista. Yo llevaba con orgullo el Escudo de Guerra de mi abuelo, detalle que el General no pasó por alto. Tras observarlo atentamente, se dirigió a mí con voz suave a la vez que impaciente: ¿Eres gallego quizás?

—No, señor. Mi padre y mi abuelo eran gallegos. Yo nací en Sevilla —respondí con voz temblorosa.

—¿Y cómo se llamaba tu abuelo?

—Don Luis Escobar.

Me miró fijamente a la vez que sus dedos recorrían los gastados dibujos del Escudo familiar:

—¡Vaya, los Escobar! Espero que tengas la misma sangre que tu familia.

Acto seguido, don Alonso continuó la revista, aumentando más su impaciencia. Parecía que esperaba a alguien que no acababa de llegar, motivo por el cual y con evidente nerviosismo, no dejaba de mirar a cada instante, los accesos al puerto. Fue así que, en un arranque de cólera (que se haría familiar) le gritó en alta voz a Lope Fernández de la Guerra: Pero, ¿qué se creen éstos? ¿Qué todavía son los amos?

Mientras tanto, el Canónigo de Canarias don Alonso de Samarinas, terminaba de cargar los fardos eclesiásticos a bordo de una de las lanchas, auxiliado por varios monjes y frailes. Por su parte, el General estuvo departiendo largo rato con un personaje, que más tarde supe que era don Francisco Maldonado, el Gobernador de la Gran Canaria... Maldonado, el nombre que hizo que don Alonso interrumpiera su discurso a nuestra llegada a esta isla. Así fue como supe, a través de los veteranos, que Maldonado le inspiraba grandes celos al General. Aunque tal vez los celos fuesen mutuos. Lo cierto es que aquella mañana vi en el semblante del Gobernador, una expresión de alegría sincera. Más bien de alivio. Quizá lo fuera por perder a tan incómodos huéspedes.

Fue poco después de finalizada la revista, cuando hicieron

acto de presencia los «esperados». Eran unos cincuenta, altos y robustos, con el pelo muy largo, observándose por su aspecto que no eran castellanos. De la misma forma, sus atuendos y armamento eran diferentes a los nuestros, destacando unas poderosas mazas de madera muy pesadas, que portaban en una sola mano. Del grupo de los recién llegados, se adelantaron dos personajes. El primero, que parecía ser el jefe de la partida, era increíblemente alto y musculoso, con el pelo largo y moreno. Su tez era muy oscura, y su escasa barba terminaba en punta. A él se dirigió el General cuando exclamó con voz muy suave pero contenida: Esperábamos por vos, don Fernando.

Éste se limitó a sonreír, y tras mirar brevemente a su segundo, de aspecto serio y cruel, señaló a su aguerrida tropa respondiendo: Aquí nos tienes.

A bordo ya de la lancha que me conduciría a mi navío, lancé una última mirada a la orilla. Allí se había concentrado una multitud para despedirse de sus familiares, amigos, y, en general de todos aquéllos que partíamos rumbo a lo desconocido. Y entre tanta gente, pude observar que don Alonso saludaba de forma efusiva a dos personajes ricamente ataviados, y con semblante altamente risueño. Casi por instinto los señalé a mi compañero Gallardo. Pero fue el capitán Diego Núñez, quien percatándose de mi curiosidad, dijo:

—Son dos banqueros muy conocidos. El uno es Juanotto Berardi, de Florencia. Y el otro Francisco Riverol, de Génova. Aunque ambos son vecinos de Sevilla...

—Parece ser que son muy amigos del General —comenté yo ingenuamente.

—Desde luego que sí. Son sus socios en esta empresa —alegó con voz distraída.

CAPÍTULO TERCERO

LA PALMA

«PEDAZO DE CIELO»

Tras doblar la llamada Punta de la Isleta, nuestra pequeña escuadra comenzó a bordear la costa de una inmensa isla, a la que más tarde supe que llamaban Tenerife. Y aún hoy, años después de tan magno acontecimiento, recuerdo que, mientras los tres barcos surcaban el mar, junto a aquel pedazo de tierra, ocurrió un hecho que me dejó perplejo y confuso. Y es que, tanto la oficialidad como los veteranos que se encontraban a bordo del navío, abandonaron sus quehaceres para asomarse a la cubierta, y contemplar con ojos ávidos, el a la vez maravilloso e infernal paisaje. Supongo que otro tanto ocurriría en el resto de la flotilla.

Tenerife daba la impresión de ser una isla maldita, no sólo por sus inaccesibles costas, sino por la gigantesca montaña que partía de su centro, y cuya nevada cumbre casi cubierta de negros nubarrones, parecía llegar hasta el mismísimo Cielo. Pero no debía ser ese el motivo de los numerosos murmullos y suspiros que brotaron de las bocas de los veteranos, más con odio y deseo que

con admiración. Fue precisamente uno de los oficiales que había participado en la conquista de la Gran Canaria, quien suspiró en alta voz: La isla de los guanches.

La isla de los guanches. ¿Quién iba a decirme en aquellos instantes, cuánto me iba a marcar esa isla para el resto de mi vida?

Fue en la mañana del 29 de septiembre de 1492, cuando los vigías descubrieron en el horizonte una elevada planicie, que identificaron como nuestro objetivo: La isla de La Palma. Por ello, nuestros oficiales nos dieron la orden de formar en la cubierta, hasta que pudiéramos tomar tierra. Tomar tierra. La verdad es que a simple vista, no parecía haber lugar alguno en el que nuestra flotilla pudiera fondear.

Los vientos favorables nos habían acercado con rapidez a la isla de La Palma, y lo que en un principio parecía una elevada planicie, se había convertido en una serie de precipicios que subían de forma vertical, y que acababan cortados a pico. Algunos de ellos presentaban alturas de hasta mil pies, llevando este panorama el desánimo a mi corazón. Por si fuera poco, en dicha costa acantilada el mar rompía con fiero empuje, no acertándose a ver ninguna cala en la que pudiéramos fondear. Y en aquellas gigantescas alturas se podían contemplar con claridad, espesos nubarrones que presagiaban la inminente descarga del líquido elemento. Todo aquel sobrecogedor panorama era compensado por la extensa vegetación que cubría la isla, lo cual le daba un aspecto paradisíaco.

Estaba tan absorto contemplando la maravilla, que no sentí

la presencia del Portugués a mi espalda, hasta que comenzó a recitar:

Llorad las damas si Dios os vala,
Guillén Peraza quedó en La Palma,
la flor marchita de la su cara...

—¿Qué decís? —le pregunté al instante.

—Son endechas, pichón. Fueron escritas por un poeta hace muchos años —me respondió y continuó recitando.

¡Ah! No eres palma,
no eres retama,
eres ciprés de triste rama.

—¿Y qué significan? ¿Quién era el tal Peraza? —volví a interrumpir al Portugués.

—Pues bien, pichón —comenzó Mario como si esperara ansiosamente mi pregunta—. Hace unos cuarenta años, Hernán Peraza era el dueño y señor absoluto de las islas de Fuerteventura y El Hierro, y quiso comenzar la conquista de esta isla que tienes frente a tus ojos. Para ello, reunió unos doscientos ballesteros y trescientos insulares, a los cuales embarcó en dos naos. Y en dicha aventura, Peraza trajo a su hijo Guillén, un galán que hacía suspirar a su paso a todas las damas. Pero bueno, ciñéndonos al tema, todo este ejército desembarcó más al sur de donde nos encontramos, en un lugar llamado Tihuya. Allí, Hernán Peraza, con sus dos compañías, sus isleños y algunos caballeros, poniendo al frente de su escasa caballería a su hijo Guillén, avanzó hacia el interior. Sin

embargo, los palmenses reunidos en gran número, y acaudillados por el reyezuelo del distrito, comenzaron a ocupar las alturas y desfiladeros, y empezaron a lanzar certeras pedradas que rompían rodelas y cascos, y atravesaban las más fuertes corazas... Fue en medio de la tempestad, cuando una piedra lanzada con fiero empuje vino a herir en la cabeza al joven Guillén, con tan mala suerte que lo derribó muerto del caballo. Esa fue la señal de la desbandada, quedando en el campo de batalla numerosos muertos y heridos. Y de ahí este poema, que es una maldición a esta isla y sus habitantes, por haber matado a Guillén Peraza (7).

Terminaba el Portugués su macabro relato, cuando la flotilla penetraba en una zona de la costa, sembrada de roques y peligrosas bajas. Y aunque en un principio pensé que el piloto se había vuelto loco, luego tuve oportunidad de variar mi opinión, pues entre tanto obstáculo se hallaba una rada natural, donde nuestros barcos pudieron fondear con total tranquilidad. Dicha rada, según supe más tarde, era llamada Tazacorte por los nativos de la isla.

Teniendo todavía en mis oídos la narración del Portugués, le pregunté a éste si los indígenas que poblaban La Palma, tenían todavía tan buena puntería. A lo que me respondió con una amplia sonrisa: Sí, rara vez fallan.

Los minutos que tardaron las chalupas en transportarnos desde los navíos hasta tierra firme, fueron los más horribles que jamás había vivido en mi corta existencia. La narración del Portugués había hecho su efecto, y esperaba ser «recibido» de un momento a otro por una mortal lluvia de pedruscos, lanzados por

los palmenses, que seguramente estarían ocultos tras la exuberante vegetación que rodeaba a la playa. No fue así. El grueso del Cuerpo Expedicionario desembarcó con una total tranquilidad. Ningún alma, pagana o cristiana, se dejaba ver en tierra firme. Pero no por ello dejaba de agarrar con fuerza el escudo de mi abuelo.

Recuerdo que entre las primeras lanchas que tomaron tierra, se encontraba la del General, quien iba acompañado de su pariente Pedro Benítez, el capitán Lope Fernández de la Guerra, y una joven de tez muy morena, la cual a pesar de sus vestimentas no tenía apariencia europea. Lo más curioso fue que, tras desembarcar, esta joven penetró en la espesa maleza, desapareciendo de nuestra vista y sin que nadie hiciera nada por impedirlo. Sin embargo, este hecho pasó casi inadvertido en un principio, ante la total confianza con que se comportaba don Alonso, quien no mostraba temor alguno a hipotéticos ataques de las hordas salvajes que presumiblemente habitaban en la isla. De hecho, tras elegir junto a sus oficiales el lugar donde se debía asentar el futuro Real, antes de comenzar las obras del mismo y con el beneplácito del Canónigo de Canarias Alonso de Samarinas, decidió la celebración de una misa de Campaña.

Durante la Santa Misa, a la que incluso asistieron los cincuenta canarios, observé una serie de hechos que hicieron sublevar mi entonces pura alma cristiana. Hechos que pensados hoy en día, me hacen comprender lo estúpido que era, y lo bien que se habían servido de la Religión, el General y los frailes, para sus propios intereses. Pero será mejor que relate esta historia

cronológicamente, para su mejor comprensión.

La Misa de Campaña fue ofrendada a San Miguel, por ser ése su día, señalando el Canónigo de Canarias que la conquista de la isla era «una gran Cruzada» que nada tenía que envidiar a la realizada en Granada, y que nuestra verdadera misión era la de enseñar a los salvajes paganos que habitaban la isla, la Verdadera Fe. Luego, don Alonso de Samarinas nos pidió que nos arrodilláramos, pronunciando estas palabras:

—Orad todos a Dios y a la Virgen María, para que nos den la fuerza con la que vencer a estas hordas salvajes. Pensad que hacemos esto porque Dios lo quiere.

Fue en ese instante, cuando el capitán Diego Núñez alegó en voz baja, pero lo suficientemente fuerte como para que lo oyéramos los que estábamos a su alrededor:

—Semejante sarta de mentiras no la cree ni el Obispo.

Dichas palabras me ofendieron enormemente, y desde ese instante, a pesar de que quien las pronunció era mi capitán, le cogí un odio profundo. ¿Cómo iba a suponer lo equivocado que yo estaba?

Una vez desembarcados los fardos con el armamento, municiones y víveres, todo ello con una tranquilidad pasmosa, el General nos distribuyó en grupos para proceder, por fin, a la construcción de sólidas trincheras con que proteger nuestro campamento de posibles ataques isleños. Dicha medida, aunque tardía, fue rápidamente cumplida, con amplia satisfacción por todos nosotros, que no solíamos disimular nuestro miedo. Mientras, otro

grupo de peones recibió la orden de levantar una Ermita en honor de San Miguel, bajo cuya advocación se puso la isla.

Ya anocheciendo y avanzadas las obras del Real, el General, satisfecho, nos concedió un merecido descanso, dejando de guardia a una partida de guerreros de la isla de La Gomera que también formaban parte del Cuerpo Expedicionario, y en los cuales tenía mucha confianza. Nosotros por nuestra parte, tras digerir el escaso rancho nos desperdigamos en grupos alrededor de varias hogueras, donde calentamos del frío palmense. Y fue precisamente al calor del fuego, cuando los reunidos comenzamos a dar rienda suelta a nuestras incertidumbres.

A mi lado se encontraban mi compañero Gallardo, el viejo y fornido Portugués, el Gallego, el vizcaíno Albizuri, un aragonés llamado Juan Pestana, perteneciente a mi compañía, y otros con los que había intimado durante las dos travesías. Por su parte, los oficiales se hallaban reunidos en sus tiendas, apurando buen vino y hablando en alta voz de mil y una obscenidades. Mientras, el Canónigo y sus frailes se habían retirado al recién formado recinto de lo que sería la futura Ermita. En cuanto al General, estaba en su propia tienda con el que parecía ser el jefe de la partida de cincuenta canarios, el mismo al que don Alonso había llamado «Don Fernando», en Las Isletas.

Aproveché dicha circunstancia para preguntarle al siempre melancólico Gallego, quién era el personaje que se encontraba en la tienda del General. Y mi compañero de armas, sin inmutarse lo más mínimo, me respondió:

—Es el Rey de la isla de la Gran Canaria, Thenesor Semidán, conocido ahora como don Fernando Guanarteme.

Dicha respuesta me hizo suponer que el pensativo veterano se estaba burlando de mí, por lo que esboqué una estúpida sonrisa, a la vez que miraba a su cara esperando una confirmación a mi sospecha. Pero no fue así. El Gallego continuó tan serio como siempre, dando a entender que había dicho la verdad. Esto aumentó mi sorpresa, y creo recordar que estuve ridículamente boquiabierto durante largo rato, sin poder reaccionar. Fue mi compañero Gallardo quien continuó:

—¿Y qué hace tan alto personaje con nosotros?

A ello respondió, como ya era habitual, Mario el Portugués:

—Efectivamente, como ha dicho el Gallego, el indígena que acaudilla la partida de canarios es, o mejor dicho era, el reyezuelo de la Gran Canaria. Aunque más que rey, se le puede considerar como un traidor, y así es considerado por los suyos. Y es que fue el responsable de la sumisión de la isla tras cinco años de lucha.

—¿Y cómo fue posible tal traición? —preguntó el aragonés Pestana—, y ¿por qué lo siguen estos guerreros?

—En cuanto a lo segundo —respondió el Portugués—, te puedo decir que los nativos de estas islas, con pocas excepciones, son leales a sus reyezuelos, aunque éstos sean unos viles traidores. De hecho, en esa partida de fieles a nuestra causa se encuentra el hermano del Guanarteme traidor, el cual es llamado Maninidra. Y aunque éste fue un gran guerrero que nos infligió varias derrotas,

la lealtad a su hermano el «Rey» lo decantó de nuestro lado. Pero en lo referente a la traición del Guanarteme, quien mejor os puede informar es el Gallego, que estuvo cerca de los que lograron capturarlo.

Casi al instante, los ojos de los presentes se posaron en el demacrado rostro del Gallego, quien, posiblemente por el vino ingerido en el rancho, o por la expectación que había levantado el Portugués, salió por vez primera de su habitual reserva:

—Ciertamente, la historia de la captura del Guanarteme Thesor Semidán, hoy don Fernando Guanarteme, es de lo menos importante de la conquista de la Gran Canaria. El llamado Guanarteme jamás libró un combate con nuestras fuerzas, y era considerado como un verdadero cobarde entre los suyos, lo cual demostró cuando lo encontramos. Esto sucedió en enero de 1482, cuando don Alonso era el capitán de la fortaleza de Agaete. Nos enteramos por medio de espías de que una partida de quince indígenas, con algunas mujeres y niños, se habían detenido en el abandonado pueblo de Gáldar. Por ello nos dirigimos al lugar con tres destacamentos, y descubrimos al Guanarteme y cuatro de sus Guayres (como designaban a sus capitanes), en compañía de sus mujeres. Ninguno ofreció la más mínima resistencia. Y a partir de ese instante, el Guanarteme se dedicó en cuerpo y alma a ayudar a los nuestros, a destruir y esclavizar a su pueblo⁽⁸⁾.

—Habláis como si protegierais a los indígenas —interrumpió Gallardo.

—No es eso —respondió rápidamente el Gallego—. Lo

que ocurre es que en todo lugar siempre dan asco los traidores.

A pesar de lo interesante de la conversación, la fatiga del día acabó por nublar los ojos, y la mayoría tomamos a dormir en nuestros lechos de tierra, esperando la dura jornada que previsiblemente nos esperaba.

Desperté empapado en sudor, y todavía no había amanecido. Las pesadillas habían invadido mis escasas horas de sueño, provocándome dar vueltas y vueltas en el lecho arenoso. Las figuras decapitadas de mi abuelo y de mi padre, aparecían constantemente en mis sueños, y la frase «ahora te toca a ti» martilleaba incesantemente mi cerebro... Tenía la boca muy seca y me encontraba mareado, como con fiebre. Esto lo atribuí al estado de excitación del primer día de campaña. Por ello me levanté y eché a andar por el Real. Todavía era de noche, y el cielo palmense estaba cubierto de millares de estrellas, a cual más brillante. Tierra adentro, observé las negras siluetas de los inmensos picos que sobresalían del centro de la isla, como si de un gigantesco circo se tratara. A la vez, millares de insectos dejaban oír su canto nocturno, sobrecogiendo aún más la noche isleña. El espectáculo era impresionante para un alma profana, como la mía, en este tipo de aventuras.

Fueron los gritos de uno de los centinelas gomeros, los que me libraron de mi abstracción. Al parecer, el indígena de guardia había descubierto a un extraño que se acercaba al campamento. Por ello, más movido por la curiosidad que por valentía, me acerqué al lugar de donde partía el alboroto. Y observé al gomero apuntando

con su ballesta, a una sombra con voz de mujer, que empleando un castellano forzado imploraba poder hablar con don Alonso.

Inmediatamente, el centinela dio el pertinente aviso al oficial de guardia, quien dando muestras de conocer a la «intrusa», la condujo hacia la tienda del General. Fue en esos instantes, cuando aprovechando la luz que desprendía la hoguera practicada a la entrada de la improvisada estancia de don Alonso, pude ver el rostro de la recién llegada. Era la misma joven de tez muy morena que había desembarcado con el General, y se había internado en la espesura que rodeaba la playa de Tazacorte. Pero si grande fue mi sorpresa, mayor fue cuando el propio don Alonso recibió a la recién llegada con una amplia sonrisa, acompañada de una graciosa reverencia:

—Bienvenida, doña Francisca.

Apenas amaneció, cuando todos los expedicionarios fuimos puestos en pie de guerra, y a excepción de cincuenta peones, el resto nos preparamos para marchar hacia el interior de la isla. Mientras, el General estuvo reunido cerca de una hora con los capitanes de su tienda, posiblemente para dar las últimas instrucciones antes de iniciar la exploración. Poco después, el propio don Alonso nos explicó que la isla estaba dividida en doce reinos, y que nos encontrábamos en el territorio de Aridane, al encuentro de cuyos guerreros nos dirigíamos. Finalizó sus palabras el General, con una sonrisa de satisfacción:

—Estoy seguro de que con la fuerza de nuestra fe no hará falta que combatamos con los paganos. Sino que ellos

comprenderán la verdad de nuestra causa.

Semejantes palabras calaron hondo en mi ánimo, e inmediatamente me santigüé, teniendo por seguro que nos disponíamos a iniciar una Cruzada, en la que Dios estaría de nuestro lado. ¡Cuán equivocado estaba!

Inmediatamente iniciamos la marcha, la cual fue abierta entre la espesa vegetación de matorrales por los cincuenta guerreros canarios, que trotaban sobre el escabroso terreno, sorteando todo tipo de obstáculos naturales. Estos indígenas, como ya apunté en alguna ocasión, eran corpulentos y con el pelo muy largo, y llevaban sus cuerpos cubiertos de pieles, portando como armas una especie de bastones de madera. Detrás, seguía nuestro General montado a caballo y sin ningún tipo de cuidado, como si no temiera peligro alguno. Junto a él, y también a caballo, iban el Guanarteme traidor como ya nos habíamos acostumbrado a llamarlo, y la joven indígena que había penetrado en el campamento la pasada madrugada. Luego, siguieron los capitanes a caballo, y nosotros los peones en número de 700, armados con nuestras espadas, picas, ballestas, y llevando algunas culebrinas como única artillería, innecesaria entre aquellos riscos.

A nosotros, los soldados de a pie, no nos contagié el optimismo del General, por lo que estábamos ojo avizor. Yo mismo, no paraba de mirar a ambos lados del itinerario de marcha, esperando el mortal ataque de los fieros palmenses, con piedras y troncos. Otro tanto le ocurrió a mi compañero Gallardo, que no perdía de vista las alturas que teníamos que bordear, según me

contó más tarde. Sin embargo, nada sucedió. Pues al poco de iniciar la marcha, nos topamos con las primeras partidas de guerreros palmenses. Todos eran muy altos y robustos, y en contra de lo que esperábamos, se mostraron sonrientes, prodigándonos gestos de amistad.

Los nativos iban cubiertos con pieles adobadas, y calzados con lo que parecían cueros de cerdo. Y acercándose a nosotros, comenzaron a tocar de forma cariñosa nuestras rodelas y corazas, con una espontaneidad sorprendente. Nosotros correspondimos a sus atenciones, pese a que nuestros oficiales nos ordenaban que nos detuviéramos la marcha.

Fue al mediodía cuando llegamos al poblado del distrito, en un lugar que los nativos conocían como Amartihuya. Allí se encontraba un centenar de isleños entre hombres, mujeres y niños, todos ellos armados con unas lanzas o astas largas, que finalizaban en las puntas con unos cuernos agudos. Sin embargo, su semblante risueño no presagiaba enfrentamiento alguno con nuestras armas. Todo lo contrario, daba la impresión de querer recibirnos como a salvadores. «Salvadores de la Fe», pensé en aquel instante.

Una vez concentrado el Cuerpo Expedicionario, el General bajó de su caballo, y guiado por la indígena llamada doña Francisca, se acercó a un isleño alto y fuerte, de rostro noble, al cual le faltaba el brazo izquierdo desde el codo. Esta acción, unida a la mirada de sumisión que le mostraban los demás nativos, me hizo comprender que nos hallábamos ante el reyezuelo de Aridane. Casi inmediatamente, don Alonso Fernández de Lugo ordenó a nuestro

intérprete que leyera en alta voz el «tratado de amistad» que ofrecían los monarcas de Castilla y Aragón, Isabel y Fernando.

El primer punto leído a Mayantigo, pues así se llamaba el rey de Aridane, solicitaba la «paz, unión, trato y amistad entre castellanos y palmenses». Este punto fue aceptado sin condiciones por el reyezuelo.

El segundo punto del tratado pedía que «Mayantigo reconociera la grandeza de los Reyes Católicos, y que les obedeciera en todo como inferior; pero que conservaría la dignidad como príncipe y el gobierno del territorio de Aridane».

Por último, el tercer y cuarto apartados exigían que «Mayantigo y sus vasallos abrazasen la religión cristiana; añadiendo que se les guardarían a los palmenses las mismas libertades y franquicias que a nosotros».

Aunque en un principio el rostro del rey de Aridane se había tornado sombrío y dubitativo, lo cual nos hizo temer lo peor, inmediatamente accedió a las propuestas de nuestro General. Y éste le correspondió con un fuerte abrazo, que arrancó vítores de nuestras filas, y gritos incomprensibles pero lógicamente de alegría, de los palmenses. A todo esto se añadió el cántico del Canónigo de Canarias, que no cesaba de repetir:

—Dios ha bendecido nuestra Cruzada.

Aprovechando la situación favorable, los sacerdotes seculares y los religiosos de la Orden de San Francisco, que acompañaban en la expedición a don Alonso de Samarinas, procedieron al bautizo de todos los aridanenses, que alegremente

recibieron el Agua Bendita que les abriría las puertas del cielo. A su vez, el propio rey Mayantigo se arrodilló en la homilía junto a nuestro General, signo inequívoco de que se sometía a la verdadera religión.

No sé cuántos días estuvimos acampados en Amartihuya, pero fueron los suficientes como para empezar a conocer las costumbres de los palmenses. Así fue como averigüé que los aridanenses habitaban en cuevas nacidas por la acción de la naturaleza, la mayoría de las cuales se encontraban situadas en los alveolos de los barrancos y en los acantilados costeros. Su hábitat se concentraba fundamentalmente en la zona próxima a la entrada, donde podían valerse de la luz del sol. Asimismo comprobé que los isleños no realizaban obras de acondicionamiento alguno en sus cuevas, exceptuando un pequeño amurallamiento de piedras.

Fue durante uno de mis paseos por el distrito de Aridane, cuando trabé amistad por vez primera con un indígena. Habíamos salido mis compañeros Gallardo, el Portugués y yo, para contemplar la zona costera de la tierra ganada a nuestras amas de forma tan pacífica, cuando hallamos a varias mujeres palmenses bañándose en el mar. Eran muy hermosas, pero su mirada mostraba una salvaje fiereza, lo cual hizo que nuestros naturales instintos varoniles se tornasen en prudencia, y más tarde en temor. Las aridanenses iban adornadas con collares, brazaletes y tobilleras, todas ellas confeccionadas con cuentas de arcilla y hueso. Y según supimos, realizaban trabajos de gran dureza como cualquier hombre. Como pudimos comprobar en nuestras carnes, a la hora del combate, la

mujer palmense era igual o superior al hombre.

Fue observando la belleza de las isleñas, cuando se nos acercó el que iba a ser nuestro compañero inseparable durante la conquista de La Palma. Era bajo, muy moreno y con el vientre abultado. Se plantó delante de nosotros, y mientras se golpeaba el pecho, repetía incesantemente:

—Butinmara, Butinmara...

De esa forma, comprendimos que el isleño nos estaba diciendo cuál era su nombre, a lo cual mis compañeros y yo repetimos la operación, pronunciando los nuestros. Animado tras nuestra respuesta, el isleño Butinmara comenzó a hablar en su idioma, de forma que pronunciaba sus palabras hiriendo la lengua al paladar, a modo de tartajos o impedidos de lengua. Y es que la mayoría de las veces, comenzaba con la letra t, pronunciada en su acento sin finalizar. Por ello nos vimos obligados a solicitar la ayuda del intérprete del Ejército, Guillén Castellano, para intentar mantener una conversación con el nuevo compañero. De esa forma, comencé a aprender el dialecto palmense, algo que me ayudaría a desenvolverme en posteriores aventuras. A su vez, el propio Butinmara se esforzaba al máximo en conocer nuestra lengua, lo cual interpreté como un gran paso en la evangelización de su pobre alma pagana.

Butinmara intimó rápidamente con nosotros, tanto que nos invitó a la cueva en que habitaba, la cual era muy limpia y ordenada, recibiendo plenamente la luz del sol. Allí observé varias vestimentas hechas de piel de cabra, que unidas a los calzados de cuero de

cerdo, como ya había dicho, conformaban el vestuario de los nativos. Y estando en el interior de dicha morada indígena, recordé que los veteranos habían hablado de las delicias del alimento llamado gofio por los canarios. En la esperanza de que el nuevo compañero también lo poseyera, repetí varias veces esa palabra. E inmediatamente, Butinmara pareció entender mi exigencia, pues al instante nos obsequió con unos cuencos de arcilla, llenos de una especie de harina oscura, a la que añadió leche de cabra.

He de reconocer que la primera vez que probé el gofio, noté un sabor insípido y seco, aunque no repulsivo. Pero al ver que el Portugués y el nativo lo consumían golosamente y sin ascos, yo hice lo propio, acabando por repetir. De esa forma, y repitiendo las palabras del Portugués, quedé con el vientre hinchado.

Tras el inesperado banquete, el Portugués, un poco extrañado, me dijo que ésta era la primera vez que probaba un gofio de este tipo, ya que no sabía igual que la habitual harina de cebada, trigo o centeno, que hacían los canarios. Y empleando las pocas palabras conocidas del dialecto palmense, valiéndose más de gestos que de la lengua, interrogó a Butinmara sobre la forma de elaborar el gofio. Y la respuesta me la tradujo mi compañero:

—Al parecer, los palmenses hacen el gofio con raíces de helecho, trituradas en molinillos de piedra.

Esta respuesta me hizo caer en la cuenta de que en nuestra corta estancia en la isla, no había visto ningún cultivo. Y es que los palmenses no conocían la agricultura.

Una fría mañana de principios del mes de octubre, el Cuerpo

Expedicionario se puso nuevamente en marcha en dirección a nuevas conquistas. Y en esta ocasión contábamos con una partida de guerreros aridanenses, entre los que se encontraba el desde entonces inseparable Butinmara, como apoyo a la campaña que se preveía en el interior de la isla. De hecho, aunque los oficiales no nos habían dicho nada, corrió de boca en boca el rumor de que nos dirigíamos al fiero distrito de Tihuya... ¡Tihuya! Junto a una especie de obelisco o pirámide de piedra suelta que se encontraba en Amartihuya, y cuyo significado desconocíamos, recordé las endechas del Portugués, y supe que nos dirigíamos al lugar en que murió Guillén Peraza. Fue entonces cuando una terrible desazón invadió mi cuerpo.

Apenas cruzada la frontera entre los dos estados palmenses, recibimos la primera sorpresa: la indígena doña Francisca apareció entre la maleza, acompañada de otro nativo, pidiendo a voz en grito a los canarios de la vanguardia, el poder hablar con el General. Dicha petición fue escuchada por el propio don Alonso, quien a lomos de su caballo se dirigió a los recién llegados. Y tras desmontar, se trasladó en compañía de su pariente Pedro Benítez hacia un lugar apartado, donde escuchó con semblante distraído las palabras de los palmenses.

Realmente, no comprendía el motivo por el que el General le daba tanta importancia a la indígena llamada doña Francisca, y menos aún que ordenase detener el Ejército cuando íbamos a combatir con los tihuyanos. En ese momento tan crucial le comenté mis dudas al compañero Gallardo, quien confesó que las compartía.

Tras conferenciar con los palmenses, don Alonso se dirigió hacia el lugar en que se encontraban los eclesiásticos, y estuvo largo rato reunido con el Canónigo de Canarias y algunos miembros de la Orden de San Francisco. Mientras, nosotros los humildes peones, aprovechando que nuestros capitanes se unían al General, nos entregamos a la charla. En ella expresamos nuestros temores por el posible combate que debíamos afrontar, surgiendo los más disparatados rumores por el motivo de la detención. Entre estos últimos cogió más fuerza, el que todos los guerrereros palmenses se habían unido para aniquilarnos, y que la nativa doña Francisca había llegado para darnos un ultimátum.

Pero no fue así, porque inmediatamente don Alonso ordenó al Cuerpo Expedicionario que reanudara la marcha, aunque sin solicitar alguna medida de precaución especial. Fueron los auxiliares aridanenses en unión de una partida de guerrereros de La Gomera, los encargados de proteger los flancos del Ejército, sin estar bajo la autoridad de un oficial. Mientras, el General se había colocado a la vanguardia con sus principales capitanes mostrando un rostro igual de sonriente que cuando se dirigía al encuentro del rey de Aridane. E igual semblante mostraba la isleña doña Francisca, que iba a caballo entre don Alonso y el Guanarteme traidor.

Apenas había transcurrido una hora desde nuestra última detención, cuando nos topamos de frente con los temidos tihuyanos, que nos esperaban con las mismas lanzas de cuernos en punta que utilizaban los aridanenses, y que supe que denominaban mocas. Sin embargo, los «fieros» nativos nos

recibieron con la misma alegría de sus hermanos de raza. Pese a su fisonomía corpulenta y salvaje, distaban mucho de querer enfrentarse a nosotros en ningún tipo de combate sangriento. Así fue que, tras la primera impresión en la que mis piernas flaquearon y mi estómago se descompuso, el comprobar las amistosas intenciones de los palmenses me relajó de tal manera que parecía un borracho.

En ello, apareció entre los habitantes del poblado un sujeto muy alto y musculoso, cuyo cuerpo aparecía cubierto de cicatrices, alguna de ellas muy profunda. Casi inmediatamente, la isleña doña Francisca dijo en voz alta a nuestro General:

—Don Alonso, os presento a Echedey, rey supremo del estado de Tihuya.

A su vez, la nativa presentó a nuestro jefe al reyezuelo del lugar, en su común idioma, fundiéndose ambos en un efusivo abrazo.

Fue en el momento en que nuestro intérprete daba a conocer las condiciones de paz al monarca tihuyano, cuando se produjo la segunda sorpresa de la jornada. Contrariamente a como había ocurrido en Aridane, en esta ocasión sólo se dio lectura a tres puntos, siendo suprimido el artículo en el que se señalaba que los indígenas tendrían que abrazar la religión cristiana. Por contra, el General ordenó al intérprete que indicara a los tihuyanos que podían conservar sus creencias. Este hecho, según observé, provocó un murmullo de desaprobación por parte de los religiosos, aunque ninguno de ellos se atrevió a protestar en aquellos instantes.

Tras montar las tiendas y devorar nuestra ración de bizcocho y garbanzos, obtuvimos permiso para recorrer la zona, ocasión que aproveché con el nuevo compañero Butinmara. De esa forma, a la vez que contemplaba la forma de vida de los tihuyanos, aprendía cada vez más el idioma palmense. Otro tanto ocurría con el nativo, que hacía grandes progresos en su pronunciación del castellano. Así fue que Butinmara me llevó a una cueva, en la que al parecer habitaba un pariente suyo. Y tras las correspondientes y simpáticas presentaciones, me acomodé en el interior de la vivienda isleña, siempre junto a la entrada, mientras mi nuevo compañero charlaba animadamente con su familiar. Éste era alto y musculoso, como casi todos los indígenas, y vivía con su mujer y dos hijos. Estos últimos se ejercitaban en una especie de lucha ritual, en la que utilizaban las manos y los pies sin violencia, como medio de derribar al contrario, pero sin llegar a golpearse.

Mientras trataba de practicar lo poco aprendido del idioma isleño, la mujer palmense, a la que el vestido de piel adobada y el collar de cuentas de hueso daban una extraña belleza, nos sirvió una vasija con gofio. Y, mientras lo hacía, no paraba de repetir la palabra Adago, en tono que parecía de interrogación. Por ello pregunté a Butinmara el significado de aquella palabra.

—Adago es lo que ustedes conocen como leche de cabra —respondió a duras penas mi compañero indígena.

Aunque lo más curioso era que, para tomar la leche, tuve que emplear una cuchara de raíces de malvas, al igual que mis anfitriones, lo cual me maravilló aún más.

Tras digerir el exquisito manjar, el pariente de Butinmara, de nombre Atabama, me dio a entender que para esa noche estaba prevista la celebración de una fiesta. Y ante mi curiosidad me explicó, o al menos yo entendí, que en cada uno de los reinos en que se divide la isla, existía una especie de piedra sagrada que es objeto de una veneración especial, alrededor de la cual se reúnen los palmenses en ciertos días del mes, para implorar la clemencia divina. Y casualmente, esa noche se celebraba semejante rito. ¡Una fiesta pagana! pensé. Y me alegré de tener la oportunidad de presenciar un espectáculo de ese tipo, antes de que los isleños conocieran la verdadera fe...

Fue entrada la noche cuando tuvo lugar la celebración, y descubrí que la llamada «piedra sagrada» era una especie de obelisco o pirámide de piedra suelta, idéntica a la que había visto en Aridane y cuyo significado desconocía en aquel entonces. Alrededor de la misma, los hombres y mujeres tihuyanos danzaban con palos en sus manos, los cuales manipulaban diestramente como muestra de sus habilidades. Asimismo, sus graciosos saltitos hacia adelante y hacia atrás, le daban una especial simpatía a su forma de bailar.

Mientras, nosotros nos habíamos sentado en el suelo, alrededor de la fiesta, alumbrándonos por múltiples hogueras y calentándonos con el vino traído de la Gran Canaria. Por su parte, Butinmara no dejaba de señalarnos las actuaciones de sus hermanos de raza, profiriendo vocablos ininteligibles para nosotros. En eso, un grupo de mujeres tihuyanas se acercó a nuestro corro y nos ofreció unos buenos trozos de carne asada, a la cual llamaban

Teguevite. Desde luego que no rechacé la invitación, y tras probar el Teguevite comprobé que se trataba de carne de cabra, algo cruda pero exquisita.

Tras los bailes, varias jóvenes palmenses comenzaron a cantar con una gracia y un donaire excepcionales. De hecho, he de reconocer que sus cánticos me embriagaron, y un hormigueo de admiración recorrió mi cuerpo. Pero no sólo me atrajo su arte para cantar, sino la gran belleza de las isleñas, que iban adornadas con unos colgantes triangulares, ovalados y esféricos, con conchas de moluscos, piedras o maderas de acebiño, según cada cual. Todo ello contribuyó a despertar mis instintos sexuales, domidos hasta entonces por la Cruzada de Fe con que realizábamos la campaña.

Más tarde, los palmenses nos deleitaron con una especie de lucha, idéntica a las que había visto realizar a los hijos de Atabama, el pariente de Butinmara. Estas pruebas, como ya relaté, consistían en el enfrentamiento entre dos contrincantes, uno de los cuales debía derribar al otro, bien con juegos de pies bien con las manos, pero sin ejercer ningún tipo de violencia. Lo más fantástico era su nobleza, pues el vencedor ayudaba con su mano a levantarse al caído, como gesto de amistad.

Estábamos tan abstraídos con el espectáculo, que apenas nos dimos cuenta de la vuelta de las mujeres tihuyanas, con más trozos de carne. Mi amigo Mario el Portugués, exclamó burlonamente:

—Vaya... Más Teguevite.

—Asinarina, asinarina... —respondieron las nativas,

meneando la cabeza con un gesto de negación.

Efectivamente, en esta ocasión no se trataba de Teguevite, sino de carne de puerco, a la que los indígenas denominaban asinarina. Y tras degustarla, el Portugués abrió otra de las barricas del vino adquirido en la Gran Canaria, lo que contribuyó a caldear un poco más la atmósfera.

En eso, observé como los capitanes Fernando del Hoyo, Pedro de Vergara, Gerónimo Valdés y Andrés Suárez Gallinato, contemplaban la fiesta con semblante risueño y apurando un buen vino. En otro de los corros que se habían formado, se encontraba Lope Fernández de la Guerra, amigo íntimo del General y magnífico oficial, junto con Gabriel Socarras Centellas. Todos ellos miraban con ojos ávidos el movimiento de las mujeres palmenses danzando alrededor de la pirámide. Pero fue junto a mi grupo, y en medio del bullicio, donde escuché los comentarios de desaprobación de otros espectadores.

—¡Qué espectáculo más horrible! Tener que soportar orgías paganas de unos salvajes que no han querido reconocer el buen nombre de nuestro Señor Jesucristo —Reconocí la voz del Canónigo de Canarias.

—Y lo peor es que no podemos hacer nada para impedirlo —señaló uno de los sacerdotes seculares que le acompañaba—. Y es que no hay duda que son prácticas de invocación al Demonio.

—No os preocupéis, que mi sobrino sabe perfectamente lo que tiene que hacer con estos salvajes —intervino Pedro Benítez de Lugo, quien por el tono de voz daba la impresión de encontrarse

embriagado—. Muy pronto, cuando consigamos nuestros objetivos, los pondremos en su sitio. Sólo hay que tener paciencia.

—¡Paciencia! —repitió con voz muy dura don Alonso de Samarinas—. Pero confío en que no tengamos que esperar mucho tiempo para acabar con estos actos pecaminosos, que en nada ayudan a los fines de esta cristiana Cruzada. Es necesario poner cuanto antes las cosas en su sitio.

En ese momento, algunos isleños comenzaron a recitar en su lengua una serie de romances o endechas, que según me explicó Butinmara, eran conmemoraciones de las hazañas y virtudes de sus antepasados. Y he aquí que, comenzando tales pruebas de la inteligencia de los nativos, nuestros religiosos se retiraron a sus tiendas, no haciendo lo propio Pedro Benítez que continuó apurando vino sin perder de vista a las jóvenes palmenses.

Apenas reemprendimos la marcha, comenzaron a caer del cielo palmense las primeras gotas de lluvia, que convirtieron los ya impracticables senderos isleños en barrizales que obstaculizaban la expedición. De hecho, ya desde la partida había observado los numerosos y negros nubarrones, que trepaban como absorbidos por la gran muralla de altas montañas que cercaba el centro de la isla, presagiando el inminente aguacero. He aquí que el cambio de situación, me obligó a sufrir mi inexperiencia en las marchas por terrenos vírgenes e inexplorados. En más de una ocasión reshalé por entre aquellos barrancos y depresiones, llegando a lesionarme seriamente. Incluso llegó un momento en el que me tragué el barro del camino, con la consiguiente hilaridad de los veteranos, más

duchos en este tipo de aventuras. Para mi consuelo, no fui el único peón que soportó semejantes humillaciones.

A medida que atravesábamos los interminables bosques de pinos, que tanto retrasaban nuestra marcha, nos encontrábamos con profundas charcas de agua, las cuales debíamos vadear para poder continuar. El agua no representaba ningún problema para los palmenses. Pero lo que nunca me dejó de impresionar durante los primeros días de la campaña, fue aquel inmenso circo de montañas cortadas a pico, tierra adentro, que parecía querer desafiar la buena marcha de la expedición. Pero eso era imposible, pensaba yo, pues la campaña acabaría pronto y sin derramamiento de sangre, gracias a la nobleza con que la emprendíamos y al apoyo indiscutible de nuestro Señor Jesucristo.

Tras varias horas de marcha e infinitas penalidades, bajo la lluvia que no parecía arreciar nunca, nos encontramos con los habitantes del reino de Guehevey, los cuales nos dieron la impresión de llevar esperándonos mucho tiempo. Todos ellos iban cubiertos de escasas pieles a pesar del brusco cambio del tiempo, y su vista pareció congelar aún más mi cuerpo.

Fue el reyezuelo del distrito, un indígena alto y de rostro noble, quien rodeado de sus guerreros, siempre armados de las imponentes mocas, acudió presuroso a recibirnos. Correspondiendo al gesto, nuestro General desmontó de su caballo y se acercó al isleño, ofreciéndole con gesto humilde una espada, y una de las capas que habitualmente utilizaban nuestros oficiales. Estos obsequios parecieron llenar de alegría al monarca nativo, quien

rápidamente cubrió de abrazos a don Alonso. Simultáneamente, nuestros capitanes repartieron una serie de regalos como cuentas de cristal o telas de Castillo, entre los palmenses, los cuales intercambiaron por gofio y colgantes de conchas de un caracol que no acertaba a conocer.

En medio de tanta alegría, el General ordenó romper el orden de marcha, sin llevar a cabo el ya habitual ceremonial de sometimiento de los nativos a las Leyes de Castilla y Aragón, y mucho menos la aceptación de la Verdadera Religión. Sin embargo, apenas reparamos en esos instantes a tales requisitos, debido a la alegría que suponía el haber conseguido una nueva victoria sin derramamiento de sangre.

Estuvimos acampados en Guehevey mientras duraron las primeras lluvias, refugiándonos en las numerosas cuevas naturales del lugar, o en una serie de abrigos construidos a mano con la ayuda de los palmenses. Entre tanto, nos alimentábamos con gofio y leche de cabra, de los cuales nos proveían los isleños. Por su parte, el reyezuelo del lugar, de nombre Tamanca, acogió a nuestro General en su propia cueva, que tenía fama de ser la más comfortable del reino. A todo ello observé que estas grutas, al ser naturales, solían estar muy separadas entre sí, no llegando a formar nunca caseños ni agrupaciones como cualquier poblado normal.

Por suerte para el buen resultado de la expedición, las lluvias cesaron muy pronto, y poco antes de reiniciar la marcha salimos de nuestros refugios para reconocer la nueva tierra sometida a nuestros reyes. Así fue que el inseparable Butinmara nos convenció

a mi compañero Gallardo y a mí, para que lo acompañáramos a la zona litoral y viéramos a sus hermanos de raza, empeñados en las tareas de captura del pescado.

Ciertamente, tal y como hubiera relatado el Portugués en la Gran Canaria, la forma de pescar empleada por los nativos de La Palma era muy curiosa. Los isleños se colocaban en círculo con el agua a la cintura, aporreando con grandes garrotes al abundante pescado que se acercaba a la orilla. Y aunque parezca insólito, conseguían abundantes capturas. De hecho, en el corto periodo que estuvimos en aquella pequeña playa, recuerdo que los nativos consiguieron llevar a tierra decenas de peces de forma alargada y con sus costados blanquecinos, especie que parecía ser habitual en las costas isleñas. También era común un pescado muy plano con el cuerpo cubierto de líneas oscuras.

He de reconocer que esta forma de pescar me maravilló sobremanera, máxime cuando en un escaso margen de tiempo, los palmenses lograron un número de presas tal, que podrían haber alimentado a todo el Cuerpo Expedicionario. Su sola vista despertó a mi aletargado estómago, cansado ya de las habituales raciones de garbanzos, nabos y bizcochos. Por ello le pregunté a Butinmara si podría coger alguno de los pescados que todavía coleaban en la orilla arenosa. Pero la respuesta del indígena fue negativa, ya que según me explicó, todas las capturas debían ser llevadas al poblado y repartidas entre los súbditos. El resto podría ser entregado al Cuerpo Expedicionario como gentileza del reyezuelo Tamanca.

Pero como Butinmara se percatase de las ansias que

teníamos Gallardo y yo de masticar algo, rápidamente nos llevó a la zona rocosa del litoral, producto de erupciones volcánicas antiquísimas. Y es que, en el interior de todas esas formas de lava petrificada, se habían creado una especie de charcos de agua salada, que una vez bajada la marea se encontraban llenos de peces de pequeño tamaño. Pero no era esa la sorpresa que nos reservaba Butinmara. A lo largo de todo el litoral volcánico se encontraban centenares de caracolutos, que se hallaban fuertemente adosados a la roca dura. Y nuestro compañero indígena cogió varios de ellos, hurgando en su interior con una pequeña y afilada astilla, y sacando una masa alargada y carnosa, la cual devoró con avidez. Luego, nos hizo señas para que lo probásemos, lo que hicimos no sin ascos.

Lo cierto es que eran exquisitos. Tanto que mi compañero de fatigas y yo estuvimos largo rato arrancándolos de las piedras y masticándolos. Lo mismo hicimos con otra especie, de caparazón muy plano, a la cual tuvimos que despegar de las rocas con nuestros cuchillos. Recuerdo que aquel día comimos demasiado del inesperado alimento.

Una vez de vuelta en nuestro improvisado campamento, me percaté de la presencia del manco rey de Aridane, el hemoso Mayantigo, a cuyo alrededor se agolpaban decenas de guerreros isleños. Éstos, mostraban hacia su persona un derroche de cariño y simpatía sorprendente. Estas pruebas de lealtad y respeto, me intrigaron sobremanera, y así se lo hice entender a Butinmara.

—Mi señor Mayantigo, que en vuestra lengua significa

«Pedazo de Cielo», es una persona sagrada para todos nosotros. Siempre ha sido un rey bueno y justo.

—¿Y qué le pasó en el brazo? ¿Sufrió un accidente? — preguntó mi compañero Gallardo.

Fue entonces cuando Butinmara se sentó en el suelo, invitándonos a hacer lo mismo. Y una vez en esa posición, comenzó a hablarnos empleando vocablos tanto palmenses como castellanos, en un intento desesperado para que lo entendiéramos: Hace varios años, se produjo una reñida contienda entre nuestro reino y el de Ahenguareme, el cual está regido por los hermanos Echentire y Azuquahe, y todos nosotros estuvimos empeñados en el combate. Fue una larga guerra, y se perdieron muchas vidas valiosas —en ese momento, Butinmara hizo una breve pausa, como recreándose en el pasado, y continuó— Yo intervine en muchos de aquellos combates al lado de mi rey, y todos luchamos valientemente. Pero fue en una de esas batallas cuando nuestro señor Mayantigo resultó malherido en el brazo izquierdo. Sin embargo, no mostró temor alguno, pues cogió su propio brazo, lo torció por el codo y se lo amputó. Desde entonces le llamamos Mayantigo Aganeyey, significando esta última palabra «brazo cortado» (9).

Tras su relato, Butinmara tenía el cuerpo muy tenso, como si estuviera viviendo cada uno de los momentos que acababa de narrar. Y en sus ojos pude observar un destello como de admiración, que supuse era hacia su rey, a quien no había dejado de observar mientras hablaba. Pero he aquí que habíamos tocado una parte sensible de su persona, pues volvió a la carga para

contarnos otro de los hechos históricos que le tocó vivir:

—Hace unos pocos años, en nuestra tierra de Benahoare comenzó una Gran Guerra en la que se vieron implicados todos los reinos de la isla. La lucha comenzó al principio entre el rey de Tedote, Atogmatoma, y el Gran Señor de Aceró, Tanausú. Y como ambos son los reinos más fuertes, todos los demás se fueron aliando con uno u otro bando. Yo también luché en esa contienda, y al igual que obtuvimos muchas victorias, sufrimos algunas derrotas. Se tuvo que derramar mucha sangre hasta que se logró la paz. Y ésta llegó cuando nuestro rey Mayantigo se casó con la bella Tinalama, hija de Atogmatoma (10).

A la mañana siguiente y muy temprano, bajo un cielo cubierto de negros y gruesos nubarrones, el Cuerpo Expedicionario se volvió a poner en marcha, en dirección al reino de Ahenguareme. Y en esta ocasión, de forma más exagerada que las anteriores, el orden de marcha del ejército era nulo, sin apenas protección en los flancos. A excepción de las envidiadas partidas canarias, el resto del ejército marchábamos de forma descuidada, como si los oficiales despreciaran cualquier intento ofensivo del enemigo. Pero, ¿realmente existía enemigo? Una vez más volví a pagar mi inexperiencia en la marcha por los abruptos y pedregosos senderos isleños, cubiertos de barro por las recientes lluvias.

Fue entrado el día cuando llegamos a lo que parecía la cabecera del distrito de Ahenguareme, el cual me maravilló por la gran cantidad de cabras y ovejas que pastaban en él. También observé varias piaras de cerdos, que emitían sus gruñidos como

alertados por nuestra presencia. Ciertamente, el número de animales era más que suficiente para alimentar a tres ejércitos como el nuestro durante mucho tiempo.

Al igual que en las anteriores ocasiones, los habitantes del reino isleño nos recibieron con semblantes risueños, como dando la impresión de que nuestra llegada era una salvación para ellos. ¡Para sus almas!, pensé para mis adentros. A la cabeza de los súbditos estaban sus reyezuelos, los hermanos Echentire y Azuquahe, los mismos que fueron responsables de que el rey de Aridane quedara manco de por vida, según el relato de Butinmara.

En esta ocasión no se mostraron tan fieros, pues nos ofrecieron el ya tradicional gofio, como presumible gesto de buena voluntad. Por su parte, nuestros oficiales, en lo que parecía una norma establecida, obsequiaron con regalos a los dos dirigentes del reino que se entregaban sin lucha.

CAPÍTULO CUARTO

«EN LAS MONTAÑAS DEL TINIBÚCAR»

Poco tiempo estuvimos en Ahenguareme, ya que nuestro General no dejaba de mostrar una enorme impaciencia en reemprender la marcha hacia el resto de los reinos isleños. Por ello, apenas tuvimos el tiempo suficiente para montar las tiendas en previsión de fuertes precipitaciones de lluvia, y recoger abundantes provisiones, de las que nos proveían los nativos.

La última noche en aquel cantón, la temperatura bajó considerablemente, por lo que todos nosotros para evitar morir congelados, nos colocamos alrededor de varias hogueras, cuyo confortable calor no logró liberarnos de las garras del húmedo frío palmense. Por ello, nuestros capitanes consintieron en repartir una generosa ración de aguardiente entre los ateridos componentes del Cuerpo Expedicionario. De esa forma y como único modo de disimular los fuertes temblores que sacudían nuestros cuerpos, bebimos y charlamos largamente, recordando todos y cada uno de los episodios vividos desde que habíamos puesto el pie en Tzacorte.

Más de uno confesó los temores sufridos al entrar en cada

nuevo reino isleño sometido, y la satisfacción de ver que sus habitantes aceptaban nuestras condiciones sin luchar. Por ello, fue opinión de muchos, entre los que yo me contaba, que nuestro Ejército se encontraba protegido «por nuestro Señor Jesucristo», ya que estábamos emprendiendo una Cruzada. Y es que el sometimiento voluntario de los isleños, daba a entender que «Dios aprobaba nuestras acciones», motivo por el cual las bendecía sin derramamientos de sangre. En esa conversación estábamos, cuando sonaron las atronadoras carcajadas de nuestro capitán Diego Núñez:

—Pero, ¿de qué nido han caído ustedes, pichoncitos?

No sé si fue el alcohol ingerido o la rabia que me había provocado semejante pregunta. Lo cierto es que me puse en pie y me enfrenté al cínico oficial:

—¿A qué os referís don Diego? Acaso vos no creéis en la Iglesia. ¿Es que sois hereje?

Mis palabras debieron sentarle mal al grueso capitán, pues rápidamente echó mano a su espada, como queriendo enfundarla contra mí. Pero fue una ira momentánea, puesto que por suerte para mí, su mano se quedó sólo en el intento. Sin embargo, su rostro seguía crispado cuando me respondió:

—Frena tu lengua, pichón, porque eres una simple inmundicia al lado mío. Tienes suerte de que estemos en campaña, porque si no ya estarías muerto.

Semejante reacción me hizo tragar saliva, y al temblor provocado por el frío, se unió el del miedo. Fue el Portugués quien

agarrándome por un brazo, me sentó en el suelo. Mientras, el aragonés Pestana desvió la atención del embriagado oficial, hablándole:

—Mi capitán, no podéis negar que nuestra expedición se está realizando bajo la protección divina... Hemos sometido cuatro reinos isleños sin ningún combate.

En ese instante, los ojos de don Diego Núñez brillaron como los del Demonio, debido al reflejo de la hoguera, y nos dijo:

—Parecéis estúpidos. Aquí no hay lugar para historias de Cruzadas, protecciones divinas y otras sandeces. Todo lo que está ocurriendo, ya estaba previsto de antemano.

—Pero el Canónigo y los frailes —quiso replicar otro recluta.

—A la mierda el Canónigo y los frailes. Todos ellos os están engañando con historias sobre la fe y demás monsergas. Debéis tener por seguro que ningún isleño aceptará voluntariamente nuestra Religión. Ya es hora de dejar de creer en los cuentos que os contaban vuestras madres antes de dormir. Estamos en una campaña en la que no cuentan ni la fe ni la caballerosidad. Y pronto lo vais a comprobar —en ese momento agarró una de las jarras de vino, y apuró hasta que el líquido se le escapó por la comisura de los labios—. No me preguntéis a mí sino a los veteranos.

Tras lo dicho el oficial se marchó dando tumbos, presumiblemente por el exceso de alcohol ingerido. Mientras, mis compañeros quedaron callados, lo que provocó que se exaltaran mis ánimos:

—¿Es que nadie va a decirle nada a ese blasfemo? Deberíamos decírselo a don Alonso para que sea excomulgado. No comprendo como puede estar al mando de una compañía. La Inquisición debería saberlo.

Sin embargo, a mis alocados comentarios nadie respondió. Todos miraban cabizbajos y ateridos a la gran hoguera, o apuraban un trago más del vino canario. No querían opinar sobre las «horribles» palabras del capitán Núñez. Tan sólo el viejo Portugués apretó con fuerza mi muslo derecho, y me susurró:

—Todavía no comprendes nada.

A estas alturas de mis Memorias, he de reconocer que yo era un completo ingenuo, que acababa de salir de debajo de las faldas de mi madre. Para mi edad, mi mente se había quedado atrasada.

A la mañana siguiente, una espesa niebla comenzó a bajar de las cumbres cercanas, introduciéndose en el campamento y llevando más sufrimiento a nuestros doloridos huesos. A su vez, gruesas gotas de lluvia inundaron el lugar, calándonos hasta el alma. Para colmo de males, se nos repartió un rancho en frío, ya que la humedad había hecho sus efectos en la abundante leña. Y en tamaña situación, fuimos nuevamente movilizados para reemprender la marcha hacia nuestro nuevo objetivo: el reino de Tigalete.

Pese a estar todos los efectivos al completo, y cercano al mediodía, el General no nos dio la orden de volver a los pedregosos y empantanados senderos isleños. Este hecho nos sorprendió

sobremanera, máxime cuando el rostro de don Alonso mostraba una acuciante impaciencia. Parecía que esperaba ardientemente la llegada de alguien, lo que hizo que a mi mente aflorase la imagen de la misteriosa isleña a la que llamaba doña Francisca.

De igual forma, nuestros capitanes, montados en sus ateridos caballos, daban continuas vueltas alrededor del poblado nativo, con evidentes gestos de preocupación. De hecho, alguno de ellos bajó para realizar sus necesidades más perentorias, o para mover las piernas en un intento de evitar que se congelasen en tan forzada postura. En medio de tanta incertidumbre, contemplé entre tantos isleños, los rostros impassibles de los hermanos Echentire y Azuquahe, los reyezuelos del lugar, que no parecían percatarse de las inclemencias del tiempo. Por cierto que creo justo citar en este Diario, que según me explicó Butinmara, Azuquahe significaba en su lengua «moreno», lo cual no me extrañó a juzgar por el color de la tez del isleño.

Pero volviendo a retomar esta historia, he de confesar que aquel día ocurrió el suceso más importante de mi paso por La Palma. Ella, como supe después, llevaba bastante tiempo fijando su mirada en mi persona. Pero yo no lo advertí hasta que la descubrí junto al reyezuelo Azuquahe. Era más baja que yo, muy morena y con un rostro reflejo de belleza salvaje. Su cuerpo era embriagador; y su mirada cautivadora. Y de hecho, me cautivó desde un principio, envolviéndome en una especie de velo imaginario, en una atmósfera tan excitante que jamás había llegado a sentir algo igual en mi corta vida.

Estaba tan ensimismado en la contemplación de la maravilla, que apenas escuché el grito de uno de los oficiales, advirtiéndome de la llegada de alguien. Y hacia el lugar señalado por el capitán, corrió don Alonso, para encontrarse con la fantasmal doña Francisca, la cual venía acompañada por dos guerreros aridianenses. Y he de reconocer que me alegré de la llegada de la nativa, pues hasta entonces sólo había sido señal de buenos augurios.

Pero no fue así. En esta ocasión, tras el inevitable diálogo, el rostro de nuestro General se puso muy tenso, como si la nativa le hubiera dado malas nuevas. Tras unos instantes de aparente reflexión, instantes que parecieron horas, el de Lugo reunió a los capitanes en consejo de guerra. Y tras el mismo, iniciamos la marcha hacia nuestro nuevo objetivo.

En esta ocasión y a diferencia de las anteriores expediciones, recibimos la orden de desplazarnos en formación de combate, asegurándose por primera vez desde que comenzó la campaña, la máxima protección en los flancos y retaguardia. La vanguardia fue confiada a los auxiliares de la Gran Canaria y Gomera. Poco antes de abandonar el lugar, me detuve, y mis ojos volvieron a posarse en los de la bella isleña, la cual me sonreía con una ternura sin igual. Y así hubiera continuado el resto de mi vida, si uno de mis compañeros de expedición no me hubiera empujado con la parte posterior de su pica. Aún así, en mi ajetreada marcha tuve tiempo de volver la vista hacia atrás en un par de ocasiones.

La lluvia caía cada vez con más fuerza, embarrando aquellos horribles senderos y dificultando cada vez más nuestra marcha.

De hecho, la escasa caballería con que contábamos se empantanaba por los caminos, a la vez que la artillería corría el peligro de perderse entre tanto fango. Por ello, muchos peones fueron designados como auxiliares de los mulos de transporte, para así empujar bajo aquel aguacero los preciados falconetes y culebrinas, piezas de las cuales no se sabía qué utilidad podrían tener entre aquellos riscos.

Y entre tantas penalidades, no faltaba quien como yo dirigiera una mirada al General, esperando una voz o una facción de aliento, que nos diera algo de fuerza espiritual para continuar con aquella penitencia. Pero no fue así. El rostro de don Alonso, cubierto por el agua, parecía no poner fin a sus aparentemente inmensas preocupaciones, no perdiendo de vista a todos y cada uno de los obstáculos del camino, como temiendo una sorpresa.

Tardamos varias horas en llegar hasta la falda de una gran montaña, que los nativos llamaban de Tinibúcar. Y entre la espesa bruma y la vegetación existentes, pudimos contemplar sobre las alturas a decenas de guerreros palmenses armados con las terribles mocas. De esa forma, comprendimos que por primera vez nos iban a presentar batalla los isleños, aunque lo más desagradable era que debíamos desalojarlos de aquellas impracticables y resbaladizas alturas en las que se encontraban apostados. Para aumentar nuestras penalidades, en aquellos instantes cayó una fuerte lluvia de granizo, la cual acabó por desorganizar a las maltrechas y ateridas filas. Y es que los pedruscos eran de gran tamaño, llegando a herir seriamente a varios hombres y monturas.

Ante la previsión de un desastre, don Alonso nos ordenó

montar las tiendas a una distancia prudencial del Tinibúcar, encargándonos más que nada de la protección de armas y animales. Luego se nos sirvió un rancho en frío, que casi nadie digirió, mientras el General se reunía por segunda vez en consejo de guerra con sus capitanes. Más tarde, todos nos refugiamos en nuestras tiendas al amparo de la lluvia, mientras los guerreros canarios se encargaban de la vigilancia del recién montado campamento, en previsión de cualquier sorpresa por parte de los palmenses.

El consejo de guerra duró más de lo previsto, ya que algunos de los oficiales eran contrarios a la intención de nuestro General, de atacar a los tiguiletanos en sus propias alturas. Estos capitanes, entre los que se contaba «el blasfemo» Diego Núñez, como lo apodé, pensaban que era mejor aplazar la campaña hasta que el tiempo mejorase. Y la verdad es que la opinión de la mayoría de los hombres de a pie era acorde con esta postura. Pero los veteranos, que tanto conocían a don Alonso, sabían que éste no cedería a tan sensatos consejos.

Entre tanta incertidumbre, las nubes oscurecieron el lugar, y las lluvias se hicieron interminables, llevando el desánimo a nuestras almas. En el débil calor de la tienda, recordé a la poca familia que me quedaba en este mundo, y a la que parecía que hacía un siglo que no veía. Por ello, y en medio de aquella pesadilla, comencé a escribirle una carta a mi madre y a mi hermana: «Queridas madre y hermana: en estos instantes en los que nos encontramos a las puertas de un combate contra los indígenas de estos lugares, he encontrado el valor suficiente para escribiros y

contaros que me encuentro bien de salud y mucho mejor de fe. Sé que pensáis que hice mal en abandonar la hacienda y dejaros solas a tal cuidado, pero creo que también sabéis que yo, al igual que mis compañeros, estamos cumpliendo un sagrado deber con nuestra Santa Iglesia. Espero que esta Cruzada acabe pronto y pueda volver a abrazaros. Vuestro hijo y hermano».

Tras escribir esta misiva me sentí un poco mejor, y pude cerrar los ojos, aunque no pude alejar de mis negros sueños la terrible presencia del frío palmense, que parecía acompañarme hasta la muerte.

Todavía era noche cerrada cuando sentí la ronca voz de nuestro capitán «el blasfemo», que nos ordenaba levantarnos: ¡Vamos! Preparaos todos. El General quiere hablar con vosotros.

Así ocurrió que todos los hombres fuimos reunidos alrededor de una gran hoguera, la cual se había encendido aprovechando que las lluvias habían disminuido en intensidad. Allí se encontraban los guerreros canarios y gomeros con sus bastones, y solamente cubiertos de pieles, como si no sintieran el frío. Al frente de ellos estaba el reyezuelo Thenesor Semidán «el traidor», acompañado de su lugarteniente Maninidra. Inmediatamente apareció don Alonso, completamente abrigado y con cara de no haber dormido, quien nos dijo en tono claro y resuelto: Soldados y oficiales del Cuerpo Expedicionario, por la autoridad que me confieren los Reyes Católicos Isabel y Fernando, y la Santa Iglesia, he decidido que nuestra misión es desalojar a esos paganos que desafían la palabra de Dios desde estas montañas. Por ello, solicito

el apoyo de todas las personas que sepan manejar con perfección la ballesta.

Al instante, se adelantaron los veteranos como Mario el Portugués, el Gallego y Andrés Suárez Gallinato, y soldados que habían participado en la conquista de Granada, como mi compañero José Gallardo. Y como si una misteriosa fuerza me catapultara hacia adelante, salté hacia el grupo de profesionales de esa arma llamada ballesta, que nunca había disparado. Fue entonces cuando el propio Gallardo me miró con ojos de asombro:

—¿Tú sabes cómo se maneja una ballesta?

A lo que respondí, mintiéndole:

—Por supuesto. Mi padre me enseñó a disparar con ella desde muy niño.

De esa forma me vi embarcado en la nueva aventura, venciendo mi inesperada audacia, al profundo miedo que pasaba, hecho que interpreté como debido a la «influencia del abuelo». Así, el General nos reunió en número de treinta, para iniciar el silencioso ascenso de una altura cercana a la que estaba ocupada por los tigeletanos. Y desde allí apoyaríamos con nuestras ballestas, la peligrosa escalada del Tinibúcar, la cual iban a realizar los guerreros de Maninidra. Por ello, aproveché ese corto espacio de tiempo disponible para colocarme, orgulloso, mi cota de malla y la histórica espada del abuelo.

Comenzaba a clarear el día cuando los nativos canarios, al frente de los cuales iba el fiero Maninidra, comenzaron a subir a saltos el llamado Fuerte Tinibúcar. Tras ellos, hicieron lo propio

los ágiles gomeros, que brincaban como conejos por entre aquellos escarpados cerros. Mientras, nosotros observamos la cima de la montaña, esperando de un momento a otro el temido contraataque de los tigaletanos. Pero no ocurrió, ninguna figura hostil asomó en lo alto.

Poco a poco, aunque con alguna dificultad, los auxiliares canarios comenzaron a ganar terreno en dirección a lo más elevado de la posición enemiga. Y al frente, demostrando carecer del sentido llamado miedo, con un arrojo envidiable subía el guerrero Maninidra. Sin embargo, el Guanarteme traidor había quedado junto a nuestro General, demostrando con ello su cobardía a la hora de entrar en combate.

Mientras tanto, los escogidos nos fuimos acercando hasta una altura desde la cual se podían dominar parte de las posiciones tigaletanas, a tiro de ballesta. Y entre los oficiales que nos dirigían se encontraba nuestro capitán Diego Núñez. Así, comenzamos la subida por un terreno totalmente anegado de agua, con múltiples obstáculos que dificultaban enormemente nuestros movimientos. He de reconocer que fui uno de los primeros en resbalar torpemente por aquellas laderas.

Por otro lado, los guerreros canarios estaban superando la mitad del Tinibúcar, y su ascenso parecía imparable, por lo que dábamos como sentado que los palmenses se habrían retirado con la noche hacia otras posiciones más favorables. Esto ciertamente me alegró y contribuyó a relajarme en mi escalada, puesto que se alejaba la posibilidad de un combate hasta la próxima primavera.

Pero en mi fuero interno, lamentaba el no perder mi «virginidad» a la hora de la lucha.

Enfrascado en semejantes dilemas, y resoplando por el esfuerzo realizado para intentar llegar a lo alto de la posición designada para nuestro grupo, mi cuerpo quedó paralizado al escuchar un grito que parecía sobrehumano. En las alturas del Tinibúcar aparecieron repentinamente varias decenas de guerreros tigateanos, los cuales comenzaban a arrojar inmensas rocas y troncos descomunales sobre los auxiliares canarios y gomeros que trepaban la montaña. Y aunque nuestros aliados lograron esquivar ágilmente la primera acometida, el espectáculo de ver rodando aquellos gigantes proyectiles, casi me hizo perder el sentido.

Fue la voz del General, que acompañado por sus más fieles capitanes había trepado rápidamente hacia nosotros, la que nos despertó de nuestra sorpresa:

—¿A qué esperáis, inútiles? Tenemos que llegar a lo alto antes de que esos salvajes hagan una camicería.

Sin apenas mirar el terreno que pisábamos, logramos llegar a nuestro objetivo, mientras al otro lado los palmenses seguían arrojando rocas y troncos sobre los canarios, algunos de los cuales ya habían rodado por aquellos precipicios. Sin embargo, Maninidra continuaba la escalada por entre aquel infierno, como si no temiera ser alcanzado por las improvisadas armas isleñas.

Inmediatamente, los capitanes nos ordenaron cargar las ballestas y apuntar a los desnudos cuerpos de los isleños, que prácticamente nos daban la espalda, absortos como estaban en

destronar a nuestros aliados. Así, llegamos hasta unos 200 pasos de su posición, ocultándonos en la exuberante vegetación que cubría esos cerros. Y recuerdo que ya no sentía aquel horrible frío que tanto me había martirizado, sino que un sudor pegajoso envolvía la mayor parte de mi cuerpo. Nuestra misión era desviar la atención de los tigeletanos hacia nosotros, permitiendo la subida de Maninidra y los suyos.

Fue don Alonso quien disparó el primer lance, siendo imitado inmediatamente por el resto de nosotros, logrando alcanzar a varios palmenses, que cayeron rodando desde aquellas alturas. Luego, volví a colocar el lance en la ranura del tablero, tensé la cuerda del arco con la máquina, y apunté al numeroso grupo de sombras envueltas en la bruma. En esos instantes, mi corazón latía con tal fuerza que parecía querer salir del pecho. Volver a cargar la ballesta y disparar era como un sueño, como si estuviera viviendo una de las aventuras del abuelo. Pero todo era real. Y real fue la reacción de los nativos, quienes al descubrir nuestra presencia, contraatacaron lanzándonos una lluvia de piedras.

Quizá fue eso lo que salvó a los auxiliares canarios, pues al verse aliviados de la presión tigeletana, continuaron la subida al Tinibúcar. Mientras, nosotros tuvimos que hacer un gran esfuerzo para esquivar los mortíferos proyectiles lanzados por los indómitos isleños. Así, pronto vi caer a varios de mis compañeros, alcanzados por aquellas duras y afiladas piedras. Sin embargo, don Alonso nos ordenaba a voz en grito, no desfallecer y continuar hostigando con nuestras armas a los isleños rebeldes:

—¡Vamos valientes!... Un esfuerzo más y los venceremos —vociferaba a la vez que apuntaba con su espada a aquellos formidables guerreros.

Estando así las cosas, me dejé arrastrar por el ardor del combate y me puse en pie, intentando «cazar» a alguno de aquellos ágiles isleños, que saltaban y se escurrían por aquellos riscos. Fue entonces cuando la embriaguez de mis sentidos me impidió ver la piedra que con fiero empuje se dirigía a mi cuerpo. Tampoco sentí dolor alguno cuando el afilado proyectil traspasó mi coraza, hiriendo mi pecho y arrojándome al suelo. Poco más recuerdo, sino el grito de don Diego Núñez anunciando repetidas veces la victoria, y la voz de mi compañero Gallardo pronunciando mi nombre.

El calor era inmenso, como si todos los bosques isleños estuvieran envueltos en una gran hoguera... Y el fuego casi me llegaba a chamuscar, a juzgar por el terrible dolor que abrasaba mi cuerpo, semejante a un baño con agua hirviente. Sin embargo, mis manos estaban congeladas. Intenté salir de aquel infierno, pero un peso terrible oprimía mi pecho, y sentí como si mis huesos se resquebrajaran. En esa situación, luché lo indecible para evadirme de aquella desazón, pero las llamas volvían a rodearme.

De pronto, una voz familiar aunque cansada, me obligó a olvidarme de forma temporal de aquel tormento. Era mi padre. Mostraba su habitual rostro sonriente, y en una de sus manos llevaba una espada cubierta de sangre. Por contra, su otra extremidad me ofrecía una vasija, a cuyo contenido me invitaba a

beber. Así lo hice, y comprobé que el vino o lo que fuera estaba hirviendo. Una vez más, volví a sentir aquella horrible sensación de asfisia y de calor agobiante.

—¿Cómo te encuentras, Pedrito? —me preguntó una voz a mis espaldas, la cual creía muerta hacía mucho tiempo. Me volví y observé la figura altiva y orgullosa del abuelo. Estaba vivo y llevaba puesta su armadura y sus armas de siempre. Las mismas que yo había empleado con orgullo en el Tinibúcar. ¿Cuándo ocurrió eso? Parecía que hacía mucho tiempo. El calor aumentaba por momentos, pero mis manos y mis pies seguían congelados.

De repente vi una gran Cruz, y casi al instante me arrodillé y me santigué. Y cuando comenzaba a entonar una plegaria, una risa irónica y cínica a la vez, me interrumpió. Entomé los ojos y contemplé al blasfemo Diego Núñez, golpeando la Santa Cruz con su espada. No pude más y empuñé mi ama para vengar tal afrenta. Pero no tuve tiempo. Una voz que identifiqué como la de mi madre, me lo impidió. Así posé mis ojos en los suyos, y me deleité en su semblante piadoso.

El calor empapaba de sudor mi frente, y haciendo un esfuerzo supremo abrí realmente los ojos. Y lo que vi no era el rostro de mi madre, sino la tez morena de la indígena que me había cautivado cuando partíamos hacia Tigalete.

Por fin logré salir de las tinieblas de la pesadilla a la que me había relegado la fiebre, y acostumbrando mis débiles ojos a la luz de la hoguera encendida en el interior de la cueva, los clavé en la dulce mirada de la joven palmense. Ella, por su parte, no cesaba

de enjuagarme el sudor que corría a borbotones por mi ardiente frente. Recuerdo que intenté articular alguna palabra, forzando mi pesada boca, la cual parecía pegada por la sequedad de la lengua. Y como la isleña se percatase de mi impotencia en pronunciar vocablo alguno, me acercó a los labios un cuenco de arcilla, que contenía una especie de caldo humeante. Y tras digerirlo, comprendí que se trataba del líquido que en mis oscuros sueños me daba quien creía que era mi padre. Y en mi iniciada consciencia, comprobé que era exquisito.

—¿Cuánto tiempo llevo así? —pregunté a la joven, con voz evidentemente cansada.

—Exactamente, llevas tres días postrado en ese lecho —respondió una voz que identifiqué como la de mi buen amigo Gallardo—. Tres días con unas altísimas fiebres, que sinceramente, pensé que te iban a llevar al otro mundo.

Intenté incorporarme para poder contemplar a mi compañero, pero un fuerte dolor en el pecho me lo impidió, provocándome unos quejidos lastimeros. Inmediatamente, Gallardo y la isleña se acercaron a mí, y comenzaron a hurgar en una especie de vendajes que me cubrían el costado: —Tranquilízate muchacho, que la herida todavía no ha cicatrizado...

—¿Qué me ha pasado? —pregunté, embargado por el dolor.

—Sencillamente, que intentaste frenar la trayectoria de una de las agudas piedras palmenses con tu propio pecho. Aunque por suerte, sólo has sufrido heridas en la carne, y no te has roto los huesos. Esto último lo impidió la dureza de tu armadura —me

respondió José Gallardo.

—Es la vieja armadura de mi abuelo —repliqué con orgullo inconsciente—. ¿Y por qué llevo tres días así?

—El que no te rompieras los huesos, no quiere decir que el proyectil no te traspasara la carne. La armadura es dura pero también es vieja, y esos condenados isleños tienen una fuerza que perfora cualquier metal. La herida se infectó, provocándote esas horribles fiebres que te han tenido delirando estos días.

Este comentario me hizo recordar las pesadillas que habían nublado mi mente, y que habían tenido como protagonistas a personajes tan dispares como mi abuelo o el capitán Núñez. ¿Habrían escuchado ellos esas fantasías? Como queriendo olvidarme de ese dilema, le pregunté a mi compañero por el resultado de la batalla.

—Vencimos, lógicamente. Nuestro ataque con las ballestas y la rápida subida de Maninidra y sus canarios, logró que los tigaletanos se desbandaran, abandonando su posición.

—¿Y cuántos hombres hemos perdido? —pregunté a la vez que volvía a sentir la sensación de asfixia en el pecho.

—Por suerte, sólo ha muerto uno de nuestros ballesteros, de una pedrada limpia en la cabeza... Otros dos, entre los que tú te cuentas, han sufrido heridas de carácter grave. En cuanto a nuestros aliados canarios, cinco de ellos se han despeñado en el Tinibúcar, sufriendo heridas varios más... Como te dije, una completa victoria, ya que encontramos unos treinta cadáveres palmenses, e hicimos unos veinte prisioneros.

—¿Y el resto?

—Escaparon por entre aquellos horribles precipicios junto con sus reyezuelos, los hermanos Jariguo y Garehagua. Por eso, el General ha ordenado que se rastree la zona con la intención de dar con ellos. Pero creo que no es momento de hablar de hechos de armas pasados, sino de que repongas fuerzas para los venideros. —Dijo con una sonrisa burlona, mientras observaba a la joven palmense que me refrescaba la frente con paños húmedos.

No sé a ciencia cierta el tiempo que estuve recuperándome de mis heridas, al abrigo de aquella cálida cueva isleña, y atendido por la joven y hermosa palmense. Y justo es reconocer que esa fue la primera vez en mi corta vida, que conocí el significado de la palabra amor. La nativa se llamaba Agarfa, y desde el primer instante la consideré como la mujer más bella de la tierra, tanto que no le encontré comparación alguna con las guapas mozas sevillanas por mí conocidas.

Su pelo era negro azabache, y le colgaba hasta su cimbreante cintura. Y a diferencia del resto de las indígenas, en vez de collares con cuentas de arcilla y hueso, o colgantes de conchas de molusco, mi «protectora» llevaba una especie de trenzas de fibra vegetal, lo cual realzaba aún más su belleza salvaje.

Durante mi convalecencia, Agarfa me dio a probar un alimento típico de La Palma, el cual significaba para los isleños algo así como el pan para nosotros. Este era una especie de mezcla entre raíces de helecho y los granos de un árbol llamado amagante, que es muy parecido al jaro pero con la hoja más ancha. Pues esa

mezcla se molía en los mismos molinillos de mano en que se trituraba el gofio. Y he de reconocer que dicho alimento era de un sabor exquisito, máxime cuando se añadía al caldo de carne o a la leche.

En aquellos inolvidables días que permanecí en la cueva, Agarfa apenas me dejó un instante, excepto en las escasas horas de sueño. Y es que, cada vez que se alejaba de mi lado, mi cuerpo sentía un intenso escalofrío, como si la perdiera para siempre. Tanto era así, que cuando llegaban mis compañeros para interesarse por mi estado, o el propio Canónigo de Canarias para darme su «bendición» no podía disimular mi enojo por su presencia. Sólo deseaba estar a solas con ella, que me dedicara su atención como si de un niño me tratase.

Fue en esos escasos momentos de soledad, cuando intenté con mi poco conocimiento del dialecto isleño, explicarle a mi amada las costumbres de mi raza, como paso previo para enseñarle la verdadera Religión, y hacerla renegar así de sus absurdas creencias. Pero fue todo lo contrario. Fue ella quien realmente me enseñó las costumbres y la nobleza de un pueblo, que en ningún momento significó amenaza alguna para la religión cristiana, y que no comprendía el por qué de nuestra presencia en sus estados.

Durante una de las animadas charlas que sosteníamos al calor de la hoguera, mientras la lluvia caía con fuerza en el exterior, Agarfa me explicó que los suyos veneraban al sol y a la luna como sus dioses. Y que ellos reconocían un poder maléfico al que llamaban Irneme, el cual era opuesto a otro benéfico conocido

como Abona. Interpreté que Abona era el nombre con el que se dirigían a Dios, mientras que Imeme era el Diablo.

También aprendí muchos vocablos isleños como tamarco, que es como llaman a sus vestidos hechos de piel y palma; guanil, como conocían a sus ganados; al sol le decían Magec; y al agua, ahemón. Aunque lo que más me maravilló fue el mocán, una fruta pequeña y casi negra, de sabor tan dulce que era obligado repetir su consumo. Las comí a docenas cuando Agarfa me las ofreció envueltas en pieles. Dicha fruta provenía de un árbol del mismo nombre, y supe por mi amada que con ellas se podía elaborar una miel, la cual era disfrute de los isleños.

Ya habían pasado varios días y casi me encontraba restablecido, cuando apareció la persona que más odiaba en aquellos trágicos momentos, el capitán Diego Núñez: ¿Cómo te encuentras, pichón? —Me preguntó con una larga sonrisa.

—Creo que dentro de poco estaré bien para proseguir con esta Cruzada, que cuenta con el apoyo de Dios —respondí en tono cínico.

Sin embargo, mi oficial hizo como si no hubiera escuchado tal provocación, y fijó su mirada en Agarfa con ojos lujuriosos: Vaya, pichón. Veo que has estado bien acompañado. No me extraña que te hayas recuperado con rapidez.

—Ese comentario sobra, don Diego —respondí de forma claramente molesta—. Lo menos que debéis hacer es tratar de no ofender a una dama.

Esta vez el comentario sí hizo mella en el enorme oficial,

que me miró como si estuviera pensando en estrangularme. Pero no fue así, sino que con voz humilde me dijo:

—Escúchame mozalbate. Yo sólo he venido aquí para ver cómo te encontrabas. Y, por lo divino, que me alegro de que hayas mejorado. Lo menos que deseo es entablar una discusión absurda con alguno de mis hombres.

Luego, tras unos instantes de reflexión, añadió:

—He notado que eres un joven muy religioso, y que te picas con facilidad cuando te contradicen tus ideas. Pero es conveniente que sepas que todo lo que te «pintan» los clérigos no es verdad. Y que esto no es una Cruzada como te han hecho creer.

A lo cual yo respondí de forma inconsciente: Don Diego, si tal fuera como vos decís, me gustaría que me explicarais el por qué de la sumisión de casi todos los reinos isleños hollados por nuestros pies. Y sin derramamiento de sangre.

—¡Voto a lo sagrado! —gritó enojado—, que lo que te voy a decir me podría costar la cabeza... Pero es necesario que despiertes del absurdo en que te encuentras. Si hemos tomado la mitad de los reinos de esta isla, es porque estos indígenas se traicionan unos a otros. —Luego de mirarme de forma distraída, como si estuviera meditando lo que iba a decir, continuó— Debes saber, mozalbate, que esta expedición ha sido precedida por una serie de tratos llevados a cabo por los cabildos secular y eclesiástico de la Gran Canaria, todo ello con la mediación de una cautiva de esta isla.

—Perdonadme don Diego, pero no comprendo lo que me queréis decir —respondí con un tono que evidenciaba que no

creía lo que me estaba diciendo.

—Te repito que no debería contarte esto, pero veo que es la única forma de que despiertes de tu fanatismo religioso. Algo que veo que afecta a una buena parte del Cuerpo Expedicionario... Lo cierto es que hace unos años, en una de tantas expediciones que los «nuestros» llevaron a cabo en esta isla, se tomaron varios prisioneros, entre los cuales se encontraba una joven y hermosa palmense, la cual mostró una gran capacidad para adoptar nuestras costumbres. Así fue que la cautiva, en vez de ser vendida como esclava al igual que sus hermanos de raza, fue llevada a presencia de nuestros religiosos, que la educaron al cristianismo, enseñándole la «verdadera fe».

Escuché las palabras del capitán, intentando comprender su significado, pero mi antipatía hacia su persona evitaba que mis sentidos las asimilaran. Mientras, don Diego continuaba su relato:

—Esa joven recibió las principales enseñanzas, siendo instruida en nuestras costumbres. De esa forma, se consiguió una sumisión absoluta a la palabra de nuestros clérigos. Y tras convencerse éstos de que la indígena había aceptado nuestra fe, y que podían aprovecharse de sus servicios, la devolvieron a su isla, esta isla. Y así, logró convencer a muchos de sus paisanos de las ventajas de la nueva religión, regresando a la Gran Canaria con un grupo de jefes indígenas de esta tierra, los cuales quedaron encandilados con los regalos que les obsequiaron. Y de la misma forma, recibieron el bautismo. Hemos tenido suerte de someter a la mitad de esta isla, porque una de sus hijas ha traicionado a sus

hermanos de raza.

Ya no podía más. Aquellas palabras hicieron sublevar lo más íntimo de mi ser, y aún sabiendo que me jugaba mi propia vida, le grité al blasfemo Núñez: Todo eso que habéis dicho no es más que una sarta de embustes. Y os aseguro que no quedaréis sin castigo. Además, ¿quién es esa indígena traidora?

La respuesta me dejó mudo durante largo rato, incluso mucho después de que el oficial se hubiese marchado con su habitual sonrisa de triunfo en los labios:

—La isleña que ha conseguido la sumisión de sus hermanos de raza, es la que todos conocemos como doña Francisca de Gazmira. Nuestra guía en la expedición.

En los pocos días que todavía estuve en la cueva, me esforcé al máximo en enseñarle nuestras costumbres a la hermosa Agarfa, y más que nada insistí en las Sagradas Escrituras, como medio seguro de que así alcanzara el Cielo. Pero de esto se encargaban más que yo, los clérigos, quienes habían iniciado una verdadera campaña de fe entre los isleños sometidos.

Mientras tanto, mi amada isleña seguía mostrándome todas las maravillas del modo de vida de los palmenses, y así supe que la isla que habíamos venido a conquistar se llamaba Benahoare, lo que en su idioma significaba «mi tierra».

—Benahoare... Bonito nombre. Mucho mejor que La Palma, como la conocemos nosotros —le dije en voz alta—. Y de verdad que espero que no se me olvide con el paso del tiempo.

—¿Y cómo se llama la tierra de donde tú vienes? —me

preguntó con la evidente dificultad del idioma.

—Castilla —respondí—, aunque yo nací en un lugar llamado Sevilla.

—Se...billa...

—No, Sevilla. Es una ciudad... Un poblado, pero sin cuevas, que pertenece al Reino de Castilla.

—¿Y es Castilla más grande que Benahoare? —me preguntó ella ingenuamente.

—Es inmensa. Cabrían miles de Benahoares. Y por supuesto, somos millares de súbditos leales a nuestros Reyes.

—Y tus reyes, ¿son tan valientes como Echentire y Azuquahe?

—Lo son —respondí con orgullo—, y además son el baluarte de la verdadera Religión. Doña Isabel y don Fernando son los enviados de Dios para acabar con la herejía, y enseñar a los paganos... Todo esto lo sé porque me lo enseñó mi madre.

—¿Cómo es tu madre? —me preguntó Agarfa.

—Es una mujer bella y muy inteligente —respondí mientras asomaban las primeras lágrimas en mis ojos. Ciertamente la echaba de menos, aunque procuraba pensar lo menos posible en mi familia. Aún así continué: —También tengo una hermana pequeña. El resto de mi familia está muerta.

—Yo también he perdido a algunos de mis hermanos en la guerra con Tanausú.

Tanausú... Era la segunda vez que oía ese nombre durante la expedición, y siempre relacionado con hechos bélicos: ¿Quién

es ese tal Tanausú?

—Tanausú es el gran señor de Aceró, el reino que se encuentra en el interior de todas esas gigantescas montañas que cubren el centro de Benahoare.

En esos instantes entraron en la cueva mis compañeros Gallardo y el Portugués, y a juzgar por su semblante, presentí que traían malas noticias.

—¿Qué ocurre, compañeros?

—Hemos sufrido una emboscada por parte de los isleños, y han caído varios de los nuestros —me respondió Gallardo—. Por ello, el General ha ordenado que regresemos a Tazacorte para pasar el invierno.

—Pero, ¿cómo ha sido? —pregunté sobresaltado.

—Una de nuestras columnas quiso forzar un paso que desembocaba en uno de los refugios tigaletanos, y fueron éstos quienes los sorprendieron, ocultos en los montes cercanos. Arrojaron sobre los nuestros, rocas y troncos desmedidos, despedazando a un soldado de a pie y a dos auxiliares canarios.

—Señaló mi compañero de armas.

—Pero, ¿por qué reaccionan así los isleños? —le pregunté a mi amada Agarfa.

—Fue hace años cuando los cristianos de la isla de Hero, desembarcaron en Benahoare, y más concretamente en nuestro reino de Ahenguareme. Y lograron prender a nuestro rey Echentire, el cual transitaba guiando sus rebaños. Pero la intrepidez de nuestro señor le valió el poder escapar de las manos de los invasores.

Entonces, éstos, llevaron sus correrías hasta esta tierra de Tigalate, donde cogieron a una mujer y a un hombre. Esta mujer era la hermana de Jariguo y Garehagua, y viéndose cautiva en poder de un herreño llamado Jacomar, se revolvió contra él. Ese cristiano la mató a puñaladas, y por ello los reyezuelos de Tigalete le tienen un horror inmenso a los extranjeros —me explicó la bella isleña objeto de mis amores.

—¿Y qué ocurrió después? —me dejó llevar por el relato.

—Tiempo después se concertó una paz con los habitantes de la otra isla, permitiéndose el libre comercio en nuestros estados... Y Jacomar volvió a Benahoare, coincidiendo con el príncipe Garehagua, a quien refirió el extraño pasaje con aquella valerosa mujer, ignorando que fuese hermana suya. Y el rey de Tigalete, con súbita ira, le atravesó el corazón con un dardo que tenía en sus manos, derribándolo muerto a sus pies. Esto provocó otra guerra con los herreños (11).

—Lo cierto es que en la acción de hoy hemos perdido a tres hombres —interrumpió el Portugués—, por lo que el General ha puesto precio a las cabezas de Jariguo y Garehagua. Por lo demás, mañana emprenderemos la marcha hacia el Real de Tzacorte, donde invernaremos hasta que el tiempo mejore.

Al día siguiente, bajo una ligera llovizna, el Cuerpo Expedicionario fue nuevamente movilizad, pero en esta ocasión para retornar al Campamento de Tzacorte. Sin embargo, poco antes de iniciar la marcha a los cuarteles de invierno, aún tuve tiempo de contemplar la zona costera del lugar, la cual estaba

rodeada de piedras y arrecifes, que hacían peligrosa la aproximación a tierra de cualquier embarcación. Toda la isla era así. Y en aquel terrible lugar, la dulce Agarfa vino a despedirme, con un rostro tan serio que parecía a punto de romper a llorar.

Adivinando sus pensamientos, la estreché entre mis brazos y cubrí sus mejillas de besos: Te amo, te amo... —le repetí varias veces mientras acariciaba sus largos cabellos. Sin embargo, ella no me dijo nada. Tan sólo me entregó un gánigo, que es como llamaban a sus vasijas de barro, con una sustancia espesa y de agradable olor.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Es la miel del mocán. Quiero que cuando la tomes, te acuerdes de mí —y diciéndome esto se alejó de mi vista.

«Desde luego que jamás la podría olvidar».

CAPÍTULO QUINTO

«TANAUSÚ (LA CALDERA)»

Tazacorte... El invierno en Tazacorte fue muy duro. Mucho más de lo que yo recordara en mi Sevilla natal. Y es que las temperaturas bajaron a un nivel tal, que mi cuerpo jamás había padecido. Por eso, la mayor parte del tiempo la pasábamos en las tiendas, exceptuando los momentos en que nos tocaban labores de centinela, o en el reparto del rancho. Pero eso sí, el primitivo campamento que con tantos sacrificios montamos en aquella jornada del 29 de septiembre, se había convertido de la noche a la mañana en una verdadera plaza fortificada, con visos de ser una futura ciudad.

Ya no oíamos nada de los hermanos Jariguo y Garehagua, ni de su lucha de resistencia contra nuestras fuerzas. Por el contrario, los comentarios que llegaban a nuestros oídos, daban a entender que el resto de los reinos de la isla se sometían voluntariamente a nuestras leyes. De esa forma supimos que cuando el tiempo mejorase, partiríamos hacia nuevos distritos palmenses, sin ningún derramamiento de sangre.

Las lluvias y las precipitaciones de granizo eran constantes,

provocando la inactividad del Cuerpo Expedicionario, y la impaciencia manifiesta de nuestro General. Por ello, pasábamos los días ocultos en nuestros refugios, consumiendo el habitual vino canario. Y fue en uno de los escasos momentos en que el tiempo y la espesa niebla lo permitieron, cuando me fue dado contemplar un suceso tan macabro, que aún hoy en día con el paso de los años no he podido olvidar. Máxime cuando meses más tarde, se volvería a repetir en la persona de uno de mis mejores amigos de la campaña...

En una de mis habituales visitas al poblado de Aridane, observé un tumulto de isleños alrededor de una de las cuevas, algunos de los cuales lloraban a voz en grito. Y movido por la curiosidad, me acerqué al corro, descubriendo como varios palmenses transportaban a un anciano, sobre una especie de litera de pieles. Y en dicha postura, el aridanense, que tenía el semblante muy triste, no cesaba de repetir:

—Vacaguaré, vacaguaré...

Como vi que los nativos trasladaban al viejo hacia lo alto de una de las montañas que circundaban el poblado, decidí seguir la procesión, escuchando por el camino las lastimeras palabras «vacaguaré, vacaguaré...». Y era tal la pena con que recitaba dichos vocablos, que un intenso escalofrío recorrió mi ser, poniéndoseme los pelos de punta. Mientras, varias mujeres indígenas no cesaban de llorar y saltar alrededor del quejumbroso anciano.

Finalmente, el cortejo llegó hasta la entrada de una cueva existente en la cima de aquella altura, depositando en su interior al

anciano varón, sobre varios pellejos de cabra. Y tras dejarle a su lado una vasija de leche, los palmenses salieron de aquel agujero, comenzando a tapar la entrada con gruesas piedras, teniendo cuidado de que no penetrase la luz.

Aquel horrible espectáculo me dejó espeluznado, máxime cuando los palmenses seguían sus labores de tapiado del lugar, sin mostrar la más mínima sensibilidad ante los gritos de desesperación del anciano, que seguía repitiendo «vacaguaré, vacaguaré...». Por ello, eché a correr ladera abajo sin saber qué hacer para salvar a aquel desdichado.

Llegué llorando hasta la entrada del Real, donde me encontré con el Portugués y el bueno de Butinmara.

—¿Qué te pasa, Pedrito? —me preguntó el fornido Mario.

—Bárbaros, no son más que unos bárbaros. —Vociferaba yo a la vez que lloraba y sudaba copiosamente.

—Pero, ¿a qué te refieres muchacho? —Volvió a preguntarme el Portugués.

Entonces les expliqué todo cuanto había visto, añadiendo estúpidamente que jamás hubiera pensado que un pueblo como el palmense, fuera capaz de realizar unos crímenes tales como el que acababa de presenciar. Dicho esto, Butinmara me agarró por un brazo y me dijo en un castellano que cada vez parecía más perfecto: Nunca juzgues a un pueblo por lo que veas u oigas. Y mucho menos por lo que te digan. Sencillamente, aprende a respetar sus costumbres, que ten por seguro se remontan a tiempos en los que muchos de tus antepasados aún no habían nacido.

Luego, tras apartarme de la vista de los aridaneses, que por su expresión parecían sorprendidos de mi reacción, mi buen amigo palmense me explicó:

—En nuestra tierra de Benahoare, cuando una persona llega a la edad máxima, o se encuentra en un grado de enfermedad grave en el que no hay esperanza de vida, llama a su familia y le dice vacaguaré. Esto significa que quiere morir. Por ello, atendiendo a sus deseos, este anciano fue tendido sobre una cama de pieles con su cabeza hacia el monte.

Tras una pausa, continuó:

—Lo único que se ha hecho es respetar la voluntad de una persona que quería morir según nuestras costumbres. Y por supuesto, su cuerpo ha quedado sobre pellejos de cabras, porque ni la tierra ni cosa de ella, debe jamás tocar un cuerpo muerto⁽¹²⁾.

Realmente, aunque me impresionara profundamente la explicación de Butinmara, jamás he llegado a comprender el significado de tan extraño rito. Sin embargo, al comprobar que esta era una costumbre aceptada por la propia víctima, deseché de mi mente la idea de salvajismo de los palmenses.

A pesar del fuerte temporal de frío y lluvia, aquella jornada del 24 de diciembre era sagrada para la mayoría de los miembros del Cuerpo Expedicionario. Para muchos de nosotros era la primera Navidad que celebrábamos fuera de nuestros hogares. Y por ello, unos y otros buscábamos la compañía, como único modo de alejar nuestros temores y ansiedades. Así, hasta los nativos se unieron a nuestras ensoñaciones, igual de sorprendidos que yo, cuando

observé la primera vez sus festejos alrededor de la pirámide.

Desde la Gran Canaria había llegado un navío cargado de provisiones, entre las que se contaban las necesarias raciones de vino y aguardiente, estimulantes para combatir el frío. Así, en la Nochebuena de 1492 la mayor parte de nosotros nos encontrábamos ebrios en el momento en que el Canónigo de Canarias, don Alonso de Samarinas, daba lectura a la Santa Misa. Sin embargo, no por ello dejamos de comportarnos en tan histórica celebración, llegando incluso a emocionarme con las palabras del religioso:

—Soldados del glorioso Cuerpo Expedicionario elegido por nuestro Señor Jesucristo, para salvar del Infierno a las almas de estos paganos. No debéis afligiros por la dura prueba de pasar la Navidad lejos del calor de vuestros hogares, y sin la compañía de vuestras familias. Pero pensad que este sacrificio que os impone Dios, es prueba de que le servís con el alma, y seréis recompensados en el Paraíso por ello.

Ciertamente, me emocioné mucho con las palabras del Canónigo, sobre todo en la parte que se refería a nuestras familias. Y es que recordé la última celebración de la Navidad, en compañía de mi madre, mi hermanita y algunas familias de hacendados amigos de mi difunto padre. En aquella ocasión, se habían asado varios corderos, y el vino corrió a raudales. Fue una fiesta en la que todos nos divertimos y disfrutamos de lo más sagrado de la vida: la familia... Sin embargo, ahora nos encontrábamos arrodillados en el barro, escuchando a nuestros religiosos bajo la lluvia, y a miles

de millas de distancia de los seres queridos. Las lágrimas afloraron a mis ojos, y no pude evitar un sollozo. Mas luego pensé, ¿qué clase de soldado puede llorar delante de sus compañeros?

Avergonzado, miré a mi alrededor y comprobé que no eran las gotas de la intermitente lluvia palmense, sino el agua de sus corazones, la que corría por las mejillas de mis compañeros de desdichas. Todos estábamos llorando. Fue entonces cuando un pensamiento fugaz cruzó por mi mente: ¿qué estábamos haciendo en esa isla? Instintivamente, desvié mi mirada hacia el blasfemo capitán Núñez, como buscando una sonrisa cínica a las palabras del Canónigo de Canarias. Pero no, su rostro estaba adusto y serio, y no paraba de mirar hacia la tierra que hollaba su calzado. Aquella noche vi algo en ese oficial, que me hizo preguntarme si habría dicho la verdad en la cueva de Tigalete.

Tras la homilía recibimos una sorpresa: la embarcación venida de la Gran Canaria, aparte del aguardiente trajo unas reses, con las que se nos sirvió un festín digno de reyes. De esa forma, la Navidad fue más pasadera, ahogando con ello nuestras nostalgias. Incluso el paciente y bondadoso Butinmara, ebrio por el alcohol consumido, nos deleitó con algunos cantos y bailes isleños. Mientras, mi buen amigo José Gallardo no paraba de recitar frases incoherentes sobre batallas, infieles y torturas musulmanas. Todo ello debido al exceso de alcohol, que fue común en nosotros durante esa jornada. Poco más recuerdo de la Navidad de 1492.

Una mañana de enero de 1493, mi compañía fue movilizada para partir nuevamente hacia el interior de la isla. En esta ocasión,

don Alonso debió pensar que no había mucho peligro en la expedición, pues sólo puso en pie de guerra a la mitad del ejército, quedando el resto al cuidado del cada vez más grande campamento de Tzacorte. Lo cierto es que agradecí enormemente este inesperado movimiento de armas, pues la tranquilidad y el hastío reinantes en el Real, habían acabado por anquilosar mis huesos y mis músculos.

En esta ocasión, nuestro objetivo era el reino de Tedote, situado al otro extremo de la isla, a muchas millas de marcha del Campamento. Por ello, nos equipamos para una larga y accidentada caminata a través de los todavía inexplorados bosques palmenses. Tuvimos que atravesar a pie un inextricable manto de pinos, palmas y laureles, por un terreno abundantemente embarrado, y muy a menudo plagado de considerables alturas, las cuales teníamos que sortear. Por suerte, la lluvia no se dejó sentir en aquella jomada, aunque la niebla contribuyó a desorientarnos en más de una ocasión. Pero para ello estaban los auxiliares isleños, que conocían todos y cada uno de los senderos practicables para el paso de los seres humanos.

De esa forma, bordeamos el inmenso volcán rodeado de murallas naturales de más de cinco mil pies de altura, en el interior de cuyo cráter se encontraba el distrito de Aceró: el reino de Tanausú. Por suerte no era ese nuestro objetivo, hecho que agradecí en mi interior. Y mientras transitábamos por los estrechos pasos isleños, practicados por los pastores tras muchos años de llevar a pastar sus ganados, no pude dejar de contemplar el espectáculo

maravilloso y a la vez espeluznante, de aquellos horribles precipicios. Mi corazón quedó sobrecogido ante los gigantescos «mares» de nubes que cubrían la mitad de las impresionantes alturas. Tanto que su espesor parecía ser impenetrable para ser humano alguno.

La marcha duró muchas horas, durante las cuales tuvimos que atravesar una serie de viejos barrancos muy escarpados, en los cuales hallamos grandes bosques de laurisilvas, con una altura que sobrepasaba con creces los ochenta pies. Estos árboles se encontraban incluso hasta quinientas varas laderas arriba del volcán, estando cubierta la zona de hiedras, y abundantes helechos y musgos. Por lo visto, la humedad existente ayudaba enormemente a la reproducción de estas especies.

Tras toda una jornada de dura marcha, llegamos al destino fijado por don Alonso y sus capitanes. Este era una pequeña ensenada natural, en cuyo fondo se encontraba una estrecha franja costera, sobre la cual se nos ordenó montar el campamento. Y lo curioso era que tierra adentro, el terreno se elevaba rápidamente, alcanzando alturas considerables a poca distancia. Por ello, en esos instantes no comprendí la decisión de nuestros Jefes, de asentar este nuevo Real en un lugar cubierto por las laderas de los lomos cercanos, y por un valle situado entre dos acantilados. Supuse que todo ello era desventajoso ante un presumible ataque palmense. Pero la confianza con que los oficiales daban sus órdenes, y la tranquilidad con que actuaban, acabó por alejar estos temores de mi mente.

Tras montar el campamento, se nos sirvió un rancho en frío que muy pocos repitieron, ya que las fatigas del día habían hecho mella en nuestros cuerpos. Sin embargo, los guerreros canarios no mostraron ningún síntoma de cansancio, a pesar de haber sido los que realizaron las maniobras de flanco.

Al amanecer y muy temprano, fuimos despertados bruscamente por los capitanes, ya que los centinelas gomeros detectaron la proximidad de un grupo muy numeroso de palmenses, que se acercaban a nuestras posiciones. Por ello, temí que fuéramos a ser atacados. Este hecho provocó que el miedo diera al agotamiento por la marcha del día anterior, una pesadez mayor a mi cuerpo... Pero poco duró mi desasosiego. A la cabeza de una columna de doscientos isleños, iba el que parecía ser su reyezuelo, el cual cojeaba notablemente, rodeado de un grupo de mujeres muy hermosas, que iban armadas con sus imponentes mocas. Sin embargo, no parecían querer plantear batalla, ya que se aproximaban con gesto risueño y aparentemente amistoso, lo que me recordó a los indígenas de los cantones ya sometidos. Pero no fue su presencia la que contribuyó a relajar mis músculos, sino el que entre las mujeres que escoltaban al reyezuelo, se encontraba la enigmática Francisca de Gazmira. No pude evitar lanzar una mirada a don Diego Núñez, quien me la devolvió con su sonrisa burlona.

Como ya era habitual en el transcurso de la expedición, el rey de Tedote, de nombre Bentacayse, se comprometió en nombre de los suyos a aceptar nuestra Religión y a prestar vasallaje a los monarcas de Castilla y Aragón. Y una vez cumplido este obligado

requisito, tanto nosotros como los isleños pudimos romper la tensión de los primeros instantes, desperdigándonos por los alrededores. Por su parte, el cojo reyezuelo del lugar departió bastante tiempo con don Alonso y con Pedro Benítez de Lugo, siendo auxiliado en la traducción por doña Francisca.

Tan absorto me encontraba observando la escena, en la que mis jefes no disimulaban su sonrisa cínica a las palabras de buena fe del isleño, que casi no advertí la llegada de mis compañeros.

—¿Qué te pasa, Pedrito? —tronó la voz del Portugués.

—Estaba contemplando la figura de pena que parece dar el reyezuelo del lugar, frente a la sensación de triunfo que demuestran nuestros oficiales.

—Es lógico. Toda anexión conseguida sin derramamiento de sangre, es una victoria para el General. Máxime cuando hay tanto dinero empeñado —señaló mi compañero de armas.

Mas como vi que junto a él se encontraba el inseparable Butinmara, no pude reprimir la curiosidad y le pregunté:

—¿Por qué está cojo el rey de Tedote? ¿Es de nacimiento, o es una herida de guerra como la de Mayantigo?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió el palmense—. Lo que ocurre es que hace muchos años, el reino de Tedote estuvo gobernado por los hermanos Timisuaga, Agacencie y Bentacayse. Y un desgraciado día se produjo la avenida de un barranco. Los dos primeros perecieron ahogados, mientras que Bentacayse logró salvar su vida al asirse a las ramas de un árbol. Sin embargo, como

podéis ver, a raíz de ese desgraciado hecho quedó cojo para el resto de sus días.

El relato de Butinmara me hizo comprender la tristeza que embargaba al rostro de ojos hundidos y pómulos prominentes del reyezuelo de Tedote. Y sus cabellos claros acentuaron mi compasión hacia su persona. Aunque quizás su tristeza se debiera más a que había comprendido que su época de rey había terminado para siempre, y que su pueblo había perdido la independencia.

Pocos días después, emprendimos la vuelta a Tzacorte, dejando don Alonso Fernández de Lugo una pequeña guarnición en el campamento que habíamos construido. Este se asentaba junto a una bahía natural que los nativos llamaban de Tinibúcar. ¿Quién iba a decir que en aquel estrecho lugar cubierto de alturas inmensas, se iba a asentar más adelante la principal ciudad de la isla?

Cuando regresamos a Tzacorte, observamos que a los compañeros de guarnición en el Real se habían sumado centenares de nativos, que tras abrazar nuestra Religión, habían decidido cooperar en la justa causa de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón... Y entre tantos isleños se encontraba ella, la más bella entre las de su raza, con su precioso tamarco hecho de hojas de palma, y sus trenzas de fibra vegetal adomando su largo y negro cabello. La vi cuando entraba con mis compañeros en el Real, mientras miraba de una fila a otra, como si buscara a alguien. Y fue justo cuando reparó en mi presencia, que se dirigió a mí con decisión... En esos momentos, algo dentro de mí pareció derretirse y fluir como miel por mi ser. Para mí dejó de ser una nativa pagana,

y se convirtió en un ser único, casi un misterio, una promesa de goces desconocidos... Agarfa me abrazó con fuerza, tanta que pareció crujir la cota de malla que cubría mi pecho. Luego, tras romper filas, me llevó agarrándome de la mano hacia una de las cuevas naturales del lugar. Allí, perplejo, cedí a su deseo de que me sentara en el suelo. Acto seguido, me obsequió con un gánigo que contenía una sustancia espesa, que adiviné se trataba de la miel del mocán. Muy dulce y apetitosa como mi bella anfitriona... Por fin comprobé que mi amor era correspondido.

Venciendo mi natural timidez, cogí por un brazo a la bella isleña, y atrayéndola hacia mí besé suavemente sus dulces labios. Y lo más maravilloso fue que Agarfa siguió mis instintos, acariciando ardientemente mi maltrecho y molido cuerpo. Así, mi corazón latía deprisa, calmándose después para volver a palpar con más fuerza, como queriendo romper la pared del pecho y precipitarse en los brazos de mi amada. Sus palpitaciones se contagiaron al resto de mi cuerpo. Y aunque ella nada dijo, supe que me comprendía, sabía mi ansioso deseo. Buscó mi mano, la atrajo hacia sí y la dejó descansar sobre su pecho.

Fue en esos momentos cuando inesperadamente me invadió la tristeza, y con ella el sueño de que algún día volvería a Sevilla cargado de riquezas, y con Agarfa como esposa. Por ello reprimí mis salvajes instintos camales, traté de explicarle cuanto pasaba por mi mente. Y lo cierto es que ella pareció entenderme, puesto que manifestó que el matrimonio era una institución reconocida entre los suyos, y que estos enlaces eran respetados y constituían

el fundamento de sus relaciones sociales.

Una vez más, volví a preguntarme cuál era la diferencia entre sus costumbres y las nuestras. El matrimonio era tan sagrado para ellos como para nosotros. No veía atisbo alguno de la sombra del Maligno. Confuso, pero a la vez satisfecho y feliz, regresé a la tienda con la firme determinación de casarme con Agarfa, una vez finalizara la campaña de Benahoare.

En esta tónica transcurrió el resto del invierno palmense, época en la que contribuí al igual que el resto de mis compañeros de expedición, al engrandecimiento de Tzacorte, a cuya pequeña bahía llegaban constantemente provisiones desde la Gran Canaria. Los meses pasaron con total tranquilidad, pareciendo el Cuerpo Expedicionario más una tropa de guarnición que una fuerza de batalla. Y es que los nativos de los diferentes cantones sometidos, entraban a diario en el Real, trayéndonos alimentos, e incluso ayudándonos en las obras de construcción. De la misma forma, eran los primeros en asistir a los actos religiosos del Canónigo de Canarias, con una devoción tal que parecía superar la de algunos de nuestros oficiales.

Durante estos meses de bonanza, el General no parecía descansar de sus planes de sometimiento sin derramamiento de sangre propia, del resto de los reinos de la isla, emprendiendo nuevas expediciones de conquista. Por suerte, yo no participé en esas «salidas», estando destinado a la pequeña guarnición de vigilancia que quedaba en el Real. De esa forma, pronto aceptaron nuestra Religión los habitantes de cinco de los «seis reinos libres»

de Benahoare, presentándose sus monarcas en Tazacorte, donde recibieron las aguas del bautismo. Uno a uno fueron sometidos, el gran guerrero Atabama, que reinaba en el distrito de Enaga o Tenagua; Bediesta, soberano de Adehayamen o Adyamen; por el cantón de Tagaragre compareció un capitán que llevaba el nombre de mi compañero Butinmara, y que gobernaba por el reyezuelo Temiaba, famoso entre los isleños por su ineptitud; también se presentó ante el General, el rey del territorio comprendido entre Tagalgem y el barranco de Hiscaguam, cuyo nombre era Bediesta, al igual que el monarca de Adehayamen; finalmente, y con gran júbilo de nuestros oficiales, recibió el Bautismo, Atogmatoma, jefe supremo de Hiscaguam o Hisceguen, la parte más considerable y populosa de la isla. Con ello, sólo faltaba por someter el distrito de Aceró, que estaba regido por el legendario Tanausú, del cual habíamos oído hablar en numerosas ocasiones durante la expedición.

Así se llegó al mes de abril del año del Señor de 1493, fecha en la cual los terribles fríos palmenses desaparecieron, dando lugar a un clima tan cálido y acogedor, que simpatizaba con nuestro estado de ánimo. Y he de reconocer a mi pesar, que saltaba de contento con las perspectivas de obtener un rico botín sin apenas derramamiento de sangre. Y encima tenía la seguridad de que pronto regresaría a Sevilla con la que sería mi esposa.

Fue en esa época cuando llegó la primera misiva de mi madre desde que me había embarcado en la aventura de Canarias. No puedo describir la emoción que recorrió mi ser mientras leía las

apergaminadas líneas, que me traían noticias de mi tierra natal, la cual había abandonado hacía un año, y de mi querida familia, a la cual desconsolé con mi partida. No puedo negar que me deleité a la vez que lloré mientras leía las breves líneas procedentes de mi cuna, y que tanto habían tardado en cruzar el ancho océano. De esa forma, por mi confusa mente volvieron a transcurrir los bellos y añorados instantes de mi niñez, correteando por la hacienda bajo la severa mirada de mi idolatrado abuelo.

Desgraciadamente no puedo transcribir con exactitud el contenido del mensaje familiar, puesto que el mismo, por circunstancias que más adelante señalaré se perdería en la nada al igual que la persona que más he amado en este mundo. Pero ésa es otra parte de esta triste historia, lo cierto es que, contento con la buena nueva, corrí hacia la cueva en que se encontraba Agarfa y con gritos de júbilo, le leí la carta de mi madre. Así, entre línea y línea, y con lágrimas de felicidad en mis ojos, besaba el cálido rostro de mi amada. Sin embargo, ella no reflejó emoción alguna, puesto que su mirada se mantuvo fría, como si pensara en otra cosa.

—¿No lo comprendes? —le pregunté muy excitado—. Ahora podemos casarnos e irnos a vivir a Sevilla. Estaremos juntos para siempre.

—No es la llegada de ese mensaje el motivo de mi tristeza —me respondió muy apenada—. Son otros los motivos.

—¿Qué es lo que te sucede? ¿Por qué estás tan afligida?

—Ha estado aquí tu compañero Gallardo. Pronto volveréis

a partir, y esta vez para luchar contra Tanausú.

—¡Bah! No te preocupes por eso —le dije quitándole importancia al asunto—, seguro que Tanausú se avendrá a razones, como el resto de los reyes de la isla. Y si no, le combatiremos como hicimos con Jariguo y Garehagua.

—No lo comprendes, Pedro. Tanausú no es un cobarde ni un ingenuo como lo han sido la mayoría de los reyes de Benahoare. Es muy orgulloso, un valiente, y jamás se dejará someter por nadie —dijo estas últimas palabras con un evidente tono de admiración. Entrar en Aceró os costará muchas vidas, y temo más que nada por la tuya —dicho esto rompió a llorar y se abrazó con fuerza a mí, lo cual hizo que las lágrimas también aflorasen a mis ojos.

Poco después, don Diego Núñez llamó a los hombres de su compañía, al igual que haría el resto de los oficiales. Y con su habitual sonrisa cínica, como yo la juzgaba, nos dijo en tono muy sincero:

—Muchachos, esta vez nos hemos topado con un verdadero guerrero, el cual parece que va a resistirse a nuestras fuerzas. Y eso que nuestros clérigos y demás gentuza religiosa, les amenazaron con el Infierno —esto último lo dijo en tono muy burlón, provocando las risas de los veteranos—, pero está claro que Tanausú no cree en esas patrañas. Por ello, esta vez puede que la cosa esté más movida que en el Tinibúcar.

Casi instintivamente, me toqué el pecho, recordando lo cerca de la muerte que me encontré tras ese combate, y la suerte que tuve de que Agarfa me cuidara. En esos instantes, uno de los

hombres de mi compañía le preguntó al blasfemo capitán:

—¿Qué es Aceró? ¿Dónde se encuentra?

—En primer lugar debo decir que Aceró, en la lengua palmense significa Lugar Fuerte o Inexpugnable —y señalando la formidable depresión montañosa que se encontraba frente a Tzacorte, prosiguió—. Pues todo ese inmenso conjunto de espantosos desfiladeros y de horribles precipicios, son las «murallas» que encierran y protegen al reino de Aceró. Y es el lugar que debemos someter antes de que su gobernante subleve a toda la isla.

—¿Y cómo vamos a poder entrar dentro de ese gigantesco volcán? —preguntó otro de mis compañeros de armas.

—Con ayuda de la Iglesia seguro que no —respondió burlón don Diego— Pero, como véis, hay una profunda cortadura en medio de esas dislocaciones titánicas. Un gigantesco barranco que abre paso a sus aguas hasta la entrada de Tzacorte. El agua que bebéis a diario. Pues en principio intentaremos entrar por ahí, guiados por los palmenses sometidos. Así que preparad vuestro bagaje, que mañana iniciaremos la marcha.

Inmediatamente, todos volvimos a las tiendas para preparar nuestra impedimenta, ya que se antojaba que la marcha del día siguiente iba a ser muy dura y peligrosa. Y es que, el rostro de nuestros oficiales no presagiaba halagüeñas perspectivas, ante la aventura que representaba el intentar penetrar en Aceró. Su propio nombre, Lugar Fuerte, ya había provocado los naturales temores entre nosotros, los simples peones, que no podíamos desterrar de

nuestras mentes las creencias supersticiosas hacia lo desconocido... Con todo este revoltijo de pensamientos en mi cabeza, me dirigí nuevamente a la cueva que habitaba mi amada, con la idea infantil de que ella podría hacerme superar mi ansiedad. Y cuál no fue mi sorpresa al encontrar a la bella Agarfa removiendo agua caliente, en el interior de un enorme recipiente de arcilla.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté extrañado.

—Te estoy preparando el baño. Ya ha pasado la época del frío, y no he visto que te hayas lavado en este tiempo.

Y era cierto, ya que en los largos meses de campaña me había acostumbrado tanto al olor de mis heces y de mi constante sudor, que ya me parecía algo natural, familiar. Así, instintivamente pasé mis ennegrecidas manos por los enmarañados cabellos, y comprobé que habían crecido en demasía. Otro tanto ocurrió con mi barba, la cual imaginé que era comparable a la de mi compañero el Portugués, lo que hizo sentirme más hombre. Pero Agarfa no parecía pensar lo mismo, puesto que me apremiaba para que me desvistiera y me introdujera en el baño por ella preparado.

Cedí a sus deseos y penetré sin pudor en la especie de cubículo destinado al baño, donde había unos hierbajos que empleé en frotarme con fuerza la seca mugre que cubría mi cuerpo. Casi al mismo tiempo, mi bella isleña esgrimió una tabona (13) muy afilada con la que cortó, casi sin daño, los pelos que cubrían mi rostro. Lo cierto es que el baño resultó gratificante, mucho más de lo que hubiera sentido en Sevilla, tanto que por unos instantes olvidé los pesares de la nueva acción de armas que nos esperaba.

Pero el momento más importante vino después del baño, y también estaba preparado por mi hermosa amada. Y es que, envuelto en mis temores y ante la apetecible perspectiva del baño, había olvidado todo lo demás y no me percaté de que me encontraba desnudo ante la isleña. Fue al volver a la realidad cuando me di cuenta de mi situación, e instintivamente quise cubrirme con mis vestiduras. Pero Agarfa lo impidió agarrándome una mano, y atrayéndome hacia su lecho. De esa forma, estuvimos largo rato tendidos mirando hacia el techo de la cueva, sin pronunciar palabra alguna, y sintiendo como nuestros corazones latían de forma precipitada.

Fue tras mil años de indecisión, cuando seguí los consejos salvajes de mi mente febril, y rodé sobre un costado hacia ella. Así, mis labios encontraron los suyos con la misma facilidad que si los rayos del sol hubieran brillado sobre nosotros. Su boca era igual que la miel del mocán, muy dulce. Sentí detrás de mí, en la oscuridad de la cueva, como si un escalofrío recorriera mi espinazo. Y me introduje en el calor de su cuerpo, en el éxtasis que tanto había esperado. Finalmente, en medio de un mutuo estremecimiento, nuestros cuerpos se besaron como se besaban nuestros labios.

En esta ocasión la marcha fue más corta, ya que la única entrada visible al reino de Aceró, era el profundo barranco que descargaba con suma rapidez sus aguas, a la entrada del Campamento de Tazacorte. El agua que bebíamos a diario. Sin embargo, esta penetrante cortadura en medio de la inmensa cordillera de cerros escarpados que encerraba al cantón isleño, era

un paso difícil para nuestras fuerzas, debido al numeroso y pesado armamento que transportábamos. Los oficiales tuvieron que bajar de sus monturas, las cuales eran inútiles por aquel horrible terreno. Incluso las picas y yelmos provocaron el que la marcha fuera frenada en numerosas ocasiones, debido al peso de tan incómoda impedimenta. Y para colmo, el terreno por el que transitábamos era propicio para mil y una emboscadas.

A medida que avanzábamos por aquel enorme barranco, en dirección al Corazón del Enemigo, aumentaban las dificultades para nuestro ya desorganizado Ejército. Entre tales inconvenientes se encontraba el arroyo de aguas heladas, que discurría por el barranco, en medio del cual caminábamos, a veces con tanta fuerza que provocaba la estrepitosa caída de los hombres de vanguardia, con el consiguiente atasco. Asimismo, había momentos en que las paredes de la inmensa cortadura se estrechaban de tal forma, que sólo podíamos pasar de uno en uno, y la mayor parte de las veces tropezando. De esa forma, ya desde el principio se había perdido la original formación de combate, encontrándonos a merced de cualquier ataque de los palmenses. Pero el temido ataque no se producía.

Lo peor de todo, era que el barranco se convertía a medida que avanzábamos, en un continuo zig zag de altas paredes, lo que constantemente nos hacía temer qué «sorpresa» nos aguardaría al otro lado de cada altura que bordeábamos. Entre esas sorpresas se encontraban las zonas de aguas profundas, en las que mis compañeros se hundían, perdiendo la mayor parte del material

bélico...

Con el agua cubriéndonos la cintura la mayor parte del tiempo, y con la vista puesta en donde poníamos los pies, apenas nos molestábamos en mirar sobre aquellas paredes verticales que nos aprisionaban, o en los numerosos obstáculos que podían servir de escondite a los nativos en amas. Otro tanto les ocurría a los auxiliares canarios, que también perdían el equilibrio entre las cada vez más estrechas alturas, que convertían el barranco en un pasillo zigzagueante, por el que bajaba con fuerza el agua helada de las cumbres de Aceró. Sólo los gritos y las maldiciones de nuestros capitanes, nos obligaban a seguir marchando y tropezando por aquel laberíntico infierno, sin saber en qué próxima esquina del precipicio estaría el final. Por ello no nos extrañó que con el tiempo, aquel terrible lugar recibiese el nombre de Barranco de las Angustias. Aunque nuestras angustias apenas acababan de comenzar.

Fue tras varias horas de indecibles penurias, cuando don Alonso ordenó el alto a tan exhausta y aterida tropa. Y es que he de reconocer, que el agua helada del arroyo había acabado por calarme las extremidades inferiores, mezclándose los temblores del frío con los del miedo. Sin embargo, mi compañero Gallardo no parecía denotar cansancio alguno tras la dura experiencia sufrida.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? —me preguntó con su eterno buen humor, algo que siempre me maravilló. Nunca perdía su sonrisa, ni siquiera en los momentos de mayor dramatismo. Era algo relajador, que te hacía perder cualquier temor.

—Estoy agotado, como casi todos. Pero creo que podré aguantar —le respondí.

—Eso espero, porque según estoy observando aquí comienza lo bueno —me indicó, señalando a la compañía de Pedro Vergara, la cual se acercaba a una especie de desfiladero existente en medio de las rocas que conformaban el barranco—. Me parece que el General tiene mucha prisa por sorprender a los isleños.

A nosotros se sumó, completamente empapado en sudor, Mario el Portugués, quien estaba mordisqueando un trozo de carne seca de cerdo, posiblemente rapiñada el día anterior en el poblado isleño.

—Me parece que esta vez vamos a tener que combatir, y de forma muy dura —nos dijo mientras escupía pequeños pedazos de su duro manjar. Y mirando al estrecho paso por el que se dirigían los hombres de Vergara, señaló: Según el intérprete del General, tras ese difícil sendero se encuentra Tanausú con todos sus guerreros, familias y ganados, dispuestos a morir por su independencia.

—¿Y cómo espera don Alonso que pasemos a través de él? —pregunté observando la estrechez y dificultades que ofrecía el imponente desfiladero.

—A la vanguardia irán varios auxiliares palmenses, que conocen bien el paso, al cual llaman de Adamacansis. Tras ellos irán los nuestros, con la esperanza de llegar a la cima y sorprender a los rebeldes —respondió a la vez que mascaba mi fomido compañero.

Todos nos quedamos atentos, mientras los hombres del capitán Pedro de Vergara intentaban atravesar el Paso de Adamacansis en dirección hacia Tanausú y los suyos. Y tal como adelantara el Portugués, un grupo de guerreros anidanenses tanteaba el estrecho sendero, abriendo la peligrosa subida hacia el llano que conformaba el distrito de Aceró. Mientras tanto, a lo largo de la empinada marcha no se veía ningún rastro que demostrase la existencia de los llamados isleños «rebeldes».

El tránsito por la trillada senda fue muy dificultoso para los nuestros, tal y como pudimos observar desde nuestra cómoda posición, puesto que la hilera que iban formando a su paso, cada vez se colapsaba más. Sin embargo, pese a la lentitud de la marcha, el abrupto terreno se iba ganando poco a poco, acercándose nuestras fuerzas hasta la cima de aquel zigzagueante y apretado desfiladero. Fue en ese instante cuando don Alonso ordenó a la compañía de don Diego Núñez, a nosotros, que formáramos a la boca del Paso, para seguir a las tropas ya empeñadas en aquella alucinante subida. Y en la tensión del momento, recuerdo que me persigné y recé varias veces el Ave María. Fue en el momento en que iniciábamos la terrible ascensión, cuando un grito horripilante paralizó nuestros ánimos. En lo alto de aquellos impresionantes riscos, aparecieron los palmenses, arrojando sobre los nuestros inmensas rocas y troncos de árboles, sembrando el desconcierto entre aquella fila humana, que bastante tenía con intentar mantenerse en pie en tan imposible terreno. De esa forma, en corto espacio de tiempo se creó el desorden en nuestras filas,

rodando tanto los soldados de Vergara como los auxiliares aridanenses por aquellos horribles precipicios. Y aún en tan apurada situación, nuestros ballesteros trataron de alcanzar a los rebeldes palmenses, siendo imposible por la privilegiada e invulnerable posición que ocupaban.

Mientras tanto, el capitán Diego Núñez parecía dudar entre meternos de lleno en aquel infierno para apoyar a los nuestros, o esperar la orden definitiva de don Alonso, que hasta ese instante no daba señales de vida. Recuerdo que me sentí petrificado al escuchar los horrorosos alaridos que provenían del interior del Paso de Adamacansis, conteniendo las apremiantes ganas de echar a correr en sentido contrario. Semejantes contradicciones se desvanecieron a través del fuerte dolor que sentí en mi brazo, que comprobé se debía a la manaza de mi compañero Gallardo. No me dijo nada. Y tampoco lo hubiera escuchado, debido al ensordecedor griterío que partía del desfiladero. Tan sólo señaló con su cabeza, una altura situada a nuestras espaldas. Desde allí, un cornetín intentaba avisar a los nuestros que debían retirarse.

El regreso de la compañía de Pedro de Vergara, a través de aquella impracticable senda, fue muy penoso. Y es que muchos de los hombres, en su alocada huida perdieron el equilibrio, despeñándose por aquellas alturas. Hasta nosotros mismos tuvimos que subir un trecho, para intentar ayudar a varios peones que habían sufrido heridas de gravedad. Mientras, a la entrada de Adamacansis se encontraba don Alonso, con el rostro totalmente congestionado, sin dejar de perder ni un instante con la vista las alturas ahora

cubiertas de guerreros palmenses.

—Malditos, malditos, —murmuraba mientras veía llegar los maltrechos restos de la compañía empeñada en el sangriento combate.

En lo alto de aquellos riscos se oía un griterío atronador, que partía de los isleños victoriosos. Griterío este que nos sobrecogió a todos, acostumbrados al habitual «paseo» por los confines de Benahoare. Sin embargo, la escaramuza no pareció arredrar a don Alonso, que tras los primeros instantes de ofuscación volvió a reunir a los hombres de Vergara en la boca del estrecho Paso.

—Quiero que tus hombres vuelvan a entrar otra vez en el desfiladero —le aulló el General a su capitán —mientras los auxiliares trepan por las paredes para sorprender a esos paganos.

Mientras tanto, los quejidos lastimeros de los heridos y los abandonados aún con vida en aquel sangriento Paso, le daban un eco macabro a la tarde. En cuanto a nosotros, todo era un tremendo desorden de gritos y plegarias, acentuado por la confusión que embargaba a los oficiales. Sólo Pedro de Vergara parecía asumir cuál era su destino, mientras los aliados aridanenses iniciaban la escalada de los verticales bordes del desfiladero. Y a la entrada, se encontraba don Alonso, a quien una vena se le hinchaba por momentos en su sudorosa sien derecha. Y sin dejar de mirar a las infernales alturas, lanzó la temida orden:

—Vergara y Núñez, que las compañías comiencen a avanzar
Esta mención a la compañía de la que formaba parte, hizo

que se aflojara mi vientre, de tal manera que me cagué encima. Y ¡estúpido de mí! No pensé en otra cosa que en el baño que me había dado junto a la bella Agarfa. Pero semejantes ensoñaciones desaparecieron de repente, con la orden dada a voz en grito por don Diego Núñez, de avanzar por aquel maldito sendero. Poco duró la marcha, pues los guerreros de Tanausú volvieron a la carga, lanzándonos pedazos inmensos de rocas, que arrollaron a la vanguardia, obligándonos a retroceder. Incluso los auxiliares aridanenses fueron pronto muertos o desalojados de sus aventajadas posiciones. Pronto el Paso de Adamacansis se convirtió en una fila de cuerpos informes y aplastados, restos de nuestra improvisada retirada, ordenada por el General en previsión de un desastre mayor.

¡Por fin llegó la noche! Y con ella el final de la jornada más dura que nos había tocado vivir, desde que tomamos tierra en La Palma. Aquella noche me tocó hacer guardia a la entrada de aquel maldito Paso de Adamacansis, mientras a mi alrededor los quejidos lastimeros de los heridos daban un toque dramático al final del día.

Al menos siete de los nuestros habían sido muertos en aquel estrecho sendero, la mayor parte de ellos despedazados por las pesadas rocas arrojadas por los fieros palmenses. Entre ellos se encontraba el vizcaíno Albizuri, quien había venido a Canarias para encontrar tierra en la que asentarse. Ahora sería la tierra la que cubriese los restos de su cuerpo. También una veintena de los expedicionarios habían sufrido heridas, dando con sus sollozos

un aspecto siniestro a la noche estrellada. Todo ello influyó para que bajase sobremanera nuestro estado de ánimo, formándose corros alrededor de confortables hogueras. Aquella noche casi nadie pudo dormir.

Mientras tanto, yo continuaba con mi labor de centinela, pendiente de los muchos y variados ruidos que provenían de todos y cada uno de los rincones de aquel Barranco de las Angustias. Muchos de esos ruidos tenían un cierto parecido al que emiten las cigarras y los grillos, pero con una intensidad tal, que parecía provenir de un coro de millones de insectos. Tan abstraído estaba que apenas me percaté de la presencia de don Alonso, con su pariente Pedro Benítez, y un isleño muy tripudo al que había visto en alguna ocasión con doña Francisca de Gazmira.

—Benítez, mañana será tu compañía la que intentará sorprender a los isleños a través del Paso —exclamó con voz pausada el General.

—Haré lo que ordenes Alonso, pero estoy seguro de que esos malditos bastardos nos estarán esperando —respondió dubitativo el capitán.

—Sé que es un riesgo muy grande, pero no olvides que nos queda poco tiempo para cumplir los plazos estipulados. Si no logramos someter a Tanausú pronto, corremos el riesgo de que los isleños se rebelen, y perdamos todos los logros obtenidos. Ese indígena es un peligro, y debemos eliminarlo cuanto antes. Cueste lo que nos cueste. —Dijo con voz enérgica el General, quien no cesaba de mirar constantemente a las siluetas sombreadas de la

entrada del Paso.

—Pero piensa que lo que nos está costando son vidas humanas —replicó nerviosamente su pariente.

—Es cierto, pero el problema principal no es una rebelión, sino que si no logramos someter la isla en el plazo estipulado de un año, no tendremos derecho a la recompensa de 700.000 maravedíes.

Fue en ese instante cuando el isleño tripudo, a quien supe llamaban Juan de Palma, interrumpió la conversación sostenida por los dos capitanes, con una confianza tal que parecía ser amigo de ambos desde hacia años:

—Perdonadme, don Alonso, pero si realmente tenéis prisa por penetrar en Aceró, yo os puedo guiar hacia otro sendero de muy difícil acceso, pero debéis saber que para pasar a través de él, tendréis que emplear a hombres de gran agilidad entre los vuestros.

Casi inmediatamente, el General sujetó con fuerza los brazos del intérprete nativo, y le echó el aliento en su rostro:

—¿De qué me hablas, bellaco? ¿Acaso existe otro Paso que conduzca al interior de la Caldera?

—Sí, mi señor. En el interior del Reino de Tanausú existen dos arroyos, cuyas aguas al salir forman un riachuelo, que desemboca en este barranco en que nos encontramos. Pues la desembocadura se llama Axerjo, que en tu idioma significa «gran torrente de aguas». Y a través de ese desfiladero de aguas heladas, suelen pasar los nuestros para acortar el camino. —Remató el isleño traidor.

Apenas empleó unos segundos el General para pensar tan inesperada proposición y responder: Pues sea, mañana al amanecer intentaremos el paso por Axerjo, cueste lo que nos cueste. —En ese momento reparó en mi presencia, y tras mirarme de arriba hacia abajo, me dijo con rostro risueño: Vaya... pero si es el joven Escobar. Te ha tocado guardia, ¿eh? Me alegro de que no hayas sufrido herida alguna.

—La verdad es que estuve herido en el Tinibúcar, mi General —le respondí con estúpido gesto de orgullo.

—Bien muchacho, esto va a acabar muy pronto, y nos repartiremos un inmenso botín —fue entonces cuando contempló con atención mi viejo escudo, y leyó en voz alta los nombres grabados en él: Jimena de la Frontera, Gibraltar, Archidona. Supongo que fueron los lugares en los que combatió tu abuelo.

No tuve tiempo de responderle, pues inmediatamente se marchó con sus acompañantes, como si no me hubiera visto.

A la mañana siguiente y muy temprano, el Cuerpo Expedicionario se trasladó hacia el Paso de Axerjo, lugar este que a simple vista parecía imposible de franquear. Y es que sobre el aparente sendero natural, caía un gran torrente de aguas heladas, el cual formaba una especie de laguna en el pequeño llano en que habíamos detenido la marcha. El frío era tal en aquel lugar, que el aliento se nos helaba al igual que en Tzacorte, en los peores momentos del pasado invierno. Pero lo que realmente congelaba nuestro ánimo, no era el agua fría que por allí discurría con fuerza, sino la impresionante vista de las alturas por las que debíamos

trepar. Por aquel desfiladero no podían pasar ni las cabras.

Fue entonces cuando don Alonso concibió una idea que a punto estuvo de dar sus frutos: nuestros oficiales subirían el Paso de Axerjo, subidos a los hombros de los pastores palmenses. Así ocurrió una de las escasas gestas maravillosas de la campaña de Benahoare, cuando una hilera de nuestros capitanes, cabalgando sobre auxiliares indígenas, intentó la casi imposible tarea de franquear el estrecho que conducía al enemigo. Ciertamente he de reconocer, que aquella doble «serpiente» humana provocó mi hilaridad y la de muchos de mis compañeros, a pesar del inmenso riesgo que representaba para tales hombres la apurada peripecia. Y lo maravilloso fue que, en aquel casi inexistente sendero, los indígenas trotaban ágilmente y con naturalidad, pese al fuerte peso que tenían que soportar sobre sus hombros. De esa forma, aquella apurada fila humana iba sorteando cada vez más, aunque de forma lenta, el terrible obstáculo.

Ya llevaban los nuestros más de una hora empeñados en tan ardua tarea, y parecía que muy pronto iban a coronar la cima que les llevaría al Corazón del Enemigo. Mientras, don Diego Núñez no paraba de murmurar en baja voz:

—Vamos, vamos, vamos muchachos.

Más atrás, el propio General no perdía ni un solo instante la cabeza de la hilera, que ya estaba a unas cien varas de la «entrada» a la Caldera. A su lado, el rey de la Gran Canaria miraba al mismo lugar, sin inmutarse lo más mínimo.

Hasta ese instante no se había visto rastro alguno de Tanausú

y los suyos, por lo que cada vez animábamos a los capitanes empeñados en tan insólita hazaña, con la esperanza de que pronto acabaran nuestras penurias. Pero de pronto, un grito horripilante acabó con nuestras ilusiones. Casi al mismo tiempo, comenzaron a rodar inmensos troncos de árboles, al igual que el día anterior, desordenando la estrecha hilera humana, que no sabía como volver al punto de partida.

Fue horrible. La complicada fila de hombres que unos minutos antes había intentado penetrar en la Caldera, se vio dividida desde un principio, al caer los peones del centro desde lo alto de aquel precipicio, o al resultar aplastados y despedazados por los gigantescos proyectiles lanzados por los isleños. En cuanto a los hombres de vanguardia, fueron pronto traspasados por las pesadas pero afiladas mocas palmenses. Los nuestros, en tan apurada situación, apenas pudieron ofrecer resistencia, y sólo buscaban la salvación por entre aquel horrible sendero. Fue espantoso. La rápida intervención de los ballesteros pudo mantener a distancia a los atrevidos palmenses, y salvar al resto del grupo empeñado en tan penosa subida. Sin embargo, el coste fue terrible: diez muertos y una veintena de malheridos entre los nuestros, y un número similar en los auxiliares. Desde entonces, a tan funesto lugar se le conoce como el Paso del Capitán.

Aquella fue, quizás, la peor noche de mi vida. Y es que a los gritos lastimeros de los heridos, se unieron los gemidos de aquellos que aún habían quedado con vida en el sangriento desfiladero, y a los que no podíamos socorrer debido a la fantasmagórica

oscuridad, y al temor de acabar igual que ellos. Tales lamentos nos mantuvieron a todos en vilo durante las interminables horas de oscuridad. De hecho, todos esperábamos que los palmenses bajasen de sus alturas, y rematasen su labor exterminándonos. Nunca olvidaré aquella noche.

Por fin asomaron las primeras luces del alba, contribuyendo a relajar la tensión existente entre nosotros. Pero ni siquiera los rayos del Sol podían apagar los quejidos de los heridos, tanto en el pequeño llano en el que estábamos asentados, como en los recodos del Paso de Axerjo. Para colmo de males, don Alonso se había enclaustrado en su tienda, lo cual contribuyó a que nos sintiéramos cada vez más aislados, y por ende «más perdidos».

—Muchachos, estoy calado hasta los huesos. —Tronó la estridente voz de Mario el Portugués.

—La suerte es que aún estemos con vida para sentirlo. Replicó con evidente gesto malhumorado, Juan Díaz, un devoto seguidor de la Reina de Castilla.

—Pero si nos obligan a intentar franquear otra vez el Paso, ya no sentiremos nada —respondí de forma desesperada.

Todos los presentes en tan irracional conversación, me miraron como si fuera la primera vez que contemplasen mi famélico cuerpo. Y luego me ignoraron de la misma forma, enterrándose y encerrándose en sus más oscuros pensamientos.

El Portugués no dejaba de mirar aquellas impresionantes alturas, siempre con su rostro jovial, pero sin querer entablar conversación alguna con nadie. El Gallego se sentó a la entrada

del Paso de Axerjo, y de allí no se movió, como si estuviera inmerso en su oscuro pasado. Los capitanes consumían mucho vino, pero sus caras reflejaban claramente su evidente preocupación. Tan sólo mi compañero Gallardo actuaba como si no hubiera pasado nada, limpiando constantemente su espada, en previsión de lo peor. Pero lo peor de todo era que don Alonso no había salido de su tienda en toda la jornada. Y otro tanto ocurrió al día siguiente.

La incertidumbre provocó en nosotros, los simples soldados de a pie, los más variados rumores: se decía que el General se había suicidado; también que la rabia por las recientes derrotas, le había impedido ingerir alimento alguno, y por ello no se movía de su lecho; por último, se alegaba que don Alonso habría iniciado conversaciones de paz con el fiero Tanausú, en las cuales reconocía a este último como rey independiente de Aceró. Lo cierto es que una inesperada lluvia trajo más desazón a nuestros corazones, que casi la interpretaron como un designio del Altísimo contra nuestra Campaña. Esto hizo que mi supersticiosa alma temiese una reacción diabólica hacia los que nos habían hecho creer una Cruzada.

Fue en aquellos crudos instantes, en los que incluso se llegó a hablar de un motín, cuando sucedió un hecho que determinaría el final de la Campaña. Ocurrió que, a la tercera mañana siguiente al desastre de Axerjo, el isleño conocido como Juan de Palma se presentó en nuestro desorganizado campamento, al igual que meses atrás lo había hecho Francisca de Gazmira. Y por mi enfiebrécida mente se cruzó la idea de matarlo,teniéndolo por responsable de la última matanza. Sin embargo, la inesperada aparición del capitán

don Diego Núñez, impidió que mis pensamientos tomaran forma.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el gordo oficial.

—Nada, señor. Ha llegado este salvaje de repente, y creí que estaba espiándonos —respondí invadido por la rabia.

—¡Eh, bien muchacho! Has cumplido con tu deber, pero creo que este indígena tiene mucho que contarle al General.

Así el aborrecible Juan de Palma penetró en la tienda del General, seguido de don Diego Núñez y del tuerto Pedro Benítez de Lugo. Y allí estuvieron hasta bien entrada la noche. Esto avivó mi curiosidad, pasando por mi mente las más disparatadas conjeturas, las cuales no merecen mención en este diario de mis desventuras. Recuerdo que me quedé contemplando el estrellado cielo palmense, como queriendo encontrar en el mismo, la solución al nuevo enigma que se nos presentaba. Y absorto en tales ensoñaciones, observé como los millones de estrellas brillaban con una fuerza tal, que alumbraban en su totalidad todo el contomo de aquel estrecho lugar. Era algo maravilloso. Y el canto de millares de desconocidos insectos, proporcionaba un coro fantasmagórico a la hermosa noche isleña. Un éxtasis del que de vez en cuando me sacaban los gritos de don Alonso:

—Malditos, ¿quiénes creen que son? Juro que acabaré con él.

Pero ni eso parecía capaz de despertar al resto de los miembros del Cuerpo Expedicionario, que daba la impresión de descansar de todas las fatigas de la Campaña. Así, asomaron los primeros rayos de sol, a través de los cuales el tal Juan de Palma

abandonó la tienda del General, y se dirigió hacia las alturas circundantes. Al mismo tiempo, don Alonso asomó su demacrado rostro por entre los pliegues de su tienda, recibiendo de frente la luz solar.

De repente, todos los oficiales comenzaron a dar, voz en grito, la orden de desmontar el improvisado campamento, y de formar para la marcha. La recogida de los materiales fue muy rápida, viéndonos todos inmersos en otra apurada caminata, aunque esta vez en sentido contrario. Y es que, ahora nos dirigíamos a la salida del barranco, en una confusa y desordenada retirada, dejando atrás una buena parte de nuestra impedimenta.

Lentamente fue transcurriendo la vuelta por entre aquellas estrechas paredes del barranco de las Angustias. Nadie hablaba. Nadie tenía nada que decir. Ya no se oían los lamentos lastimeros de los heridos. Eso sí, atrás dejábamos decenas de cadáveres sin una digna sepultura. Otra vez a marchar con el agua hasta la cintura. Delante, el General caminaba con el rostro congestionado por la rabia y la ira. La tormenta desatada en su interior, estaba a punto de propagarse a la superficie de su cuerpo. Ya nadie miraba a las alturas que estrangulaban el barranco. No temíamos ningún ataque isleño. Bastante teníamos con el mortal cansancio que nos invadía desde que entramos en tan funesto lugar. Bastante soportábamos esa pesadumbre agobiante tras tres consecutivas y sangrientas derrotas.

Llegada la tarde, detuvimos la marcha, en un lugar cercano a la entrada del barranco, donde el agua seguía intentando

arrastrarnos. Allí, don Alonso ordenó levantar el nuevo campamento, esperando nadie sabía qué.

—Parece que el General está muy disgustado —señaló el gordo Portugués a don Diego Núñez.

—No es para menos —respondió nuestro oficial—. Parece que Tanausú no quiere atender a razones. Y ha decidido que abandonemos sus estados.

—¿Cómo sabéis todo eso? ¿Acaso ha estado actuando como correo el tal Juan de Palma? —pregunté excitado.

—Por fin parece que has empezado a abrir el ojo, pichón —se dirigió a mí con una pícara sonrisa—. Efectivamente, Juan de Palma está jugando el mismo papel que Francisca de Gazmira con los otros reyezuelos.

Casi sin inmutarme, susurré: Por eso estuvo la pasada noche en la tienda del General. ¿Acaso trajo malas nuevas?

—Inquietantes tal vez. Según parece, Tanausú ha ordenado que las mujeres, niños y ancianos de su pueblo, suban a las partes altas de la Caldera, para no verlos y así no debilitar el valor de sus guerreros. Esto significa que los palmenses están dispuestos a luchar hasta la muerte.

Todos nos quedamos mudos tras la explicación de nuestro orondo capitán. Esto presagiaba nuevos y sangrientos enfrentamientos con los rebeldes isleños, completamente seguros tras sus privilegiadas posiciones defensivas. Ciertamente, eran inquietantes las noticias.

—Sin embargo, ese indígena ha vuelto otra vez a las

montañas —intervino mi compañero Gallardo.

—Sí —dudó un instante don Diego antes de continuar. Al parecer, Tanausú ha enviado mensajes al resto de los reinos de la isla, informando de sus victorias. Esto significaría un levantamiento general. Y nuestra situación es hartó comprometida. Por ello, el tal Juan de Palma, que es pariente muy cercano del rey de Aceró, le lleva una propuesta de paz de don Alonso.

Comprendí el por qué del rostro de nuestro General, a la vez que lo apurado de nuestra situación, ya que corríamos el riesgo de vernos sitiados en ese horrible barranco. Por ello supuse que Tanausú sólo esperaba el momento propicio para acabar con todos nosotros.

Para colmo de males, esa misma tarde escuchamos un grito horripilante, que acrecentó nuestros temores de que hubiera comenzado el temido ataque de los isleños rebeldes. No fue así. Un enorme perro lanudo había sido el causante de todo el revuelo, provocando un pavor incontenible entre todos los palmenses auxiliares, muchos de los cuales huyeron para no volver. Y he de reconocer que esta espantada, contagió el pánico a nuestras supersticiosas almas, corriendo los más entre los que yo me contaba, evitando la cercanía del fantasmagórico animal.

Incluso el General se sumó al revuelo provocado por la aparición del peludo can, que no parecía comprender el por qué de tanta histeria. Tuvo que ser el siempre melancólico Gallego, quien armado de una pica ahuyentó al perro, el cual se perdió con el rabo entre las patas por entre aquellos horribles desfiladeros.

Así, la tranquilidad volvió al campamento, aunque de forma tensa, y con la pérdida de muchos de nuestros auxiliares.

El suceso nos conmocionó durante mucho tiempo, acrecentando aún más nuestros temores. Hasta el fiel Butinmara parecía a punto de desmayarse de terror, llegando a castañetearle sus blanquecinos dientes con una fuerza tal, que parecían a punto de quebrarse.

—¿Qué ha ocurrido, Butinmara? ¿Por qué este revuelo? — Le preguntó con evidente sorpresa mi amigo Gallardo.

Y con el miedo reflejado en sus ojos y en su voz, el tripudo nativo nos explicó que esta especie de canes eran llamados Tibisenos, los cuales eran considerados como demoníacos y causa de desgracia...

Por si fueran pocas nuestras desgracias, nuestro querido amigo indígena aseguraba que los habitantes de Aceró se encontraban protegidos por el Dios Idafe, el cual había sido el responsable de nuestras derrotas.

—¿El Dios Idafe? —pregunté, envuelto en mi curiosidad.

—Sí. A diferencia de nosotros, los habitantes de Aceró adoran al Dios Idafe, que vive en un montículo de su Reino. Ellos temen que dicha montaña caiga, lo cual sería designio de desgracia. Y para evitarlo, sacrifican constantemente a su pie las asaduras de cuantos animales maten para comer.

—¿Sacrificios de animales? —preguntó el gordo Portugués.

—Sí... Dos de los discípulos de Tanausú se acercan a la base del risco donde vive Idafe, cantando el que lleva la asadura:

¿Iguida iguan Idafe?, que significa, ¿dicen que caerá Idafe? Es entonces que le responde el otro: Guerye iguan tanó... Dale lo que traes y no caerá. Luego entregan el sacrificio.

—Es decir, que por culpa del dios Idafe estamos sufriendo tanto —pregunté embriagado en las supersticiones indígenas.

—Mientras el peñasco en que se encuentra Idafe no caiga —respondió definitivamente Butinmara—, ningún extranjero podrá conquistar Aceró.

Aquella noche dormí larga y pesadamente. Nada ni nadie pudo sacarme del agobiante sueño, resultado de las mil y una fatigas ganadas durante la estancia en aquel Barranco de las Angustias. Tanto fue mi sopor, que ni siquiera recordé en qué oscuros sueños estuve envuelto. Sólo pudo ser la pesada mano del Portugués la que me devolvió al mundo de los vivos.

—Venga pichón, que tenemos que levantar el campamento —gritó con su siempre potente vozarrón.

—¿Qué ocurre? ¿Adónde vamos? —pregunté atolondrado, todavía bajo los efectos del sueño.

—Nos marchamos. Por fin vamos a dejar este maldito barranco —sonrió el viejo Mario.

—Pero... ¿Qué ha ocurrido? —insistí cada vez más atolondrado.

—Tú, cumple las órdenes, que ya tendrás tiempo de enterarte. De momento debemos desmontar el campamento, y marchar donde digan nuestros jefes.

Rápidamente desmontamos las tiendas que habíamos

levantado la tarde anterior, reemprendiendo la marcha hacia las afueras del barranco. Ni que decir tiene la inusitada rapidez que imprimimos los miembros del Cuerpo Expedicionario, con la sola idea de abandonar de una vez para siempre aquel maldito lugar. Incluso la fuerza con que bajaban las aguas procedentes de las alturas de Aceró, nos dio a pensar que nos empujaban, para que saliésemos cuanto antes de ese Reino. ¿Sería Idate quien nos echaba de allí?

Delante de nosotros iba el General, a la grupa de su caballo blanco. Junto a él iban el Guanarteme traidor y el aborrecido Juan de Palma, también a caballo. En los tres se observaba un semblante relajado, como si no hubiera ocurrido problema alguno. ¡Quizás Tanausú había firmado la paz con nuestro General! Pero eso era imposible, porque no se había producido ningún contacto personal entre ambos jefes.

Absorto en tales cavilaciones, casi no me di cuenta del momento en que abandonamos la boca del Barranco, para volver a entrar en el tan ansiado terreno llano, desde donde habíamos partido días atrás, aunque parecían años, para intentar la conquista de Aceró. Mucho más allá se encontraba la empinadísima e impresionante altura, que a su vez daba lugar a una apurada bajada de varias millas, que desembocaba en Tazacorte. Pero no fue esa la ruta tomada por don Alonso.

En contra de nuestras esperanzas y sin apenas detenemos, bordeamos toda la inmensa cordillera montañosa que rodeaba el reino de Aceró, hasta llegar a un maravilloso lugar del que manaba

una gran fuente de aguas límpidas. Fue allí donde don Alonso ordenó detener la marcha y montar el nuevo campamento. Más tarde encendimos varias hogueras, alrededor de las cuales digerimos el ansiado rancho, trasegando de cuando en cuando el habitual vino canario.

Era ya noche cerrada, cuando don Alonso solicitó la presencia de sus capitanes en su tienda. Mientras, nosotros montamos una guardia voluntaria, en espera de que nos informasen de lo que estaba ocurriendo. El lugar en el que habíamos acampado estaba rodeado por un gigantesco bosque de pinos, a través del cual no se podía vislumbrar nada. Y en todos y cada uno de los árboles, parecía haberse concentrado millones de insectos y pájaros desconocidos que nos deleitaban con un estridente concierto. No importaba, nadie podía dormir. Y comenzamos a hablar de las más dispares historias.

Como ya relaté en un apartado de éstas mis memorias, la mayoría de los hombres empeñados en esta Campaña, eran veteranos de la conquista del Reino Infiel de Granada, los cuales no habían hecho ascos a nuevas empresas de armas, como la de Benahoare. Entre ellos se contaba el asturiano Juan Mondelo, quien presumía de haber sido de los primeros en penetrar en la rendida Alhambra:

—Tuvimos el honor de que nuestra Santísima Reina Isabel de Castilla, nos permitiese franquear las enormes puertas de Granada, con la cruz a cuestas, mientras los infieles eran obligados a demorar sus minaretes. Los moros lloraban de rabia e impotencia.

—Ciertamente debió ser una campaña muy dura. Pronosticó el Portugués.

—Más que dura, hermano —respondió Mondelo—. Los infieles lucharon fanáticamente durante once años, y si no hubiera existido una guerra entre ellos mismos, más hubiera durado la contienda. Pero lo que puede darse con facilidad, con la misma facilidad puede quitarse. Es una frase que oí a un moro converso tras la conquista del último reducto.

—Enigmática frase —terció el colono Juan Herrera—, que demuestra las vueltas que da el destino en los senderos de la guerra. Pero una cosa no podéis negar, y es que el Ejército de Castilla ha demostrado que el arte de la guerra ha cambiado mucho desde la Campaña de Granada.

—En efecto, durante la conquista del Reino Infiel quedaron atrás los tiempos de los caballeros andantes con lanza y yelmo, pesados, fieles reflejos del heroísmo desfasado. Ahora se ha impuesto la caballería ligera a la jineta, y sobre todo la artillería y la infantería.

—Todo eso está muy bien —interrumpió el Portugués—, pero no hay que olvidar que las penitencias de estas armas son los asedios de posiciones fortificadas. Quien mejor lo puede decir es el sevillano Gallardo, que estuvo un año entero luchando a las puertas de Baza.

En ese instante, sentí que mi compañero de armas se sobresaltaba, retornando a mi mente el encuentro en la taberna de Juan Díaz, cuando tuvo una similar reacción.

—Efectivamente —señaló con semblante muy serio—, nada es más horrible que el sitio de una posición fortificada. Tanto para los sitiados como para los sitiadores. En Baza asistí a escenas que renuncio a describir. Vi como se descomponían millares de cadáveres, mientras los vivos comíamos rancho apuradamente, sin percatarnos del hedor. Asistí a actos de crueldad por ambos bandos, que harían que vomitarais con sólo escucharlos. Yo mismo fui capturado y salvajemente torturado.

Todos nos quedamos mirando fijamente al buen Gallardo, y yo mismo recordé las horribles cicatrices que cubrían su cuerpo, fiel reflejo del ensañamiento con que debieron maltratarlo sus captores.

Fuimos interrumpidos por nuestros oficiales, que inexplicablemente nos ordenaron formar con toda la impedimenta. Esto provocó un murmullo general de protesta entre almas que habían pensado que los sufrimientos acababan de terminar. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Acaso tenemos que volver a marchar? Fue el grito que brotó de nuestras roncadas gargantas, ante la inusual medida.

—Estaos callados y esperad las órdenes —respondió la dura voz de Pedro Benítez de Lugo.

Inmediatamente, el viejo oficial escogió dos compañías, las cuales le siguieron en una apurada marcha nocturna hacia el Barranco de las Angustias. El traidor Juan de Palma les servía de guía, seguido de una cohorte de isleños auxiliares. El resto volvimos a la ardiente luz de las hogueras, aunque ahora con mucho menos fervor que antes.

—¿Adónde habrán ido nuestros compañeros? —Preguntó un joven aragonés que pertenecía a la compañía de don Pedro Vergara.

—Da la impresión de que la campaña dista mucho de haber terminado —sentenció mi compañero Gallardo.

Fue entonces cuando se acercaron a nosotros los capitanes Fernando del Hoyo y Jerónimo Valdés, los cuales no parecían haber perdido su habitual sonrisa. De esa forma, el viejo Portugués se atrevió a preguntarles: ¿Qué es lo que ocurre? ¿Se barrunta combate?

—Ni mucho menos —respondió el pequeño oficial Fernando del Hoyo—. Al contrario, es posible que mañana se llegue a una paz duradera.

—¿De qué forma? ¿Acaso va a venir Tanausú al campamento? —Preguntó uno de mis compañeros de armas.

—Es posible... Al menos eso es lo que se ha acordado.

—Pero, ¿cuándo se ha acordado algo con esos rebeldes? —intervino el Portugués.

Tras apurar una jarra de vino que le goteó por su espesa barba, el corpulento Jerónimo Valdés habló:

—Lógicamente, por medio de su pariente Juan de Palma, quien hasta ahora nos ha servido de intérprete y de espía. Ha sido él quien nos ha informado de lo que ocurre en el interior del reino de Taburiente, a la vez que le ha enviado a Tanausú proposiciones de paz, aunque la respuesta del reyezuelo indígena ha sido muy dura. Ha dictado que nosotros abandonáramos sus estados, cosa

que ya hemos hecho, y que le esperásemos junto a esta fuente. Por ello, esperamos que mañana aparezca con sus hombres para discutir las condiciones de paz.

—¿Y por qué han salido dos de nuestras compañías hacia el Barranco?

—Ha sido una decisión de don Alonso. A pesar de la buena fe del rebelde Tanausú, el General no se fía, y quiere que parte del Cuerpo Expedicionario se embosque en la espesa vegetación del Paso de Adamacansis, para cortarles la retirada a los indígenas cuando salgan de su territorio. Sólo es una disposición en caso de alguna sorpresa por parte de los palmenses.

—De todas formas, Tanausú y los suyos están muy cansados, sobre todo tras la muerte de muchos de sus ancianos y mujeres, congelados en las alturas de Taburiente —remató el pequeño Fernando del Hoyo.

Por fin amaneció aquella histórica y a la vez aborrecible mañana del 3 de mayo de 1493, en la que se iba a decidir el destino de la isla de Benahoare, y la vida y libertad de todos sus habitantes. Don Alonso se encontraba muy nervioso, dando vueltas de un lado a otro del campamento, seguido siempre por el traidor Fernando Guanarteme. Mientras, nosotros nos encontrábamos formados y perfectamente armados, en espera de la llegada de los isleños rebeldes. Recordé el temple frío que mi abuelo decía tener en momentos como este. Pero esta vez no íbamos a combatir con los palmenses, sino a parlamentar las condiciones de paz. Por ello me sorprendió el número de armas que portábamos para tan

«pacífico» encuentro.

El sol ya estaba muy alto, y todavía no había rastro de Tanausú y los suyos. Mientras tanto, don Alonso no cesaba de recorrer el estrecho perímetro del campamento, una y otra vez, con evidente nerviosismo, y mascullando decenas de vocablos ininteligibles. El estado del General se nos contagió a todos nosotros, que no parábamos de mover las piernas, quizá para desentumecerlas, quizá para librarnos de la incertidumbre. Pero poco duraría esto último. Don Alonso se cansó de la espera y ordenó que nos dirigiéramos en formación de combate hacia el Paso de Adamacansis.

Poco duró la marcha, pues a mitad de camino nos topamos con los esperados. Allí estaban ellos, cincuenta a lo sumo, con su valiente jefe a la cabeza. Éste era alto, muy alto, enormemente musculoso, de cabello largo y rostro noble. Las cicatrices que cubrían su cuerpo hablaban de un pasado guerrero, en el que expuso muchas veces la vida por su pueblo. Como había estado haciendo hasta ahora.

Tanausú sonreía al vernos llegar, y otro tanto hacían sus fieles. Pero no era una sonrisa cínica o de desprecio. Al contrario. Sonreía como sonríe el que recibe la visita de un amigo. Y el hecho de que los palmenses viniesen desarmados, mostraba sus pacíficas intenciones y el buen respeto al trato al que había llegado con nuestro General. Esto contribuyó enormemente a relajar la tensión que habíamos soportado hasta ese momento.

Sin embargo, don Alonso nos ordenó detener la marcha, y

que nos preparásemos para afrontar un combate cuerpo a cuerpo. ¿Cómo era posible? Ellos venían desarmados y sin intención de atacarnos. Supuse que todo era una medida de precaución, o sencillamente una manera de demostrar a los isleños nuestro «poderío». Así, todos esgrimimos nuestras picas, mientras los ballesteros apuntaban con sus armas a los recién llegados. Demasiada exageración para una visita de cortesía.

Mientras tanto, los isleños se acercaban muy confiados a nuestro encuentro, tanto que el propio Tanausú levantó el brazo en inequívoco gesto de amistad hacia nuestro General. Fue en ese justo instante, cuando se encontraban a tiro de nuestras armas, que don Alonso lanzó el temido grito:

—Adelante, cargad contra esos salvajes...

Nadie se movió. A todos nos pilló de sorpresa tan insólita orden. Y muchos como yo, miramos al rostro del General, esperando que todo fuera un error. Pero no fue así, don Alonso seguía gritando:

—¿A qué esperáis bellacos? No dejéis que vuelvan a sus montañas.

Al mismo tiempo, nuestros capitanes nos empujaban a voz en grito, hacia un enemigo que no sabía lo que estaba ocurriendo en nuestras filas. Fueron los mortales lances disparados por nuestros ballesteros, los que acabaron con la confusión. Y guiados por una mano invisible, nos lanzamos al asalto del sorprendido «enemigo». Cuatrocientos hombres perfectamente armados, contra cincuenta isleños desarmados y casi desnudos.

Ni que decir tiene que aquello fue una camicería, pero justo es señalar que los palmenses se resistieron con bravura a nuestra criminal embestida. El propio Tanausú se revolvió como un lobo, y arengando a los suyos, se armó de piedras y palos con los que contraatacó, obligándonos a retroceder, abandonando las armas algunos de los nuestros. De esa forma, los isleños cogieron nuestras picas para defenderse.

El General echaba espuma por la boca, mientras gritaba:

—¿A qué esperáis, cobardes? Aniquilad a esos paganos.

Nuevamente volvimos a enfrentarnos a aquel puñado de valientes, que a pedradas certeras o lanza en mano, vendían caras sus vidas. Aquel combate fue una confusión completa, pues a cada isleño ensartado, dos o tres de los nuestros eran derribados. Y ya parecía que los palmenses se nos iban a escapar de las manos, en dirección a sus inaccesibles riscos, cuando las dos compañías que habían partido la noche anterior, salieron de su escondite entre la vegetación existente junto al Paso de Adamacansis.

Aquello fue el final. Este inesperado refuerzo acabó con las esperanzas de los isleños que, viendo perdidas todas sus posibilidades de escapar, y con su jefe herido, optaron por rendirse a nuestras armas.

¡Qué horror! Una veintena de nativos fueron masacrados en la acción de la Fuente del Pino. El resto de los isleños, entre ellos el indomable Tanausú, sufrió diversas heridas. Todos ellos fueron encadenados por orden de don Alonso Fernández de Lugo. En nuestro bando sufrimos dos muertos y una decena de heridos.

En aquel lugar se decidió el destino de la isla de Benahoare. Ocurrió esto en la jornada del 3 de mayo de 1493.

Hay muchas noches en las que no puedo dormir, y cuando lo hago, despierto empapado en sudor. Siempre me vuelve la misma pesadilla, siempre los mismos recuerdos. Por fin pudimos entrar en el Taburiente, y nos encontramos con una maravilla aún mayor si cabe, que el resto de la isla de Benahoare. Las soberbias laderas del reino de Aceró terminaban en un fondo de dos leguas de diámetro, todo ello vestido de palmas, dragos, pinos, laureles, retamas, leñaloel y un largo etcétera de árboles majestuosos. Este fondo constaba solamente de una corta llanura de veinte y cuatro yugadas, que encerraba las mayores riquezas naturales del mundo. En verdad que era el Paraíso lo que Tanausú y los suyos defendieron hasta la muerte.

Por todas las partes de aquel inmenso y apagado volcán, enredábanse las zarzas, hibalveras y otros tipos de plantas trepadoras, cuyos perfumes embalsamaban el aire, confundiéndose con el aroma acre de los pinos y laureles. Y en medio de aquel profundo y escondido valle, se encontraba el montículo, el alto roque que los isleños creían que encerraba al dios Idafe. Decenas de cuervos y rompehuesos se cebaban en la gran cantidad de asaduras de animales, arrojados en su base, sacrificios de los isleños para evitar que Idafe cayera y se produjera alguna desgracia. Idafe no cayó, es cierto, pero las desgracias para los palmenses sólo acababan de comenzar.

Sólo una vez más pude contemplar al valiente Tanausú,

cargado de cadenas, con una herida que no acababa de sanar, y con su rostro semioculto entre sus largos cabellos. Triste, abatido, sin esperanza alguna. No cesaba de repetir constantemente, como si fuera un gemido lastimero, la palabra harto conocida, vacaguaré, vacaguaré. El rey de Aceró deseaba morir con todas sus fuerzas. A su alrededor se arremolinaban nuestros isleños auxiliares, que miraban a la vez con respeto y pena al derrotado Tanausú. Era evidente que don Alonso Fernández de Lugo había faltado a su palabra de honor, atacando al bravo príncipe Tanausú, cuando éste venía desapercibido a conferenciar con él sobre las paces ofrecidas; cuando faltó a la fidelidad de los pactos, y no le conservó su dignidad en el territorio de Aceró; cuando le cargó de prisiones, como al cautivo más despreciable.

Muy pronto, el General despachó una embarcación a España, con la intención de llevar las noticias de la Conquista a la Corte, enviando en la misma nave al sometido Tanausú y a todos sus fieles, para ser presentados ante sus Altezas los Reyes de Castilla y Aragón. Desgraciadamente y según supe después, el valiente Rey siguió la tradición de los suyos, y al compás de la palabra vacaguaré, se negó a ingerir alimento alguno, muriendo de hambre durante la travesía. Este corazón tan pundonoroso como indómito, penetrado de rabioso despecho, prefirió morir de hambre cerca de su tierra, que vivir como esclavo en tierra extranjera.

No quiero recordar el resto de lo ocurrido, no lo quiero recordar.

Poco después de que nuestro Conquistador levantara en la

isla de La Palma el Pendón Real, proclamando en ella a los Reyes de Castilla y Aragón, dispuso que la misma se intitulase de San Miguel. Y para ello ordenó crear un Escudo de Armas con un San Miguel sobre un Castillo de oro en campo azul, con una palma en la mano derecha, y las balanzas en la izquierda. Y encima, una Corona Real con una gran Cruz. Asimismo, en aquella pequeña rada del reino de Tedote, donde habíamos dejado el primer campamento de invierno tras la navidad, estableció don Alonso la que iba a ser capital de la isla, llamándola Santa Cruz. Y como recuerdo de aquella «hazaña», colocó una gran Cruz de pino sobre unas gradas de piedra.

Fray Luis Manuel de Lugo, hermano del General y miembro de la Orden de Santo Domingo, en unión del Canónigo de Canarias y otros sacerdotes seculares, comenzó a predicar, catequizar y bautizar a los indígenas. Fue por esas fechas cuando recibimos la noticia de que Tanausú se había dejado morir de hambre durante la travesía hacia Castilla. Este hecho provocó mucha consternación entre nuestros auxiliares, algunos de los cuales marcharon hacia las montañas.

Así ocurrió un suceso que creo que nunca podré olvidar en mi desgraciada existencia. Mi muy querido amigo indígena, el siempre sonriente Butinmara, se sumió en una profunda depresión, no dirigiéndonos palabra alguna. Y como remate, se encerró en una de las cuevas que circundan Tedote, negándose a ingerir alimento alguno. Parecía como si hubiese reñido con la vida exterior, con la vida mortal.

Nosotros, sus inseparables compañeros, nos dirigimos hacia el lugar y le ofrecimos abundantes alimentos. Pero él, con un orgullo hasta entonces desconocido por mí, negó con un gesto de su mano.

—¿Qué te pasa, viejo amigo? ¿Por qué estás tan deprimido? —le preguntaba yo.

Y la única y lacónica respuesta que recibíamos era la terrible:

—Vacaguaré, vacaguaré...

—Pero, ¿qué te ocurre? ¿Por qué quieres morir? —le interrogaba el Portugués, sumido en la desesperación.

—Vacaguaré, vacaguaré... —seguía siendo la respuesta del gran amigo.

—No puedes hacernos eso —le dije con lágrimas en los ojos, mientras le sujetaba con fuerza los brazos— No nos merecemos esto.

Fue entonces cuando me miró con sus grandes ojos, y con voz apagada me dirigió su última frase coherente:

—Nos habéis mentido, nos hemos dejado invadir, y ahora nos tratáis como a esclavos... Tanausú no merecía ese fin.

Luego se sumió en la insoportable melancolía, repitiendo sin cesar, vacaguaré, vacaguaré... Y ciertamente no dejamos de reconocer que, desde nuestra llegada, sólo habíamos mentido y matado. Todo en el nombre de Dios. Y ahora no podíamos esperar agradecimientos por parte de los habitantes de la isla. Grande debía ser la pena del isleño Butinmara. Allí quedó mientras nosotros emprendíamos el camino de vuelta a Tazacorte. Nunca más supe de él. Descanse en paz, lejos de nosotros.

Tazacorte. A la creciente ciudad habían comenzado a arribar decenas de colonos, quienes montarían los cimientos de los, en el futuro, florecientes negocios de la isla. Sin embargo, no estaba la persona que yo buscaba con tanta ansiedad. Mi amada Agarfa había desaparecido, al igual que el resto de los indígenas del lugar.

Las lágrimas me empañan los ojos, y comienzan a empapar el papel. El pulso me tiembla, e impide a mi mano seguir escribiendo. Los malditos recuerdos hacen que mi corazón intente salir con fuerza de la carne que lo aprisiona. El dolor es inmenso y jamás sanará. Agarfa, la reina de mi vida y de mi alma, la dueña de mi corazón, mi único amor terrenal ya no estaba. Y no sé si estará.

Fue un oficial quien me explicó que todos los indígenas habían sido agrupados, y los más enviados a España, donde serían iniciados en nuestras costumbres, y posiblemente entrarían al servicio de algún noble degenerado. Renuncio a describir esta parte de mi miserable historia, en la que el dolor es tan fuerte que se sobrepone a la razón.

Aquella misma noche, el General ofreció un gran festejo en honor de su flamante «victoria». Y allí estuve yo, embriagado como nunca lo había estado. Me contaron después que insulté e intenté agredir a don Alonso. Sólo recuerdo que me cubrieron de cadenas y me transportaron a Gran Canaria

CAPÍTULO SEXTO TENERIFE

«LA MATANZA»

No sé cuánto tiempo estuve encerrado en las mazmorras de la Gran Canaria, acusado del intento de agresión a don Alonso Fernández de Lugo. Tampoco recuerdo los meses que pasé sumergido en los vapores del vino, danzando de tasca en tasca, y teniendo como techo el maravilloso y estrellado cielo isleño. Pude escapar del cautiverio y aún de la muerte, gracias a los oficios, y no me pesa reconocerlo, del capitán Núñez. El orondo oficial y algunos de mis compañeros de armas, intercedieron por mi triste y maltrecha persona, alegando «mis buenos oficios» durante la Campaña de La Palma, y afirmando que lo ocurrido se debía al estado nervioso en que me encontraba debido a «las heridas sufridas».

Pero el excarcelamiento no me libró de mi penitencia. Pues tras abandonar los horribles calabozos de la Villa de Las Palmas, me refugié como un bellaco en los influjos del alcohol, convirtiéndome en uno más de los «desheredados» que poblaban la creciente ciudad. Así me convertí en un asiduo de las tabernas

del lugar, teniéndome que ganar en más de una ocasión el gratificador trago, a base de limosnas, o contando falsas hazañas propias en la lucha del archipiélago. Pero al final me traicionaba mi honradez, y pronunciaba un alegato sobre las barbaries cometidas por el de Lugo. De esa forma me gané el sobrenombre de «el loco».

Insisto en que no recuerdo el tiempo de mi vida, perdido en las estrechas calles de Las Palmas, vagabundeando para conseguir primero un vaso de vino, y después un mendrugo de pan. Así quedé en los huesos, a la vez que sobre mi demacrado rostro había crecido una abundante barba. Pero en vez de hombría, esto último aumentaba mi lamentable aspecto. La Navidad de 1493 fue la peor de toda mi vida. La dormí en la calle, repitiendo obsesivamente el nombre de mi amada Agarfa. Incluso martilleaban mi confusa mente, las estrofas que le había dedicado antes de mi última partida. Ya ni me acuerdo de ellas. Apenas recordé que tras el ancho océano tenía una madre y una hermana en las que pensar.

Sólo llegan retazos a mi mente de aquellos momentos. Pero sí recuerdo cuando la lluvia caía sobre mi cuerpo aterido y dormido. Y como un puñado de indígenas canarios, al verme tan desamparado y abandonado de los míos, me mostraba su compasión dándome un poco de gofio para mi subsistencia. Las limosnas partían de aquellos a quienes nos habíamos propuesto someter.

Ya casi había aceptado el que iba a ser mi destino, cuando los amigos, esos extraños seres que rara vez suele tener uno en su

vida, aparecieron a mi lado.

Me encontraba apurando una jarra del magnífico vino canario, con los escasos fondos de que disponía, y ya mi mente trabajaba para buscar un lugar en el que pasar la noche, cuando una voz conocida me despertó de mis ensoñaciones.

—Hola Pedrito, ¿cómo te encuentras?—. Fue entonces cuando entorné mis cerrados párpados, y tras la espesa bruma que el alcohol había creado ante mis ojos, pude vislumbrar la graciosa cara de mi amigo Gallardo.

—Muchacho, hacía tiempo que no veía tu infantil rostro —tronó una voz a su lado, que reconocí como la de Mario el Portugués—, ¿qué ha sido de tu vida?

Ante la sorpresa, apenas pude balbucir palabra alguna. Tan sólo señalé cínicamente:

—No tengo un maldito maravedí para invitaros, pero tengo aún estómago para tragar lo que me convidéis.

—Pichoncito, lo menos que necesitas es que alguien te brinde unas jarras. Tan sólo que te ofrezcan un buen baño y un jergón donde dormir los cientos de borracheras que llevas encima. —Esa voz procedía de algún punto lejano de la isla, puesto que no acertaba a ver la boca de la cual partía.

Fueron una pesada mano sobre mi hombro y un ligero cachete, los que me volvieron a despertar, para observar el nuevo rostro. Y esta vez pude contemplar con claridad la ahora cara agradable del capitán Núñez.

—¿Qué estás haciendo con tu vida, mozalbete? ¿Crees que

el dulce sabor del vino te dará la solución a tus problemas? Ni siquiera sabes el día que es.

Con la voz balbuceante por el alcohol ingerido, intenté replicar que esa era la vida que yo había elegido, y que nada podía ser peor que servir a un Ejército de asesinos que ponían la Cruz por delante, como excusa para sus ruindades. Pero apenas pude articular palabra alguna.

—Mozalbeta, la única opción que tienes de momento, es salir de este antro y dormir un día entero. Luego, cuando hayas recuperado la cordura, ya hablaremos de tu futuro.

Poco más recuerdo de aquellos instantes, excepto que mi fortachón amigo el Portugués me arrojó dentro de un tonel de agua helada, y me mantuvo dentro lo que pareció una eternidad. Luego, pese a mis protestas, me obligaron a trasegar abundante carne de cerdo salado, tanta que casi la vomité. Finalmente un lecho. Por fin, un lecho. Y toda una vida durmiendo.

Cuando desperté a la vida, descubrí que nos hallábamos en marzo de 1494, y que durante mi ausencia en el limbo, habían ocurrido multitud de sucesos. Entre éstos, destacaba la última acción de guerra de nuestras fuerzas en Benahoare. Según supe a través de los comentarios de peones empeñados en esa empresa, los oficiales se repartieron los mejores bosques y dehesas del país, con una parte nada despreciable en la venta de los prisioneros y las presas de ganado, lotes de maderas y demás productos conseguidos. De la misma forma, hasta nuestros más fieles seguidores fueron vendidos como esclavos, mientras sus

propiedades eran repartidas entre los capitanes.

Así estaban las cosas, cuando los etemamente rebeldes Jariguo y Garehagua (aquéllos que nos hicieran sufrir en el Tinibúcar), en unión de los supervivientes de Taburiente y algunos de los isleños despojados de sus mejores pastos y ganados (obligados a un rudo trabajo para ganarse el sustento), decidieron levantarse en armas. Y es que, tras la salida del Cuerpo Expedicionario, el General había dejado una pequeña guarnición en la nascente ciudad de Santa Cruz de La Palma (en aquellas playas de Tedote), al mando de su sobrino Juan Fernández de Lugo Señorino. Y como los palmenses juzgasen insuficiente esa fuerza, se levantaron en número de trescientos, y tomaron las más ásperas cumbres en un intento desesperado por recobrar la independencia. Pero todo fue en vano: don Alonso mandó a la isla a un oficial, de nombre Diego Rodríguez de Talavera, quien al mando de treinta hombres escogidos, y las milicias de los nuevos colonos de la tierra conquistada, logró convencer a la mayoría de los sublevados con promesas y embustes. El resto fue aniquilado. Así acabó oficialmente la conquista de Benahoare.

Estos hechos me entristecieron enormemente. Agarfa, Butinmara, Tanausú... ¡Cuántos habían pagado con su vida, las ansias de poder y gloria de un puñado de oficiales y clérigos sin piedad! ¡Y cuántos centenares habían perdido para siempre su independencia! La isla había sido ofrecida a los Reyes Católicos, quienes desde entonces comenzaron a llamarse Reyes de las Islas Canarias. El propio don Alonso se reservó para sí el territorio de

Los Sauces, y el patronato de la recién construida Iglesia de San Miguel. Los de Lugo habían hincado bien el diente en la reciente conquista.

Hay otros hechos que creo justo reseñar a esta altura del Diario de mis Desventuras. Y es que aquel «marino loco» que solicitara una de las naves de nuestra pequeña escuadra, cuando nos encontrábamos en Las Isletas prestos a partir hacia La Palma, había logrado dar la vuelta al mundo. Todavía recuerdo las palabras de Pedro Vergara en aquellos momentos, «si la Tierra fuese redonda, caeríamos al vacío». De verdad que el insigne Almirante Cristóbal Colón había roto con el mito de que «el Sol se ponía por Occidente, y más allá el Infinito». Se había superado el Paralelo 28.

Gracias a los buenos oficios de mis compañeros de armas, volví a engancharme en el Cuerpo Expedicionario, que se estaba preparando para una nueva conquista: la isla de Tenerife. La última por conquistar del archipiélago, y donde moraban los temibles y feroces guanches. Recordé su vista dos años atrás, cuando nos dirigíamos a Benahoare, con su forma de pirámide y la gigantesca y nevada montaña en su centro. También surcaron mi mente los comentarios de admiración y de avidez de los oficiales, a nuestro paso por sus costas. Ahora el destino nos enviaba a someterla.

Pero antes de embarcarme en tan nefasta aventura, ocurrió un hecho que es digno de mención en mis trágicas memorias. Sucedió que una noche, mis compañeros me convencieron para que los acompañara a contemplar una especie de función de teatro indígena. Y he de reconocer que fue maravillosa la actuación de

los nativos, los cuales eran unos verdaderos artistas tanto en la danza como en el canto. Y asombrosa era su destreza en manejar el palo, mientras bailaban graciosamente, en lo que parecía ser una danza competitiva. Según pude saber después, los nativos empleaban esta forma de atacarse y defenderse «de forma pacífica», en la celebración de sus casamientos.

En cuanto al baile, los canarios se enfrentaban en lo que parecían dos filas de danzantes, quienes dando graciosos saltitos, se acercaban y alejaban entre sí. Mientras, se entrechocaban los palos como especie de música, para así saltar al compás de la misma. ¿Quién me iba a decir que años después volvería a ver este baile en la Corte de Castilla? (14).

Pero lo que verdaderamente me cautivó de aquella noche pagana, como dirían nuestros clérigos, fueron los cantos con que nos deleitaron los isleños. Y de dos de ellos aún conservo retazos, como recuerdo de una raza que fue y no pudo seguir siendo.

Sus efectos parecían sentidos y lastimosos, y uno de ellos se me antojaba doloroso y triste, a juzgar por la forma de recitarlo: Aicá maragá, aítú aguahae; Maicá guere, demacihani; Neiga haruniti alemalai.

Por los intérpretes pude saber que significaba «Sed bienvenido; mataron a nuestra madre esta gente extranjera, pero ya que estamos juntos, hermano, quiero unirme, pues estamos perdidos».

Comprendí perfectamente que este lamento o endecha canaria, era una alusión a la conquista de la isla, y al sometimiento

de sus habitantes. Pero esto no parecía importarle a los colonos concentrados en la fiesta, que reían, aplaudían y vociferaban al compás de las jarras de vino. Ninguno quería comprender lo que estaba sucediendo, y se limitaban a arrojarles limosnas a los desgraciados isleños.

Aún hubo otro canto que me arrancó las lágrimas, y que me trajo a la mente recuerdos imborrables. Fue un pequeño nativo de la isla de El Hierro, quien con su triste voz entonó este cántico: Mimerahaná zinu zinu; Ahemen aten harán hua; Zu Agarfú fenere nuzá. Una de las palabras pronunciadas por el herreño se me antojó familiar, y pedí que me tradujeran su significado. Este era: «¿Qué importa que lleven y traigan aquí leche, agua y pan, si Agarfa no quiere mirarme?».

La sola mención del nombre de mi amada volvió a sumirme en la desesperación, y abandoné aquella celebración en medio del abatimiento.

En la Gran Canaria, todo el mundo estaba conmocionado con la noticia de la expedición a Tenerife. De esa forma, don Alonso había logrado reunir quince pequeñas naos de transporte, a cuyo bordo iba colocando sus falconetes, picas ballestas y arcabuces, con las municiones y víveres que sus recursos le permitían almacenar para una breve campaña de verano. Era tal el prestigio obtenido por el General tras la conquista de Benahoare, que numerosos aventureros pusieron las armas a su disposición, para la nueva empresa que iba a acometer. Con ello, el Cuerpo Expedicionario recibió un considerable refuerzo de 120 caballos,

compuesto este escuadrón de lo más escogido de la nobleza animal. Por supuesto no podían faltar los intrépidos guerreros canarios, dirigidos por el indomable Maninidra y por el Guanarteme traidor

En esta ocasión, don Alonso tuvo que contraer nuevos compromisos económicos, ya que de todos era conocido el enorme chasco que les causó a sus anteriores socios, el florentino Juanotto Berardi y el genovés Francisco Riverol. Según corrió de boca en boca por la Villa de Las Palmas, las malas artes del de Lugo lograron que, al renunciar a la prometida recompensa de 700.000 maravedíes por la conquista de Benahoare, se le otorgara la capitulación de la conquista de Tenerife. De esa forma, los ricos banqueros quedaron escaldados y sin su parte, maldiciendo el nombre del hasta hacía poco socio militar. Estos sucesos devolvieron a mi mente, las palabras de Pedro Benítez, cuando viajábamos desde Cádiz hasta la Gran Canaria, «los socios de mi sobrino se van a llevar un buen chasco». Ahora don Alonso se tuvo que apoyar en algunos nobles amigos suyos, llegando a solicitar recursos pecuniarios de ricos armadores, seducidos por el resultado de la campaña de Benahoare.

También acompañaban al General, destacados oficiales veteranos de la expedición anterior, como don Lope Fernández de la Guerra, Jorge Grimón, Hernando Trujillo, Jerónimo de Valdés, Andrés Suárez Gallinato, Pedro de Vergara, Ibone de Armas, Francisco Gorvalán, Pedro Guillén Castellano y otros más... En definitiva, que don Alonso reunió en el Puerto de Las Isletas un ejército de más de 1.100 hombres, con el que pensaba tomar en una corta campaña la isla de los Guanches. Y lo peor de todo

es que yo formaba parte una vez más del Cuerpo Expedicionario.

Podría decir en mi descargo que la situación económica en la que estaba inmerso, era precaria, y que éste era el único medio de subsistir. También estaba la lealtad a mis compañeros, que me habían ayudado en mis peores momentos, e insistieron en que les acompañara a la nueva Expedición. Pero el motivo real se encontraba en mi interior: debía matar a don Alonso, y así vengar a mi amada Agarfa y a tantos centenares de inocentes. Sí, debía aguantar y esperar el momento propicio.

En la madrugada del 30 de abril de 1494, todo era un gran revuelo en el Puerto de Las Isletas: cientos de colonos con sus antorchas, daban una irreal sensación de claridad al pequeño espigón de madera, mientras despedían al inmenso Cuerpo Expedicionario. Al mismo tiempo, el viento hacía ondear los banderines colocados a lo largo de la bahía, mientras las naves se movían bruscamente como queriendo soltarse de sus amarras. Nosotros, por nuestra parte, subíamos a bordo de las chalupas que nos conducirían a cada una de las 15 naos de transporte. Echando un vistazo a tan majestuosa flotilla, recordé las tres escasas embarcaciones con las que habíamos partido dos años atrás a la conquista de Benahoare.

A medida que iba aclarando el día, subían a bordo los herreros, carpinteros, alabarderos, labradores, mineros, lo suficiente como para crear una floreciente colonia una vez fuera conquistada la isla. En verdad que el destino de Tenerife y sus guanches estaba decidido de antemano. Y yo iba a contribuir una vez más a sellar

ese destino.

En aquel histórico día de abril, la flotilla partió con la gran masa de hombres y armas en dirección a lo desconocido. En dirección a la última isla de Canarias que restaba por someter, y a la que se creía poder tomar en un corto plazo de tiempo. Y a bordo de los navíos, la euforia era muy grande, o al menos eso creí percibir en la embarcación en que me encontraba. Todos expresaban su optimismo por lo que parecía una presa fácil, a juzgar por las enormes piezas de artillería y la fusilería que llevaba como refuerzo el Cuerpo Expedicionario.

—Vamos a barrer a esos salvajes con nuestros falconetes —manifestaba el capitán Diego de Alarcón, a cuyas órdenes servía yo—. Y si se les ocurre atacarnos en bandadas, nuestros arcabuces darán buena cuenta de ellos. Esta vez no ocurrirá lo mismo que en La Palma.

La Palma. Otra vez volvían a mi mente los recuerdos. Desde luego que los temibles guanches no tendrían oportunidad alguna. Las poderosas armas de fuego que tanto daño habían hecho durante la Campaña de Granada, acabarían rápidamente con cualquier intento de resistencia.

La visión de la isla de Tenerife provocó que todos nos asomáramos a la cubierta para contemplarla detenidamente: una hermosa y gran pirámide que, naciendo en la costa, alta y acantilada, iba ascendiendo con gran pendiente hacia su centro, hasta la inmensa montaña de cumbre blanca que ya observara en mi primera expedición. Mi cuerpo se estremeció ante tan fantasmagórica

visión, y algo en mi interior me hizo presagiar que las cosas no iban a ser tan fáciles como las pintaban nuestros capitanes.

Esa noche no pude conciliar el sueño, en la cubierta, donde todos compartíamos lecho, por lo que decidí reunirme con los numerosos reclutas que nos acompañaban en la expedición. Y he de reconocer que casi me ruboricé ante las miradas de respeto que parecían dedicarme. Las mismas que yo debí dedicarles a Mario el Portugués y al Gallego, cuando les conocí.

—¿Son muy fieros esos salvajes? —Se decidió a preguntarme un rapazuelo de rostro pecoso, que seguro no había cumplido los 16 años. Entonces recordé mis dudas cuando partí de Cádiz en busca de aventuras.

—Pichón —respondí dándole importancia a mis entonaciones—. No es que sean salvajes, puesto que son seres humanos como nosotros. Lo que sí debes tener claro es que todos y cada uno de esos isleños, lucharán hasta la muerte por defender sus hogares. Ellos no son salvajes y nosotros no nos comportaremos como tales.

—Pero esos paganos no creen en Nuestro Señor Jesucristo —replicó otro jovencito—. No es justo que pueblen tan bello territorio sin conocer la palabra de Dios.

Fue entonces cuando mis ojos se nublaron por la ira, y a punto estuve de golpear a ese insensato. Pero tuve la cordura de contenerme, y responder creo que sabiamente: Muchacho, yo llevo ya varios años en estas tierras, y sé lo que me digo. Estos nativos vivían muy felices antes de que nosotros, y los portugueses, y los

normandos llegasen a sus islas. Nosotros cumplimos con una misión evangelizadora, y ellos cumplen con el más elemental sentido de supervivencia.

Los reclutas brindaban con vino, al igual que yo hiciera años atrás, y me convidaron a una jarra que a punto estuve de aceptar. Pero no, el alcohol había sido culpable de muchos de mis males, y con una disculpa rehusé, dirigiéndome a la popa del barco. El aire fresco de la noche, pues ya había anochecido, contribuyó a aliviar los ardores que castigaban a mi febril mente. Y como un fantasma, repitiéndose el pasado reciente, el Portugués volvía a ser el ave de compañía de tan inciertas horas:

—¿Te sientes mal, muchacho?

—No, sencillamente quería estar solo... Pero esto no te incluye a ti —respondí rápidamente a modo de disculpa—. Es la tensión que precede a una nueva aventura que no sé cómo va a finalizar.

—Es lógico. Hasta yo, con numerosos combates e incursiones en tierras infieles, siento el mismo temor ante una nueva acción. No te preocupes por eso, es natural.

Estuvimos el resto de la noche recordando hechos pasados y confirmando nuestra voluntad de salir ilesos de la expedición. Eso sí, como en un pacto secreto, rehusamos hablar del General. Así amaneció el 1 de mayo de 1494, en unas costas que los nativos de la isla llamaban de Añaza, y que nuestros oficiales parecían conocer bien. Y como no se descubriese a persona alguna en el lugar, don Alonso ordenó que el Cuerpo Expedicionario subiese

a las lanchas que nos transportarían a tierra. El desembarco se realizó en una especie de charca natural, situada a la izquierda de un barranco llamado de Añago por los naturales, según supe después.

Una vez que tomamos tierra, los capitanes tomaron las oportunas disposiciones para evitar cualquier posible ataque de los guanches. Fue entonces cuando envuelto en una aureola imaginaria, desembarcó el General, con una tosca Cruz de madera entre sus brazos. Y tras caminar varios pies, eligió un lugar en la orilla de aquel estrecho y empinado lugar, para colocar la citada Cruz. Esto fue realizado con gran ceremonial por parte de nuestros religiosos.

Tras ser cumplido tal requisito, los peones comenzamos a levantar empalizadas, abrir fosos y elevar terraplenes, en previsión de cualquier sorpresa de los indígenas. Aunque todo ello se realizó lentamente, como si no existiera temor alguno, lo que me hizo recordar los tiempos del desembarco en Tazacorte.

Una vez acabado este trabajo, comenzaron a ser transportados a tierra los víveres y las municiones, a la vez que se levantaban los almacenes que los pondrían a cubierto del sol y la lluvia. Fue tras finalizar esta dura tarea, cuando los sacerdotes improvisaron un altar junto a la Cruz, y todos fuimos obligados a escuchar la celebración de la Misa de Campaña.

Finalizada la Misa, y tras ser desembarcada toda la artillería y el escuadrón de caballos, don Alonso se reunió con el Guanarteme traidor y su ágil hermano Maninidra, en lo que parecía ser un

consejo de guerra. Al mismo se unieron los principales oficiales de la expedición. Mientras, yo me dediqué a recorrer con la vista la playa de Añaza. Al igual que la de Tedote, el llano inicial en que nos encontrábamos ascendía lentamente hacia las estribaciones de las montañas que nos rodeaban, como si se tratase de un anfiteatro romano. Todo ello cubierto por un inmenso pinar, al que no se le veía el final. Y la subida de aquella pronunciada cuesta, estaba ocupada por densos matorrales de hasta cuatro varas de altura, lo que hubiera permitido a un ejército de isleños ocultarse sin que nos percatáramos de su presencia.

Hacia la empinada cuesta partió instantes después el tal Fernando Guanarame, seguido de todos sus guerreros canarios, en lo que parecía una misión de reconocimiento. Junto a ellos iba el intérprete Guillén Castellano. Y, mientras veía a tan intrépidos isleños perderse por aquellos cerros, volví a mis ensoñaciones.

—Hermoso lugar, muchacho. —Me devolvió a la realidad el Portugués.

—Hermoso sin duda, y qué tranquilidad se respira en él. Respondí extasiado.

—Sí, eso pensó hace escasamente cuatro años, el Gobernador de la Gran Canaria y eterno enemigo de nuestro General, don Francisco Maldonado.

—Hace cuatro años... ¿Qué ocurrió?

Esbozando una cínica sonrisa, pues me había llevado a su terreno, comenzó a relatar: —No supondrás que somos los primeros en tomar tierra en esta isla. Antes estuvieron los

normandos, que pagaron con muchas vidas su osadía. Y otro tanto les ocurrió a los portugueses. Pero tampoco nosotros salimos bien parados, puesto que hace cuatro primaveras, don Francisco de Maldonado se unió al responsable de la Jurisdicción Civil y Criminal de la isla de Fuerteventura, don Pedro Fernández de Saavedra, y juntos intentaron tomar Tenerife. Y las tropas de Maldonado, formadas por 150 soldados entre castellanos y canarios, tomaron tierra en este lugar en que nos encontramos, y que pertenece al reino de Anaga.

—¿Anaga? —pregunté.

—Sí, así es como se llama el pedazo de isla en que se encuentra esta rada natural. Pues como te decía, Maldonado al no ver ninguna alma pagana que asomara por esa cuesta, llena de matorrales y difíciles pasos, decidió no esperar a que desembarcara Saavedra con sus milicias de Fuerteventura, y principió a subirla. Y justo cuando se encontraba en el sitio más peligroso —me señaló el mismo—, los anaguenses a las órdenes del rey Beneharo, comenzaron a lanzarle piedras y dardos, mientras vociferaban sus horribles gritos. Suerte tuvo el Gobernador de que Saavedra llegase con los refuerzos, para así retirarse con los heridos resultantes de tan sangrienta refriega. Pero cien de nuestros hombres quedaron muertos en esta maldita cuesta.

—¿Y vos cómo sabéis todo eso? ¿También os lo contaron?
—pregunté ingenuamente.

—Todo lo contrario. Yo formaba parte de las fuerzas de Saavedra, y muchos de los muertos eran compañeros míos.

Además, debo decirte que después de la batalla, el Gobernador ha hecho célebre la frase «no más pleitos con los guanches».

—¿Y no creéis que esto se vuelva a repetir con nosotros?

—Interrumpí mientras observaba fijamente la cuesta, que ya acababan de sortear los auxiliares canarios de Maninidra.

—Recuerda La Palma, muchacho. Primero, tenemos un poderoso ejército con abundante artillería. Y luego, cuenta con el factor de la traición, que tan buenos resultados le ha dado a nuestros jefes.

Eran ciertas las palabras del buen amigo Mario, pues la traición era algo que desgraciadamente solía aparecer entre almas tan nobles como las isleñas. Y ya sospechaba que algunos de los reyes de la isla podrían estar predispuestos a apoyar nuestra causa.

No esperó don Alonso a que Fernando Guanarteme y sus guerreros canarios volvieran de su expedición, sino que casi inmediatamente ordenó al capitán Gonzalo García del Castillo que partiese con veinte jinetes y treinta peones hacia el Norte, a un lugar conocido como Valle de Agüere. La misión de este oficial era la de examinar el terreno y apoderarse, si era posible, de algún isleño que le pudiese informar sobre la situación política del país.

Mientras, nosotros continuamos con las obras de construcción del Real, y aprovechamos las ruinas de una antigua Torre, que debió haberse levantado años atrás por manos europeas. Dicha tarea fue interrumpida en el justo momento en que se nos repartió un rancho en frío, que fue regado por una buena ración de aguardiente. Sin embargo, yo rehusé a mi parte del licor, que

cedí a mi amigo Gallardo.

En cuanto al General, no paraba de dar vueltas alrededor del recién creado perímetro, supuse que esperando el regreso de los grupos que habían partido en misión de exploración. Y yo no lo perdía de vista, esperando el momento propicio.

No fue hasta la tarde del mismo día, en que el Guanarteme y los suyos volvieron de la expedición, y a juzgar por el risueño rostro que mostraba, las nuevas que traía debían de ser buenas. Pero nada pudimos saber al respecto, ya que el antaño reyezuelo indígena bajó de su caballo, y penetró como un rayo en la tienda del General. Mientras, todos nos agolpamos como posesos alrededor de dicho habitáculo, en la lógica curiosidad por saber lo que se hallaba tras aquella empinada cuesta. Y tal fue la expectación, que comenzamos a barajar las más insólitas hipótesis, llegando a imaginar alguno de los reclutas que los reyes de la isla, comprendiendo el poderío de nuestras armas, habían decidido someterse a la autoridad de nuestros Reyes.

Poco duró la incertidumbre, pues las lenguas no suelen estar calladas en tierra extraña, y la indiscreción aflora por todos los agujeros. Así supimos que el Guanarteme pudo hablar con el rey de Anaga, Beneharo II, hijo de aquel Beneharo que cuatro años atrás derrotase al Gobernador Maldonado. Y dicho reyezuelo fue seducido por las promesas de nuestro General, que le «ofrecía» honores y preferencias sobre los demás reinos de la isla, siempre y cuando colaborase con nuestra causa. De esa forma, ya desde el primer día de campaña contábamos con un Mayantigo, un aliado

que sellaría los destinos de su patria.

Con la lógica alegría por este apoyo, que hacía presagiar una campaña muy corta y sin derramamiento de sangre, todos nosotros comenzamos a instalar los vivaques. Ya casi anochecía, cuando el capitán Gonzalo García del Castillo regresó al Campamento. Y como presa traía decenas de cabras y ovejas de pelo corto, hecho que nos satisfizo enormemente, puesto que aumentaba nuestras recién desembarcadas provisiones.

En medio del clamor por la captura de tan inesperado botín, don Alonso se acercó al victorioso oficial, y le preguntó en alta voz:

—¿Habéis visto a algún guanche?

—Sí, mi General, algunos pastores que escaparon por entre los riscos al vernos. Este ganado les pertenecía —respondió el duro capitán.

—¿Y cómo es el valle de Agüere? —volvió a preguntar don Alonso.

—Es muy hermoso. Allí se podría construir una ciudad de ensueño. Es un verdadero paraíso.

Poco más ocurrió en aquella jornada del 1 de mayo de 1494, en la que sólo la paz y la confianza parecían dominar en el recién construido Real de Añaza, y donde la tosca Cruz de madera parecía actuar de centinela ante cualquier amenaza. Aquella noche, he de reconocerlo, dormí largamente.

A la mañana siguiente y muy temprano, mi capitán Diego Alarcón y su hermano Martín, escogieron setenta hombres entre

peones y caballería, con los que partieron a realizar un reconocimiento hacia un lugar llamado Tegueste. Sin embargo, yo no me encontraba entre los escogidos, puesto que hacían falta muchas manos para finalizar la construcción de los almacenes, necesarios para la protección de los numerosos pertrechos. Así, estuvimos todo el día talando los hermosos pinos canarios, cuya madera era fundamental para dicha labor.

Era ya muy tarde cuando el grupo regresó al campamento, con una buena presa de ganado, lo que arrancó de nuestras gargantas, gritos de satisfacción. Satisfacción que se tomó en sorpresa, al comprobar que los nuestros traían otro botín: una hermosa isleña con un niño en brazos.

—¿Dónde has conseguido semejante preciosidad? —Tronó la cínica voz de Pedro Benítez—, ¿te la han regalado los paganos, Diego de Alarcón?

—A buena fe que no, viejo amigo —respondió sonriente el aludido—. Esta fierecilla se encontraba con su niño cuidando el ganado. Y el que parecía ser su marido, huyó trepando como un conejo por entre aquellos riscos. Ella no pudo hacerlo por su hijo.

—Pues da la impresión de que os ha hecho sudar esta hembra —puntualizó Francisco Gorvalán, observando las cadenas a los pies de la prisionera.

—La verdad es que pese a tener un brazo ocupado, esta indígena tuvo en un brete a cinco de mis hombres —respondió Diego de Alarcón mientras descabalgaba—. Nos ha costado mucho reducirla sin tener que matarla.

Lo cierto es que la joven guanche poseía una hermosura sin igual. Era muy alta y musculosa, con una larga cabellera rubia, y lejos de mostrar temor, nos miraba con ojos desafiantes. Tanto era así, que daba la impresión de que si no fuera por los pesados grilletes que le atenazaban los pies, nos destrozaría a todos. Su impresionante cuerpo estaba cubierto por una especie de saco de piel de oveja, sin pliegues, ni collar ni mangas. Todo ello tan primorosamente adobado y tan sutilmente cosido, que no era fácil adivinar el lugar de la costura. Dicho vestido estaba cerrado por delante, existiendo sólo una abertura a los lados para sacar los brazos. Asimismo, la indómita isleña llevaba unas sayas de cuero gamuzado que le caían hasta sus encadenados pies.

Poco tiempo estuvimos contemplando el espectáculo de tanta belleza y bravura, pues el General ordenó que la prisionera fuese conducida a su tienda, donde sería interrogada por el intérprete Guillén Castellano, hombre este muy apreciado por todos. Mientras tanto, nosotros comenzamos a levantar unas cercas en las que encerrar el ganado capturado.

Fue en la noche, alrededor de una de las numerosas hogueras encendidas en el recinto del Real, cuando pudimos saber algo sobre las costumbres de los habitantes de la isla, a los que íbamos a someter. Para ello contamos con la presencia del intérprete Guillén Castellano, persona con la cual habíamos trabado una gran amistad.

—¿Ha dicho muchas cosas la prisionera? ¿Nos tendremos que enfrentar a muchos guerreros guanches? —Preguntó socarronamente mi amigo el Portugués.

Y tras meditar largamente, el interpelado respondió con mucha cautela:

—Lo cierto, mi buen amigo, es que no puedo mencionarte nada sobre las hipotéticas fuerzas a las que vamos a enfrentarnos. Pero he de señalaros que me he sentido sorprendido por la sencillez de estos paganos.

—¿A qué te refieres? —Preguntó Gallardo.

—Pues me refiero a su religión, que casi se podría decir que tiene algunas semejanzas con la nuestra. Y que Dios me perdone —acto seguido procedió a santiguarse—. Pero eso es lo que me ha parecido.

—Si te oyera el Canónigo de Canarias, te mandaría quemar al instante por hereje —replicó burlescamente Diego Núñez, que se acababa de incorporar a nuestro corro.

—Pero es la verdad. Esa asustada indígena casi nos tomó por lo que ellos creen que es el Demonio —se volvió a santiguar, y nosotros también—. Para ellos, el espíritu del Mal está personificado en un ser llamado Guayota, el cual está encerrado en las entrañas del Echeyde. Así es como llaman a esa gigantesca montaña de pico nevado. Es su infierno, y cuando entra en erupción les inspira un terror indecible. Por eso, la nativa pensó en un principio que éramos Guayota, y que habíamos escapado de Echeyde.

—Pero ya se habrán dado cuenta de que no somos demonios—. Intervine yo.

—No lo creo, pues según la prisionera, la mayor parte de

los nativos de la isla están ofrendando a los pies del Echeyde, frutos y leche para apaciguar a Guayota.

—¿Y en qué decís que se parecen sus creencias a nuestra verdadera religión? —Preguntó uno de los novatos que me había convidado el día anterior.

—Sencillamente, que según su doctrina, Dios que para ellos es Acorán, había formado al hombre y a la mujer con agua y tierra, dándoles ganado para su alimento. Y después, habiendo determinado dar vida al mayor número de hombres sin aumentar el ganado, les dijo a aquéllos: «servid a esotros y daros han de comer». Esto me recuerda algunos pasajes del Antiguo Testamento.

—No blasfeméis con el nombre de la Biblia —estalló un recluta de pelo muy corto y ojos azules—. En ningún momento podréis comparar las Sagradas Escrituras con los cultos demoníacos de esos salvajes.

El intérprete Guillén Castellano tragó saliva, miró a los ojos del exaltado, y tras dudar unos instantes, continuó con el relato:

—También tienen lo más parecido a nuestras monjas de clausura, las cuales viven en comunidad. Y una especie de sacerdotizas, que administran a los recién nacidos una especie de bautismo en las grandes cuevas en que habitan. Ellas son las que se ocupan de las enseñanzas de los más jóvenes.

Tras miramos a todos lentamente, a través de las rojas llamas de nuestra hoguera, remató:

—Los guanches tienen una especie de consejeros, a los que llaman Guañames, que ejercen como agoreros. Dicen que adivinan

el futuro por la dirección del humo y el balido de las ovejas. Y según la prisionera, ya hace tiempo que los guañames adivinaron que íbamos a venir, por estas fechas y a través del mar.

Estas palabras nos dejaron mudos a todos los que nos encontrábamos alrededor del intérprete. Junto a las demás hogueras, sólo escuchábamos las carcajadas y algarabía del resto de nuestros compañeros de armas. Fue nuevamente el Portugués quien rompió el silencio: Todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Son muchos nuestros enemigos?

—Sí y no. Pues al igual que La Palma, esta isla, que es llamada Achinech por sus habitantes, está dividida en nueve reinos. Aunque según nos contó la prisionera, no siempre fue así. Hace unos cuarenta años, la isla estaba bajo la soberanía de Tinerfe el Grande. Pero en su vejez, siendo padre de 9 hijos, vio atacada su autoridad por el primogénito, conocido con el nombre de Betzenuya, quien devorado por una impaciente ambición se enseñoreó del hermoso distrito de Taoro, donde estableció su capital. Sus hermanos se dividieron el resto de la isla, quedando como resultado estos nueve cantones. Como sabéis, ahora nos encontramos en el menceyato de Anaga (15).

—¿Has dicho menceyato? —Pregunté con curiosidad.

—Sí, los reyezuelos de esta isla reciben el nombre de Menceyes. Por ello supongo que sus estados serán menceyatos. Ellos son los únicos propietarios de la tierra, donde pastan los ganados de sus vasallos. Aunque la demarcación de sus límites, ha sido motivo de numerosas guerras entre ellos. Con ello quiero

decir que no hay una unidad, al igual que ocurrió en La Palma.

Otra vez reinó el silencio. Pero esta vez fue definitivo, porque como si obedeciéramos a una orden imaginaria, nos fuimos todos a nuestras tiendas. El cansancio originado por las obras de construcción del Real, pudo más que nuestra natural curiosidad.

A la mañana siguiente, don Alonso ordenó que una pequeña partida marchase en dirección al poblado de Anaga, con la intención de recabar un refuerzo de guerreros anaguenses, que nos guiasen en la expedición prevista hacia el interior de la isla. Y en dicho grupo tuve la suerte de contarme, acompañado por el intérprete Guillén Castellano, y por varios de los canarios dirigidos por el fiero Maninidra. De esa forma, nos vimos muy pronto empeñados en la dura subida por aquella áspera cuesta que cercaba al Campamento de Añaza. Y a partir de ahí, penetramos a través de estrechos valles escondidos en profundas gargantas, y numerosos barrancos de perfiladas crestas. Todos ellos cubiertos de matorrales, tabaibas y cardos que nos dificultaron enormemente la marcha. Fue cercano el mediodía cuando nos encontramos con una serie de surcos, todos ellos plantados con habas y cebada, lo cual nos dio a entender que los nativos conocían perfectamente la agricultura. Más adelante descubrimos unas pequeñas plantaciones de centeno. Y alrededor de estos cultivos no se observaba una ristra de hierba. También hallamos varios arados, hechos con palos de tea y cuernos de cabra, los cuales posiblemente fueron abandonados por sus dueños tras descubrir nuestra presencia.

No nos detuvimos en el lugar, sino que continuamos la

marcha sorteando los campos cultivados, teniendo mucho cuidado de no dañarlos. Y al poco, nos topamos con una partida de guerreros guanches, armados todos ellos con una especie de varas tostadas y aguzadas en forma de lanza, a las cuales supe después que llamaban banotes. Eran unos treinta a lo sumo, hercúleos y de agradable fisonomía. Aunque lo más importante para nosotros, es que nos esperaban sonrientes, y sin ánimo de lucha.

Todos vestían igual que la indígena prisionera, excepto las sayas que debían ser prenda de mujer, e iban protegidos por una especie de escudos fabricados de una madera desconocida. Su aspecto era fascinante, tan altos, tan fuertes, tan blancos de piel. Al frente de ellos se encontraba un indígena de alta estatura y muy larga cabellera rubia, cara ancha y baja, frente muy inclinada y nariz ancha y robusta. Supuse equivocadamente que era el Rey Beneharo, pero más tarde supe que se trataba de uno de sus Sigoñés, como designaban a sus capitanes.

He de decir con respecto a los banotes, pues más tarde lo pude averiguar con mis propios ojos, que tenían una especie de muesquecitas a trechos, y con dos manzanas en medio, en las que encajaban la mano para que no desdijese, y para que fuese con más fuerza el golpe. Con éstas peleaban a manteniendo, después de que habían cerrado los unos con los otros, y dando el golpe quebraban la muesquecita para que la punta quedase en la herida.

En aquel lugar encontramos una serie de chozas de piedra seca con techumbre de piel y paja, las cuales no se hallaban habitadas. Y hacia una de ellas se dirigió el Sigoñé, seguido del

canario Maninidra y del intérprete Guillén Castellano, tras las presentaciones de costumbre. Allí departirían mucho tiempo sobre la iniciada alianza.

Mientras, los anaguenses mostraron ser unos verdaderos anfitriones, regalándonos gofio, dátiles, frutos de zarzas y piñones, los cuales engullimos con satisfacción, pues la apurada marcha nos había abierto el apetito. Y he de añadir en estas mis memorias, que el gofio de los guanches era delicioso, habiendo sido elaborado con la cebada y las habas cultivadas en los campos isleños, una vez trituradas con una especie de molinillos de piedra. Aquel día comí el gofio con leche y con manteca de cerdo, siendo su sabor exquisito. Nosotros, por nuestra parte obsequiamos a los nativos con los bizcochos que nos habían dado para la marcha, sintiéndose contentos con el alimento.

Así estuvimos, tratando incluso de iniciar un diálogo con tan enormes guerreros, hasta que salieron de la cabaña los tres responsables de la alianza. Luego, tomaríamos el camino de vuelta hacia el Real de Añaza, llevando como refuerzo a nuestros nuevos compañeros.

Fue a la mañana siguiente muy temprano, cuando don Alonso dio la orden de que el Cuerpo Expedicionario formase en orden de marcha. De esa forma, todos fuimos arrancados de las garras del sueño, a través de los gritos ininteligibles de los oficiales. Y en medio de aquel caos de órdenes y aullidos humanos, corrieron de boca en boca los más disparatados rumores, como el de que los guanches nos iban a atacar. Pero todo fue pasajero. Rápidamente

y con gran disciplina, fuimos formados por compañías, siéndonos entregado el armamento correspondiente.

Alrededor de don Alonso se encontraban los treinta guerreros anaguenses, quienes parecían haberse convertido en su propia guardia personal. Mientras, don Pedro Benítez realizaba el recuento y comprobación de todos los efectivos movilizados. En eso, el General reparó en mi presencia, y se acercó. Me contempló largo rato, como quien observa una cabra camino del matadero. Por mi parte, contuve como pude mis deseos de saltar a su cuello. Sencillamente, le miré a los ojos intentando aparentar la mayor humildad posible.

—¡Vaya, Escobar! ¿Todavía tienes ganas de matarme? Me preguntó socarronamente.

—Al contrario, don Alonso. Siento mucho el incidente ocurrido en Tzacorte. Todo fue por culpa del alcohol consumido —realmente hice una magnífica interpretación teatral—. Pido humildemente disculpas, por cualquier mal que le hubiera causado a mi General.

Me miró fijamente, como queriendo creerme, y me dijo:

—Espero que el vino no vuelva a turbar tu mente, ni a crear nuevos intentos criminales.

—Le juro don Alonso, que no he vuelto a probar el alcohol desde entonces. Jamás me perdonaré lo que hice, aunque sí espero que vos lo hayáis hecho —me miró como a un perro sumiso—. Me comprometo a dar mi vida por vos, si eso os place.

—No hará falta, muchacho —me palmeó el hombro—.

Creo que haré de ti un buen soldado. Y además, un hombre rico cuando acabe sometida esta isla.

Luego se dirigió al Guanarteme, y le dijo en alta voz: Mi buen don Fernando, una vez más vamos a comprobar de qué temple están hechos nuestros enemigos, los enemigos de la cristiandad. Por ello, qué mejor jugada que dirigimos hacia su corazón, como hicimos en Agaete y en Taburiente. Es hora de mostrar quienes somos y la fuerza divina que nos ilumina y nos guía.

Tras dejar a unos 300 hombres al cuidado del Real, puso a la vanguardia del Ejército al fiero Maninidra con sus guerreros canarios, sirviéndole de guías los nativos anaguenses. Tras ellos iba don Pedro Benítez, con el grueso de los peones del Cuerpo Expedicionario, entre los que me contaba yo. Y recuerdo que me volví a fijar, antes de meterme de lleno en la maldita y áspera cuesta que rodeaba el Real, en las ruinas de aquel Torreón, que nos habían servido como ayuda en la construcción del Campamento.

—¿Qué lugar es ese? ¿A quién perteneció? —Le pregunté al Portugués.

—Esas ruinas que observas, fueron la primera fortificación que se edificó en esta isla, de las manos del antaño mi Señor don Diego de Herrera. Y por la desidia de sus moradores, fue destruida a manos de los isleños.

Comenzamos a subir la enorme y empinada cuesta, seguidos de los hombres de caballería, que arrastraban a sus monturas a pie. Entre ellos se encontraba el General, que no podía disimular

su pesar por este impedimento.

—Mario, vos que lo sabéis todo sobre este archipiélago, ¿cuál es la historia de este Torreón? —Insistí a mi viejo amigo.

—Es la historia de siempre. Don Diego de Herrera convenció a los guanches, hace unos treinta años, de la necesidad de establecer un tráfico regular de productos entre ambas razas. Y para dichas operaciones, convenció al reyezuelo indígena de que le dejara construir un almacén o casa, para que se pudieran albeigar los encargados del negocio. Y los isleños consintieron, sin pensar que aquel primitivo Torreón se iba a convertir en una Fortaleza.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Eso te lo puedo contar yo, muchacho —intervino el demacrado Gallego.

—¿Estuvisteis vos aquí? —Pregunté.

—El gobernador Fernán Peraza, hijo del propio Herrera quedó con muchos soldados al mando del Fuerte —continuó sin prestarme atención—. Y llegó a un acuerdo con los anaguenses: si algún español agraviase a un isleño, sería entregado al Mencey para su castigo; y si por el contrario fuese el guanche el agresor, se le sometería al jefe del Fuerte para ser juzgado según las leyes de Castilla.

—¿Qué ocurrió? —Volví a preguntar.

—Lo de siempre. El reyezuelo de Anaga de aquel entonces, Serdeto, se quejó de que mientras él trataba con benevolencia a aquellos españoles que cometían algún delito, el Gobernador ahorcaba a los guanches que se entregaban a su justicia. Por ello

reunió un numeroso cuerpo de guerreros, que atacaron el Fuerte, el cual fue evacuado por la noche y demolido por los guanches al día siguiente.

Luego de relatar estos hechos, el Gallego se alejó de mí subiendo con gran agilidad la maldita cuesta, que tantos tropiezos ya nos había costado. Me imaginé las fatigas que debieron haber pasado los hombres de Maldonado, cuatro años atrás. ¿Y quién nos decía que los guanches no estarían esperándonos ocultos en la inmensa vegetación? ¿O sobre aquellas alturas? Todos mirábamos los rincones de aquella empinada subida, aún a costa de seguir tropezando. Y otro tanto les ocurría a los caballeros, cuyas monturas resbalaban continuamente, arrastrándolos. Desde luego que yo no perdía de vista el final de aquella apurada cuesta, sujetando con fuerza la espada del Abuelo. Y así estuve, aún después de ver en lo alto el risueño rostro de Maninidra.

Fue tras muchos e indecibles sufrimientos, y tras sortear una altura tras otra, en las cuales dejamos una buena parte de nuestra vida, cuando llegamos hasta el lugar conocido como Valle de Aguerre. Un inmenso y fértil llano en medio de tantos barrancos, tantas montañas, tantas fatigas. Lo que antiguamente fuera una laguna de aguas límpidas, ahora era un oasis entre tantas escarpadas y difíciles alturas. Y hacia allí nos dirigíamos.

Apenas habíamos comenzado a soltar nuestra impedimenta, jadeantes y agotados por la subida, cuando dos guerreros anaguenses se acercaron hasta nuestras filas, en un trote tal sobre aquel duro terreno, que me hizo recordar a las cabras salvajes. Los

recién llegados traían un gesto de preocupación marcado en su rostro, y a grandes gritos pedían hablar con el General, o al menos eso interpreté en aquellos instantes. Lo cierto es que los indígenas fueron llevados ante don Alonso, encargándose de traducir sus palabras el intérprete Guillén Castellano.

Mientras, nosotros recibíamos en nuestras caras el aire fresco de Achinech, que contribuía a secar las gruesas gotas de sudor que caían a raudales.

—Un buen lugar para levantar una ermita —escuché que decía el Canónigo de Canarias a los Frailes Agustinos, Pedro de Cea y Andrés de Goles.

Dichas palabras hicieron que me quedase largo rato observando la rechoncha figura del Religioso, que no atendía más que a sus asuntos eclesiásticos, sin importarle nada la vida que discurría a su alrededor, ni el daño que su pesada Cruz estaba a punto de realizar. Al igual que había ocurrido en Benahoare.

—Atención a todos. Que nadie se aparte de las filas, ni suelte las armas de la mano —este grito partió de la ronca garganta de don Pedro Benítez, y me caló en el alma.

Algo estaba a punto de ocurrir, pues los capitanes comenzaron a aprovechar los lugares del terreno favorables para la defensa. Fue entonces cuando llegamos a la conclusión de que el enemigo se acercaba, y no precisamente con buenas intenciones.

Muy pronto salimos de la incertidumbre, pues al poco apareció un inmenso grupo de guerreros guanches, perfectamente armados y con un aspecto impresionante, los cuales se dirigían

hacia nosotros.

Esta inesperada aparición nos paralizó a todos, tanto que sentí como cada uno de los miembros de mi cuerpo se negaban a obedecer las órdenes de mi mente. Y mis ojos contemplaban ateridos e inmóviles, cómo aquella masa de hombres semidesnudos y armados, se acercaban sin mostrar el más mínimo temor a nuestras fuerzas. Esta vez no iba a ser como en la Fuente del Pino. Esta vez lo teníamos más difícil. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, pude girar la cabeza y contemplé al General y su cohorte, igual de quietos que yo, casi sin pestañear. Parecía que hasta los caballos se habían convertido en piedra. Y los guanches seguían acercándose en correcta formación.

¿A qué esperaba don Alonso para dar la orden de ataque? Recordé que no habíamos cargado con la artillería. Teníamos que hacer algo antes de que se nos echasen encima. Por fin un sonido. El caballo del General relinchó, aparentando temer lo que estaba a punto de ocurrir. Y como si de un milagro se tratase, los más de cuatrocientos isleños se detuvieron a unos quinientos pies de nuestras fuerzas.

Estábamos tan cerca unos de otros, que pude contemplar como un guerrero de altísima estatura, más fomido que el Portugués, y con largos cabellos y barba, se dirigía a los suyos y les decía algo que arrancó risas sonoras. Indudablemente se estaban burlando de nosotros, y juzgué que se debía a nuestra inmovilidad. Esto provocó que don Alonso reaccionara, y ordenase al intérprete Guillén Castellano que se acercara al nutrido grupo de isleños,

para explorar sus intenciones. Como escolta de tal misiva, el General escogió al azar a un peón llamado Pedro Mayor y... ¡a mí!

¿Qué cómo ocurrió? Todavía resuenan las palabras de don Alonso en mi cabeza. El de Lugo sabía que esta era la mejor ocasión de enviar una embajada de paz a las llamadas tribus hostiles de Achinech, y, para no dejar sólo al desgraciado intérprete, juzgó que debía ir acompañado por un hombre de su total confianza, tal era el citado Pedro Mayor, quien se habría de llenar de mayor gloria. Luego siguió buscando entre las filas, y se fijó en mi rostro, comenzando a sonreír.

—Muchacho, ha llegado la hora de que me demuestres tu lealtad—me dijo mientras su dedo gordezuelo apuntaba hacia mi cabeza.

Quizá don Alonso confiaba en mí. O quizás me mandaba a lo que él creía una muerte cierta. El hecho es que, «los dos elegidos» fuimos tras el intérprete, tropezando numerosas veces en aquel corto trecho, y no por las dificultades del terreno, sino por el miedo que se había apoderado de nuestras temblorosas piernas. Tanto fue así que pisoteamos unos sembrados de trigo, de espigas grandes y doradas, sin percatarnos en un principio de su existencia.

En breve espacio de tiempo, que me pareció una eternidad, llegamos hasta el numeroso grupo de guanches que parecía desafiar la autoridad de los Reyes Católicos. De entre ellos sobresalió aquel isleño alto y fuerte, que había provocado las risas de los suyos, quien se acercó confiadamente y con decisión a nosotros. A su paso, los indígenas se postraron en el suelo y le limpiaron con el

tamarco el polvo de sus pies, para besárselos después. Indudablemente, nos encontrábamos frente a uno de los reyes de la isla (16).

Tras llegar a nuestra altura, rodeado de tres de sus hombres, nos miró desafiante a cada uno de nosotros, con una sonrisa idéntica a la de un padre cuando va a reprender a su hijo. Y he de reconocer que me turbé, y agaché la cabeza como si hubiera cometido una falta infantil.

Luego, golpeó con fuerza el suelo que pisaba, utilizando para ello una especie de lanza de gran tamaño, diferente a los banotes que empuñaban sus acompañantes. Más tarde supe que dicha vara era algo así como el Bastón Real, llamado Añepa, el cual servía para anunciar su presencia. Pero desde luego no necesitaba anunciar su presencia. El miedo nos impedía alejar nuestra vista de su fiero rostro.

Fue el intérprete Guillén Castellano quien se acercó más a aquel enorme isleño, y comenzó a hablarle en el dialecto guanche. Y una vez terminada la breve alocución, el rey nativo le dijo algunas palabras a uno de sus acompañantes, un indígena más joven aunque igual de hercúleo. Su rostro poseía unos rasgos que se me antojaron semejantes a los de su superior.

Poco duró el diálogo, pues inmediatamente y con dura voz, el monarca nativo le dio su respuesta al intérprete, señalándonos con su Añepa, no sólo a nosotros sino a todo el Cuerpo Expedicionario. Mientras, esbozaba una desafiante sonrisa que nos sumió más en el miedo. Luego, Guillén Castellano regresó a nuestro

lado, y con rostro serio nos empujó a toda prisa hacia nuestras fuerzas.

Tras regresar, sin dejar de perder de vista nuestras espaldas, don Alonso se acercó de forma impaciente a nosotros, y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Castellano? ¿A qué grupo pertenecen esos indígenas?

—Mi General, —respondió todavía jadeante—, nos encontramos frente a las fuerzas de Bencomo, rey de Taoro, quien se encuentra entre los suyos.

—Bencomo... —dijo en voz baja y con actitud pensante, don Alonso— Ya me han advertido sobre él. ¿Y qué es lo que ha dicho sobre nuestra propuesta de paz?

Guillén Castellano tragó saliva, antes de responder:

—El rey Bencomo asegura que acepta nuestra proposición de paz. Pero con la condición de que evacuemos la isla.

Esta respuesta enfureció al General, que al instante prorrumpió en una sarta de insultos dedicados al rey guanche. Y sobre la marcha quiso ordenar un ataque sobre los isleños. Pero su pariente Pedro Benítez, más ducho en los asuntos de guerra, observó lo desventajoso de nuestra posición y le aconsejó que continuara con la vía diplomática.

—Castellano —volvió a la carga don Alonso—. Regresa otra vez allá, y explícale a ese Bencomo que nuestra expedición sólo tiene por objeto proponerle la paz y amistad de nuestro país; y que se someta a la autoridad de los poderosos Reyes de Castilla y Aragón; y que acepte nuestra Religión. A ver si ahora es tan

arrogante.

Muy duras proposiciones, pensé para mis adentros, pero realmente no se distanciaban mucho de las aceptadas mayoritariamente en Benahoare, e incluso por los guanches de Anaga... Así, nos dirigimos nuevamente hacia el ejército isleño, esta vez presignándonos por lo que nos pudiera ocurrir:

Otra vez nos encontrábamos frente a frente con el rey Bencomo, y con los suyos. Ahora, pude contemplarlo con más detenimiento y menos miedo. El Mencey indígena iba cubierto con un tamarco de pieles admirablemente gamuzadas, y teñidas de varios colores. Sus pies llevaban unas calzas, que más tarde supe que se llamaban huimas, y unas abarcas de nombre xercos. En cuanto a sus acompañantes, que supuse eran sigoñés, iban armados con sus banotes, y llevaban revueltos en el brazo izquierdo sus tamarcos. Y junto a ellos comprobé que había un grupo numeroso de mujeres, las cuales también estaban amadas.

El mencey Bencomo nos volvió a recibir con su dura sonrisa, posando su poderosa manaza sobre el hombro frágil del intérprete, en un gesto que se me antojó como amistoso. De esa forma, Castellano tuvo que transmitir el mensaje del General, en tan incómoda posición, y en medio de un castañetear de dientes que le obligó a repetir sus palabras. Mientras, nosotros observábamos el rostro del rey, en previsión de cualquier reacción. Así fue que, tras una sonrisa exagerada, Bencomo llegó a mostrar sorpresa ante las palabras del intérprete, acabando por mirarnos con odio.

Fue en esos instantes cuando el guanche de rasgos parecidos

a los de Bencomo, levantó en alto su banot con la intención de clavárselo a Guillén Castellano. Pero un rápido gesto del mencey impidió que aquél culminara su tentativa. Luego, le habló de forma dura a nuestro intérprete, señalando de forma decidida al Cielo. Una vez acabadas sus palabras, y sin esperar más diálogo, el monarca guanche volvió con los suyos, retirándose de forma ordenada hacia el norte de la isla.

Mientras los isleños se perdían por entre aquellos barrancos, nosotros seguíamos su marcha con la vista, quietos, sin acordarnos de que a nuestras espaldas se encontraba el Cuerpo Expedicionario.

—Castellano, ¿qué ocurre? ¿No sabes a qué bando sirves?
—Vociferó la garganta del General.

Inmediatamente volvimos de nuestra abstracción, abriendo la marcha el pobre Castellano, trotando sobre aquellos sembrados de trigo. Fue en ese momento cuando me percaté de la existencia de los cultivos indígenas, que habíamos pisoteado por culpa de la ceguera del miedo.

—¿Qué demonios ha ocurrido, Castellano? ¿Por qué se han retirado los guanches? —seguía aullando don Alonso.

Y jadeando, el intérprete respondió:

—El mencey Bencomo asegura que es de su agrado la paz y la amistad que le ofrecen Castilla y Aragón. Pero que no alcanza a comprender las ventajas del cambio de Religión.

—Es un adorador del Demonio —pregonó el Fraile Agustino Pedro de Cea.

—Ese maldito bastardo —señaló don Alonso—. ¿Qué más

ha dicho?

—En cuanto al vasallaje solicitado —Castellano tragó saliva—, Bencomo lo ha tomado como un desprecio. Asegura que sólo tiene como superior a Acorán, su Dios.

—¿Lo véis? Estos indígenas sólo blasfeman el nombre de Dios Todopoderoso, escudándose en sus prácticas demoníacas —intervino el Fraile Andrés de Goles.

Alejándose de los religiosos, don Alonso se unió a su pariente Pedro Benítez, supuse que para consultar lo que se debía hacer. Poco después, nuestro General nos daba una gran alegría a todos, ordenándonos volver al Campamento de Añaza.

Fue durante esta vuelta, cuando el bravo, aunque a veces bravucón Pedro Mayor, empezó a contar el arrojó que habíamos mostrado nosotros tres, frente a las fuerzas hostiles indígenas. Y lo poco que había estado el intérprete Guillén Castellano, de ser traspasado por un banot guanche.

—¿Quién era ese indígena que casi te lancea? —Preguntó el capitán Sancho de Vargas.

—Pues ni más ni menos que el príncipe Tinguaro —respondió el aludido—, el hermano de Bencomo. Ellos son los jefes de la tribu más aguerrida de esta isla, cuyo poblado se encuentra en un valle llamado Arautápala.

En ese instante intervino don Alonso, quien con total desprecio vaticinó:

—Me importa un cuerno lo aguerridos que sean estos salvajes. Yo os aseguro a todos que en breve espacio de tiempo

tendré a ese Bencomo y a su hermano, encadenados a mis pies. Y luego expondré sus cabezas a las puertas del Real.

Pero no habían acabado las sorpresas en esa jornada del 4 de mayo, pues a nuestra llegada al Campamento, nos enteramos de que la prisionera indígena y su hijo habían muerto de forma violenta.

—¿Qué ocurrió? —Preguntó Pedro Benítez.

—Nada —respondió con voz temblorosa uno de los frailes que acompañaba al Canónigo de Canarias. Tan sólo quisimos bautizarlos, para alejarlos de su vida de pecado. Y cuando quisimos coger al niño para impartir el Sagrado Sacramento, la nativa echó a correr hacia esa peña, y se arrojó con su hijo en brazos. No pudimos hacer nada para evitarlo.

Tras un instante de silencio, intervino don Alonso de Samarinas:

—Daos cuenta del enemigo tan poderoso que es el Demonio, que prefiere que sus discípulos se arrojen al vacío, antes de que reciban la Salvación Eterna. Oremos para que podamos salvar las almas de estos desgraciados.

Sin embargo, yo no creí en semejantes patrañas, al igual que supongo que ocurriría con el resto de mis compañeros de armas. Y ya hoy, años después de aquellos vergonzosos hechos, supongo que la indígena creyó que le iban a quitar a su hijo, por lo que se arrojó al mar. También recuerdo al valiente Tanausú.

Dos días después de tan trágicos sucesos, fuimos despertados bruscamente por unos agudos silbos. A esta altura de

mis memorias, debo reseñar que entre el Cuerpo Expedicionario se encontraba una partida de guerreros de la isla de Gomera. Y que para comunicarse, utilizaban un modo curioso de lenguaje: los silbos. ¡Sí! Os juro que los gomeros para comunicarse hablaban con los besos, como si no tuviesen lengua. Y de esa forma podían tener grandes diálogos, sólo entendiendo ellos tamañas conversaciones.

Fue por ello, que al escuchar los estridentes silbos de los centinelas gomeros, todo el Ejército se puso en pie aquella mañana del 6 de mayo, temiendo alguna sorpresa de las huestes de Bencomo. Salimos de las garras del sueño para apostamos en las terrosas trincheras, esperando lo peor.

Efectivamente, a la entrada del Real se aproximaba un considerable número de indígenas, a cuya cabeza iba un nativo de barba y cabellos muy largos, con su añepa en el brazo. A su lado se encontraba un isleño más bajo, de pelo largo aunque sin barba, cuya vestimenta me hacía recordar lejanamente la de un fraile. Sin embargo, lo más importante de esta inesperada visita, era que los guanches venían desarmados, y aparentemente sin ganas de lucha.

Como era de esperar, don Alonso dejó entrar en el Campamento a los recién llegados, ocurriendo un suceso que en aquellos instantes conmovió a todos los que como yo, formábamos parte del Cuerpo Expedicionario. El indígena imberbe, haciendo caso omiso de cualquier presentación, una vez percatado de la posición de la Santa Cruz, corrió hacia ella y se arrodilló de forma ceremoniosa, persignándose y comenzando a orar. Y como si de

un designio divino se tratase, el que parecía ser el jefe de la partida y todos cuantos le seguían, repitieron tan piadoso gesto, arrodillándose alrededor de la Cruz.

Tal acto de Fe, inesperado por todos nosotros, me emocionó sobremanera y arranqué a llorar. Mientras tanto, el Canónigo de Canarias no paraba de repetir: ¡Milagro! ¡Milagro!

Fue el momento que aprovechó el General para arrodillarse junto con los oficiales, lo cual fue correspondido por todos los hombres del Cuerpo Expedicionario. Y observé que yo no era el único al que las lágrimas le asomaban por las mejillas. Parecía que Dios se había fijado por fin en nosotros, y había dado un poco de cordura a aquéllos que habíamos estado a punto de enfrentarnos.

Tras la celebración de la improvisada Misa, el indígena imberbe se acercó a don Alonso de Samarinas, y le besó la mano. Luego, se dirigió al General, y señalando al que parecía ser el jefe de la partida, le dijo respetuosamente: Mi señor, os presento a Añaterve, Mencey supremo de los estados de Güimar —todo ello en un castellano tan perfecto que nos sorprendió a los presentes.

Casi inmediatamente, don Alonso abrazó con falsa efusividad al reyezuelo indígena. Luego se dirigió al guanche imberbe, y le preguntó sonriente:

—¡Supongo que vos seréis el Monje Antón!

Tras tan enigmáticas presentaciones, el General condujo a los altos visitantes a sus dependencias, recién construidas en el Real. Mientras, los güimarenses se desperdigaron por el Campamento, como si fuera suyo propio, obsequiándonos con

gofio, dátiles, frutos de zarza y piñones. Asimismo, nos dieron a probar carnes de cabra, oveja y puerco, con el inconveniente de que estaban casi crudas. Nosotros por nuestra parte, echamos mano de nuestros bizcochos y los eternos nabos, para convidar a los indígenas. El atracón aquel día fue tan grande, que enfermé, padeciendo unos fuertes dolores en el vientre.

A la mañana siguiente, don Alonso ordenó que mi capitán don Diego de Alarcón, saliese con su compañía como escolta de nuestros Religiosos, hacia un lugar llamado Barranco de Chimisay. Con nosotros marchaban como apoyo, varios guerreros güimarenses, los cuales trotaban ágiles y confiados por aquellas odiosas cuestas. Por mi parte, yo arrastraba un horrible dolor de estómago, que me obligaba a detener constantemente mi marcha.

No duró mucho la caminata, pues al poco entramos en el citado Barranco, el cual servía de poblado a los güimarenses. De esa forma, encontramos numerosas cuevas situadas a lo largo del mismo ribazo, en alguna de las cuales se observaba gracias a la claridad del sol, varios cuartos cuadrados. En otras sólo pude observar granos de centeno y cebada, por lo que supuse que cumplían la función de almacenes de provisiones.

Sinceramente, la mayor parte de los hombres de la compañía desconocíamos el motivo de la expedición de nuestros religiosos, máxime cuando era el propio don Alonso de Samarinas quien la encabezaba. Pero no tuvimos mucho tiempo para hacer conjeturas, pues a la entrada del poblado indígena se encontraba el personaje llamado Monje Antón por nuestro General, quien se dirigió al

Canónigo con una reverencia:

—Bienvenido seáis don Alonso.

—Gracias, hijo mío. Pero, ¿dónde está? —Preguntó con exagerada ansiedad.

—Seguidme y la veréis.

Ninguno comprendíamos el significado de tan extraño diálogo, y nos limitamos a seguir las órdenes de nuestro capitán. De esa forma llegamos hasta una cueva cercana al mar. Fue allí donde me llevé una de las mayores sorpresas de mi vida.

Allí estaba. Pequeña pero majestuosa, rodeada de varias teas de fuego ardiente. No era una aparición, aunque lo parecía. Era la Virgen María, que milagrosamente se encontraba en poder de esos paganos. Los güimarenses se encontraban arrodillados a su alrededor, y entonaban en su idioma lo que parecían ser oraciones cristianas. Era como si se hubiera producido un milagro en aquellas salvajes tierras.

El Canónigo no perdió tiempo, y tocó con sumo cuidado la aparentemente frágil imagen de la Virgen, como si quisiera cerciorarse de que no se trataba de un espejismo. Luego, tras besar sus pies, se arrodilló junto a ella llorando, y comenzó a cantar un salmo religioso, que fue inmediatamente repetido por los frailes que le acompañaban. Y como si de un eco se tratara, los guanches hacían suyas cada una de las estrofas, destacando siempre el Monje Antón, que se arrodilló junto a don Alonso de Samarinas.

¡Dios mío! Confieso que volví a creer que se había producido un milagro, y una vez más volví a tomar forma en mi mente y en

mi alma, el hecho de que estaba formando parte de una Cruzada. Y que sí, que Dios estaba con nosotros. Todos nos arrodillamos como niños que imitan los actos de sus padres. ¡Mi padre! Cuánto me acordé de él en aquellos instantes. Allí estaba la Virgen María, rodeada de teas ardientes, de fieles de ambas razas, y de un amor que parecía superar todas las guerras. Pero no, el destino no quería que esto último fuese una realidad.

—Es la Virgen de la Candelaria —pregonaba el Canónigo, mientras encendía un cirio junto a la venerada imagen.

Tras la misteriosa y fantástica ceremonia, los miembros del Cuerpo Expedicionario nos repartimos por el poblado nativo. Y como persistiera en mí el tremendo dolor de vientre, me acerqué al intérprete Guillén Castellano, para ver si lograba encontrar un remedio a mis desgracias.

Así fue que Castellano, haciendo caso a mis ruegos, entabló conversación con uno de los habitantes de aquel poblado, solicitando una solución para mi mal. El nativo, en su lengua nos pidió que lo siguiéramos, llegándose hasta una de las cuevas del lugar. Luego, se sentó en una piedra que se encontraba a la entrada, silbando y canturreando. Una vez escuchados estos sonidos, el guanche que habitaba la cueva atendió a la llamada de su paisano.

—¿Por qué tanta ceremonia? —Pregunté perplejo.

—Esta es una de las costumbres que tienen los habitantes de Achinech. Si alguno va a visitar a otro, tiene que seguir estos requisitos. No puede entrar en una cueva ajena sin permiso del morador. La pena es muy grave para los que incumplen esta ley

—Me explicó el intérprete.

Mientras tanto, los dos guanches trababan una conversación, prorrumpiendo ambos en risas de complicidad. Supuse que se burlaban de mi mal. Luego, nos invitaron a entrar en la cueva.

He de reconocer que la morada de este indígena estaba perfectamente limpia y ordenada. Disponía de asientos cortados en el macizo de las rocas, a lo largo del basamento del primer cuarto. Incluso observé una serie de nichos, cortados en el espesor de la pared, en los cuales se encontraban las vasijas del agua y la leche.

Tras invitarnos con un gesto a que nos sentáramos, el nativo anfitrión se dirigió hacia el fuego que tenía encendido, y comenzó a cocer algo en una de sus magníficas vasijas de barro. Yo, por mi parte, me sujetaba el vientre de forma descarada, pues ya no podía soportar los dolores. Durante esa agobiante espera, mis ojos se recrearon en cuanto había en aquella cueva. Vasijas de barro y de madera, molinos de piedra, anzuelos de hueso, agujas, collares, pieles preparadas para servir de calzados y vestidos. Es decir, que el indígena morador de aquella ordenada vivienda, debía de ser un artesano.

Absorto estaba en mis ensoñaciones, hasta que salí de ellas al sentir la presencia de algo caliente y humeante en mis narices:

—¿Qué es? —Pregunté.

—Es chacerquén —me respondió el intérprete Castellano.

Tras esta respuesta, me bebí el contenido de la vasija, primero con ascos, y luego con deleite, pues he de reconocer que

aquel mejunje espeso era muy dulce. Luego, sencillamente me limité a esperar.

—Pero, ¿de qué está hecho el chacerquén? —Señalé.

—Eso que te has bebido, es la miel del mocán. Supongo que comiste mocán en La Palma —señaló el intérprete.

La sola alusión a La Palma y al imborrable recuerdo del mocán, hizo que volviesen a mi mente dolorosos recuerdos. Pero pronto reaccioné.

—¿Y qué propiedades tiene esta enigmática fruta? —Seguí preguntando.

Tras señalar un puñado de ellas que se encontraban en la cueva, Castellano me respondió: El mocán antes de madurar es muy verde. Luego su madurez hace que se vuelva colorado. Y finalmente se convierte en negro y dulce. Son estos últimos los frutos que se ponen al sol durante 3 ó 4 días, para luego ser matahojados o quebrados, y desmenuzados. Esta masa es la que se hecha a cocer en el agua hasta que se embebe, sirviendo como arrope. ¿No te sientes mejor?

Efectivamente me sentía mejor. Era increíble que aquellos frutos del tamaño y hechura de los garbanzos, hubieran obrado de tal forma con mi estómago. El chacerquén, según supe después, era el arrope para todos los guanches.

—Otra de las variedades del mocán es la yoya —explicó el intérprete—, que es como llaman al zumo de la fruta.

¡Qué bien me sentía! Aquel jarabe milagroso me había devuelto a la vida, y las amargas horas que había padecido con

aquellos fuertes dolores, me parecieron una pesadilla lejana. Verdaderamente, aquellos indígenas tenían un don especial que les había convertido en mejores que nosotros.

Tras salir de aquella cueva, me encontré con varias redes de junco, lo que me recordó la fama de pescadores que tenían los guanches. También pude observar durante mi recorrido por el Barranco de Chimisay, cañizos, esteras y espuestas, lo que indicaba lo floreciente de la industria indígena.

Durante este corto trayecto, me encontré con el Gallego, con su siempre triste y demacrado rostro. Junto a él se encontraban dos reclutas de aspecto añinado, que lo seguían como si de perritos se tratase.

—¿Qué haces, pichón? —me preguntó el veterano.

—Ya hace tiempo que dejé de ser llamado así —respondí visiblemente picado.

Tras mirarme de arriba abajo, continuó:

—No era mi intención ofenderlo don Pedro —señaló en tono burlón—. Tan sólo quería saber cuáles eran sus andanzas por estos lares.

Tratando de contener mi rabia, respondí:

—Sólo quiero observar la forma de vivir de los güimarenses.

—Pues te voy a mostrar la curiosa forma de pescar que emplean los guanches —alegó sin tanta soma.

Efectivamente, me llevó hasta la zona costera, justo a pocos pies de la cueva en que se encontraba Nuestra Señora de la Candelaria. Allí se hallaba un nutrido grupo de isleños, con el agua

hasta la cintura, construyendo una especie de muros de piedra, aprovechando que subía la marea. Luego de realizar esta tarea, los indígenas arrojaron un líquido blanco al mar, el cual tenían en el interior de vasijas de barro. Tras este requisito, se limitaron a esperar.

Sinceramente, no comprendía qué era lo que estaban haciendo, hasta mucho después, en que los guanches cogieron los peces con las manos del agua, como si estuviesen domidos. Y cogieron muchos.

—Es asombroso —exclamé yo—. ¿Qué es ese líquido que adormece a los peces?

—Es la sangre de las tabaibas —me explicó el Gallego. Estos son unas plantas de esta isla, cuya savia es como leche. Y al echarla en el agua, sirve como adormecedor de los peces, que luego quedan retenidos por esos muros de piedra fabricados por los isleños.

—¿Y vos cómo lo sabéis? —Pregunté estúpidamente.

—Han sido muchos los guanches que han sido capturados como esclavos. Y una vez «domados», han contado su foma de vida, allá en la Gran Canaria.

Aquella noche, los expedicionarios fuimos obsequiados con gofio mezclado con manteca de cerdo, que nos pareció exquisito. Luego, como era habitual, nos sentamos alrededor de una gran hoguera, aprovechando para desahogar nuestras inquietudes. En aquella ocasión no se repartió la acostumbrada ración de aguardiente, quizás por lo venerable del lugar.

—Es hermoso que en un lugar tan salvaje se encuentre

como símbolo la Virgen María —señaló un recluta de rostro pálido y aspecto famélico.

—No seas necio jovenzuelo —intervino la voz autoritaria del Gallego—. Todavía te queda mucho que aprender sobre las patrañas de los religiosos.

—¿Qué decís? —intervino un vizcaíno que me recordó al fallecido Albizuri.

Tras apurar lo que creíamos que era agua, pues no podía ser otra cosa, el viejo Gallego manifestó: Mi padre solía decir que no es oro todo lo que reluce. No hay sitio para supersticiones, en una campaña que se está realizando con armas reales. Y no me lo preguntéis a mí, sino a los veteranos que estuvieron en La Palma —dijo mientras me señalaba.

Por mi parte, tratando de desviar la atención creada a mi alrededor, me dirigí al intérprete Castellano:

—¿Qué es todo esto? ¿Cómo llegó la imagen de la Virgen a esta isla?

—Hace muchos años, había entre los gentiles de esta isla un profeta o adivino, que también decía ser zahorí, al cual llamaban Guañameñe. Este profetizaba las cosas venideras, y les dijo a los guanches que habían de venir dentro de unos pájaros grandes, unas gentes blancas por la mar, que serían los nuevos señores de la isla... Estos pájaros grandes eran nuestros navíos, y las gentes blancas somos nosotros. Pero coincidió que por esas fechas apareció la imagen de la Virgen de la Candelaria.

Tras hacer una pausa para tomar aire, el intérprete continuó:

—Cuando los nativos descubrieron la venerada imagen, cada cual según su devoción o posibilidad, le ofrecieron las más hermosas cabras de sus rebaños, que llegaron a seiscientas. Y el Mencey de Güimar les señaló un término particular para apacentar este ganado, al cual llaman Igueste. Allí se encuentran las cabras de la Virgen, con pena de muerte para quien se llegase al lugar.

—Pero, ¿quién es el Monje Antón?—Pregunté con evidente curiosidad.

—Es un indígena que fue hecho prisionero por los nuestros, y educado en nuestras creencias. Y luego fue devuelto a su tierra para predicar la Verdadera Religión. Él ha convertido a los güimarenses en cristianos.

—Y en esclavos nuestros —señaló el Gallego con un tono que me recordó al del capitán Diego Núñez. Era indudable que estaba embriagado—. Antón primero convenció al Mencey, y luego fue el pueblo entero quien creyó en la Imagen.

—Pero la Imagen está ahí, en esa cueva —intervino el recluta vizcaíno—. Y todo por designio divino.

El Gallego sonrió de forma cínica, a la vez que volvía a apurar lo que parecía agua:

—Mozalbete, la Imagen no vino del Cielo. La realidad es que la trajeron los Frailes Minoritas del Convento de San Buenaventura, en la isla de Fuerteventura. En cuanto al motivo, ya podéis suponerlo.

¡Toda la expedición era una gran mentira! La inesperada embriaguez del Gallego, dolido por algún motivo, había abierto

los ojos de muchos de nosotros. No había lugar para la Piedad ni la Fe en aquella isla. Se había estado jugando con las creencias de los isleños, no para convencerles de la Verdadera Fe, sino para arrebatarles sus tierras con más facilidad. Si realmente había un Demonio en Achinech, ése éramos nosotros.

A la mañana siguiente, cuando regresamos al Real de Añaza, fuimos informados de las últimas disposiciones de los isleños rebeldes: el Mencey Bencomo había reunido al resto de los reyes de la isla, en el poblado de Arautápala, capital del distrito de Taoro. Allí habían acudido Pelinor de Adeje, Adjoña de Abona, Romén de Daute, Pelicar de Icod, Acaymo de Tacoronte, Beneharo de Anaga y el Mencey de Tegueste. Tan sólo faltó a la cita Añaterve de Güimar.

Según nos informaron los espías güimarenses, Bencomo propuso una alianza entre todos los estados, para así con todas las fuerzas unidas poder combatirlos.

Dicha propuesta fue aceptada por todos los reyezuelos indígenas, como era de esperar. Sin embargo, al solicitar el propio Bencomo la dirección suprema del ejército guanche, los menceyes del sur de Achinech decidieron abandonar la asamblea, alegando que cuando nosotros llegáramos a sus fronteras ya sabrían defender su independencia. Esta actitud dejó solo al mencey de Taoro junto con los de Anaga, Tegueste y Tacoronte. A ellos se unió el Príncipe Zebenzuí, descendiente de un hijo bastardo del ya citado Tinerfe.

El hecho de que las fuerzas rebeldes estuviesen divididas, abrió muchas posibilidades a los intereses del General. Tan sólo

debía vencer a la pequeña alianza que dirigía Bencomo, y la isla caería en nuestras manos como había ocurrido con Benahoar. Para ello, don Alonso comenzó a preparar a todo el Cuerpo Expedicionario, con vistas a un único y definitivo combate.

Pocos días después, fondearon dos carabelas frente a las costas de Añaza, por lo que pensamos en un principio que pertenecían a nuestras fuerzas, en misión de apoyo o de aprovisionamiento. Sin embargo, pronto pudimos observar que en ellas ondeaba la bandera portuguesa, motivo por el que nos ordenaron que extremáramos las precauciones. Inmediatamente don Alonso ordenó que su pariente Pedro Benítez, en unión de varios de los nuestros, se dirigiese en una chalupa hacia la nave capitana. Entre ellos se encontraba el buen Mario el Portugués, quien iba a actuar como intérprete. Y hacia la recién llegada flotilla vimos partir la minúscula embarcación, mientras nuestras almas pecadoras volvían a dar rienda suelta a las bocas, que aventuraban las más sorprendentes hipótesis sobre tan inesperada visita. Allí estaba el General, observando a los dos majestuosos navíos portugueses, a la vez que se acariciaba nerviosamente su perilla. Y junto a él se encontraba el Gallego, que parecía haber recuperado la serenidad y la melancolía, momentáneamente perdidas por una noche en Güimar.

—¡Qué extraña relación entre el Gallego y don Alonso! Todavía no comprendo el motivo de la sumisión de este veterano hacia el General —le dije a mi compañero Gallardo, que no quiso perderse el espectáculo de las dos carabelas junto a nuestra flota.

—Es algo que viene de años atrás —señaló en tono distante mi amigo—. Y eso que ambos vienen de dos familias enfrentadas.

—¿Cómo? ¿Acaso sabes el secreto que encierra nuestro misterioso compañero de armas?

—Sólo te puedo decir que ambos estuvieron luchando durante la conquista de la Gran Canaria. Según me contó Mario, había un lugar llamado Gaeta o Agaete en esa isla, donde los nuestros construyeron un torreón, aprovechando unas casas o adoratorios que los indígenas tenían. Allí quedó el joven capitán Alonso Fernández de Lugo con 30 hombres y una pequeña fusta con la que comunicarse con el Real. El fuerte había sido hecho con tapias y maderos de tablas de palmas, y fue terminado en dos meses —hizo una breve pausa y continuó—. Allí estuvieron más de un año expuestos a todo tipo de peligros. Murieron muchos de ellos, y otros sufrieron heridas. Y así fue hasta que capturaron al Guanarteme traidor. Y en una de esas acciones, estuvo a punto de perder la vida el Gallego, si no lo hubiera socorrido a tiempo don Alonso. Por ello esa deuda. Eso me contó el Portugués⁽¹⁷⁾.

Tras escuchar este breve pero intenso relato, volví a sumirme en mis ensoñaciones. Otra vez mi confusa mente volvía a jugarme malas pasadas, haciéndome imaginar el infierno que los nuestros debieron haber pasado en Gaeta. ¡Al igual que le debió ocurrir a Gallardo en Baza! ¡Qué horrible es la guerra! Y que siniestras eran las intenciones de don Alonso. Primero salvó la vida a un buen soldado como el Gallego, para tenerlo siempre sujeto a sus calzas. Luego engañó a todos los reyezuelos de Benahoare prometiéndoles

privilegios que nunca pensó cumplir, y lo que hizo fue arrebatarles sus tierras. Y ahora pensaba hacer lo mismo en Achinech. ¡Si alguna vez existió el Demonio, debió llamarse Alonso Fernández de Lugo!

Muy pronto volvieron nuestros compañeros de su visita a la pequeña flotilla lusa. El General en persona bajó a la playa a recibirlos. Don Pedro Benítez, que nunca perdía su cínica sonrisa, le dijo en alta voz a su pariente:

—Alonso, estos portugueses vienen con las mismas intenciones que nosotros.

—¡Maldita sea! ¿Cuántos son? ¿Quién es el jefe de la flotilla?

—Preguntó con evidente nerviosismo el General.

—Esta pequeña escuadra la comanda don Gonzalo Fernández Saavedra, un prestigioso marino de mi país —se apresuró a responder mi buen amigo Mario—. Y tiene orden de tratar de someter a la isla.

—¡Malditos bastardos! —Señaló en baja voz don Alonso, mientras se manoseaba nerviosamente su perilla— ¿No hay posibilidad de que realicemos la conquista de forma conjunta?

—Por Dios que lo intenté, Alonso —volvió a intervenir don Pedro Benítez—, pero estos portugueses se han negado. Su capitán asegura que tomará Tenerife antes que nosotros y sin nosotros.

Estas palabras enfurecieron al General, quien comenzó a maldecir a voz en grito, dirigiendo sus aullidos a los recién llegados navíos, aún sabiendo que no podrían ser escuchados. Luego reaccionó y nos dijo a todos:

—Señores, creo que tendremos que darnos prisa antes de que se nos adelanten los portugueses —esto último lo dijo mirando con respeto a Mario—. Por ello nos dirigiremos al corazón del enemigo.

En la mañana del martes 26 de mayo de 1494, el General organizó todos los escuadrones, y tras colocar en la vanguardia a varias escuadrillas de güimarenses, inició la marcha definitiva hacia los estados de Taoro. Una vez más tuvimos que subir la maldita cuesta, arrastrando las pesadas piezas de artillería, que iban a mantener a raya a los temibles guanches. Parecíamos bestias de tiro, sujetando y cargando con aquellos ingenios.

Los oficiales vociferaban e incluso nos llegaban a golpear, como si fuéramos animales, ordenándonos rapidez por entre aquellas difíciles alturas. Pero hasta ellos mismos en medio de tanta incertidumbre, tropezaban y caían de bruces en tan áspero terreno. Sólo un pequeño grupo de hombres quedó al cuidado del Real.

Tras varias horas de angustiosa subida, llegamos hasta el Valle de Agüere, donde nos ordenaron detener la marcha. Allí don Alonso celebró un breve consejo de guerra con los capitanes y los sigonés de Güimar y Anaga, que nos acompañaban en la Expedición. Mientras, nosotros aprovechamos para recuperar el resuello en tan paradisíaco lugar: ¡Qué hermosura! Frondosos bosques cubrían el llano y trepaban por los cercanos montes.

Pero mientras nos sentábamos en aquel paraíso, Maninidra y los suyos seguían en pie, como si no se hubiesen percatado de lo apurado de la marcha. Y este dominio de su cuerpo me hizo

admirarlo con mucha más fuerza.

—Realmente es un ser muy duro este Maninidra. Al igual que el resto de los guerreros canarios —señalé en voz alta al capitán Núñez.

—No sólo duro, sino un verdadero estratega en los ardides de la guerra —respondió el orondo oficial—. Ya nos hizo pasar muchos apuros, cuando el asunto del Torreón de Gando.

—¿El Torreón de Gando? —Pregunté.

—Efectivamente. Al mismo tiempo que el Torreón de Añaza, don Diego de Herrera construyó otro similar en un lugar de la Gran Canaria, llamado Gando. Allí colocó como Gobernador al portugués Pedro Chemayde con 40 hombres, y como Alcaide Mayor, a Francisco de Mayorga. Y las órdenes que recibieron estos personajes, fueron las de fomentar las discordias y rivalidades de los jefes indígenas, y aprovechar cualquier ocasión oportuna para aumentar la influencia de Castilla (18).

—¿Y qué ocurrió? —Volví a preguntar.

—Pues que los nuestros raptaron a un número indeterminado de jóvenes indígenas de gran hermosura. Ni siquiera respetaron a las que estaban consagradas al culto, ya que en las inmediaciones había un monasterio o cenobio.

—Supongo que los canarios reaccionarían violentamente —intervino un recluta que estaba a mi lado.

—Efectivamente. Los nativos diseminaron sus ganados por las alturas de Argonez. Y en pos de esta presa salió un escuadrón de 50 soldados, huyendo los pastores canarios que fingían llevarse

las reses, pero en realidad las agrupaban hacia la parte donde estaba la emboscada. Penetraron los soldados en lo más espeso del monte, saliendo los canarios de sus guaridas y cortándoles la retirada, sin darles tiempo a organizarse. No escapó ni un soldado.

—¿Y qué tiene esto que ver con Maninidra?

—Maninidra disfrazó a algunos de sus guerreros con las ropas y armas de los nuestros, y llevando por delante el ganado se dirigieron a Gando. Allí era esperada con impaciencia la columna. Pues muchos de los indígenas iban por delante como «prisioneros», aunque llevaban escondidos sus venablos bajo las túnicas. Y cuando les abrieron el Torreón sin desconfianza, cargaron con impetuosidad sobre los nuestros. Al día siguiente fue arrasada la Torre, y entregadas al fuego sus maderas.

De verdad que el relato de las hazañas de Maninidra me hizo respetarlo aún más si podía. Sin embargo, no comprendía ni comprendo aún, por qué motivo se encontraba en las filas de los que habían sometido a su patria.

Apenas tuvimos tiempo de descansar en tan frescas arboledas, pues el General ordenó reiniciar la marcha. Y así nos vimos avanzando a través de los sinuosos senderos que bordeaban los límites de los señoríos de Tegueste y Tacoronte.

La marcha fue muy rápida, pese a lo accidentado de aquellos senderos. Pero lo más curioso es que sólo nos oíamos a nosotros mismos, en medio de una desesperante soledad. No se veía ni un alma por entre aquellos cerros. Ni un animal. Ni un ave. Tanto silencio parecía presagiar algo funesto. Sin embargo, don Alonso

seguía impertérrito sobre su caballo.

El sol estaba muy alto cuando llegamos a la entrada de un inmenso barranco, que los indígenas auxiliares llamaban de Acentejus o Acentejo. Daba miedo el contemplar aquellas impresionantes alturas, y el estrecho sendero por el que debíamos pasar nosotros. El Barranco de las Angustias no tenía comparación con el riesgo al que debíamos enfrentarnos.

—¿Es necesario pasar por este lugar? —Preguntó el General, que se había bajado de su montura.

—Sí—respondió un sigoñé de Güimar—. Este es el único camino que conduce a Arautapala. Al final de Acentejo se encuentra el poblado de Bencomo.

La sola mención al nombre del mencey de Taoro, acabó de convencer a don Alonso, quien nos ordenó entrar en aquel infierno.

Verdaderamente fue impresionante aquella marcha. La inmensa serpiente del Cuerpo Expedicionario se enredó cada vez más por entre las estribaciones de aquel barranco. Delante, los exploradores güimarenses trotando por unos senderos casi impracticables para nosotros. Tras ellos, la valiente cohorte del Guanarteme. Luego el imponente escuadrón de caballería, entre los que se contaban el General y sus capitanes. Y soportando las penalidades de aquel maldito terreno, nosotros los de a pie, cargando con unas piezas de artillería inútiles en aquel lugar.

Llevábamos varias horas tropezando por tan horrible sendero. El calor era agobiante, ya que ninguna nube surcaba el límpido cielo azul. A nuestra izquierda, una inmensa pared se

elevaba hasta alturas inimaginables. La ladera crecía más y más, siendo coronada por bosques lejanos. A la derecha, un escalofriante precipicio que desembocaba en el mar. Y en medio, nosotros solos a excepción de varias decenas de cabras y ovejas diseminadas a nuestro paso. Pero no se veía a un sólo guanche en el lugar

¡Qué calor tan espantoso! Los rayos del sol quemaban nuestras corazas. A medida que avanzábamos, los caballos tropezaban, derribando a sus monturas. El orden de marcha se empezaba a romper, a medida que se estrechaba el sendero. Pero don Alonso no parecía percatarse de lo desastroso de nuestra situación, y seguía al frente sin dejar de mirar al angosto horizonte. Parecía que su única obsesión era llegar al Valle de Arautapala.

Y la obsesión se estaba convirtiendo en realidad. El sol estaba en su punto más alto cuando nos informaron que la vanguardia ya había llegado a la inmensidad del Valle de Taoro. Entonces, don Alonso ordenó detener la marcha.

La sed era abrasadora, y todos echamos mano a nuestras cantimploras. ¡Qué poco me importaba el Valle de Arautapala! Sólo quería descansar. De repente se acercaron dos jinetes, que se dirigieron hasta el General.

—¿Qué habéis visto? ¿Hay muchos enemigos? —Aulló con impaciencia don Alonso.

—No hay ni un alma, mi General —respondió uno de los exploradores.

—Pero, ¿cómo es posible? ¿Y el poblado? —Volvió a preguntar.

—Sí, es un enorme poblado. Y un enorme valle. Pero no hay ni un solo indígena —respondió el segundo jinete.

—Malditos. ¿Qué estarán tramando?

Todos nos encontrábamos alrededor de don Alonso, sin ningún orden. Y de ello pareció percatarse el General, pues inmediatamente ordenó que se cubriesen los flancos. Pero era imposible. En aquel lugar nadie podía proteger flanco alguno. Enormes desfiladeros cubiertos de exuberante vegetación, nos cercaban por todos lados.

Inmediatamente, don Alonso convocó un improvisado consejo de guerra con sus capitanes:

—La caballería no puede maniobrar por estos lugares. Ya véis el enredo en que se encuentran los animales. Y esta es la única arma que les provoca algún temor a los isleños —expuso don Alonso—. Por ello, sólo tenemos dos caminos. Seguir hasta el Valle de Arautapala o volver al Real.

—¿Volver? —Intervino precipitadamente Pedro Benítez de Lugo—. Eso sería un desastre. Ya ves que los guanches están escondidos con solo nuestra presencia.

—No estoy de acuerdo —le interrumpió Lope Fernández de la Guerra—. Esto me huele a una trampa. Estoy seguro que los indígenas traman algo.

—¿Y qué si así fuese? Aquí tenemos un millar de hombres armados hasta los dientes. Ninguno se atreverá a enfrentarse a nosotros —volvió a insistir el tío del General—. Sigamos hasta Arautapala, y la isla entera se someterá.

—Escúchame Alonso —se dirigió al General, Lope Fernández—. Nuestros caballos están maltrechos en este laberinto. La artillería no nos sirve para nada. Y los hombres están agotados. Será mejor volver y prepararnos para otra ocasión.

Todos asistíamos mudos a aquella desesperada discusión. Mientras, don Alonso observaba a sus dos oficiales, como estudiando los argumentos de cada uno. Y no tardó mucho en decidirse.

—Señores, creo que es mejor que regresemos al Campamento —y tras mirar a su tío, quizá para contentarlo, ordenó—, pero antes recojamos todo ese ganado que se encuentra disperso. Vamos a dejar a esos salvajes sin su sustento.

Lo que ocurrió luego fue uno de los hechos más vergonzosos de la Campaña de Tenerife. Todos nosotros, como si de aves de rapiña nos tratásemos, corríamos tras el numeroso ganado trepando por aquellas ásperas crestas, tropezando y, finalmente atrapando a cabras y ovejas. Los capitanes eran peores que nosotros, pues blasfemaban y vociferaban improprios, mientras arrastraban a sus presas. Era como si de una orgía se tratase.

El griterío ensordecedor y las risas lujuriosas que partían del Barranco de Acentejo, parecían surgir más de una fiesta salvaje y pagana, que de almas nobles y católicas como se suponía que eran las nuestras. Todavía cruzan por mi mente las imágenes de los Salvadores de Fe, persiguiendo de forma obscena a los animales. ¡Qué vergüenza!

Una vez capturado el ganado, don Alonso ordenó con impaciencia, invertir el orden de marcha hacia el Valle de Agüere. Atrás quedó la preciosa vista de Arautapala.

Fue entonces cuando me di cuenta de la trampa en que nos encontrábamos. Y es que me hallé de cara con el aragonés Pestana, quien suponía debía encontrarse en la retaguardia. Nos habíamos mezclado unos con otros, y ahora retrocedíamos sin orden ni concierto. Sin embargo, don Alonso seguía a lomos de su caballo, y sin perder su compostura seguía ordenándonos a voz en grito que saliéramos de aquel laberinto.

Habíamos desandado una parte de aquel peligroso trecho, cuando un agudo y horripilante silbo nos detuvo a todos en el sitio. El eco lo propagó por todos y cada uno de los rincones de aquel maldito barranco. Y como si de una señal convenida se tratase, los animales capturados se desembarazaron de sus captores, trepando laderas arriba en busca de sus dueños. Mientras, nosotros seguimos en pie como paralizados por una demoníaca maldición. Las cabras y las ovejas nos pisotearon, enredándose en las patas de los caballos, que descabalaron a los capitanes.

Entonces ocurrió aquello que había estado temiendo desde la primera vez que puse el pie en la isla. Un griterío ensordecedor, como partido de cinco mil gargantas isleñas envolvió el barranco, dando inicio a la matanza.

Una lluvia de pedruzcos comenzó a caer sobre nuestras cabezas, encontrando fácil blanco entre todos los que nos encontrábamos en aquella trampa. Ahora los que gritábamos

éramos nosotros. No puedo relatar lo que ocurrió en el barranco, pues en esa situación sólo pude atender a salvar mi vida. Y aún así, mi mente sólo recuerda retazos de aquella desgraciada jomada.

Muy pronto los mortales proyectiles derribaron a capitanes y monturas, destrozando corazas y cabezas. Los caballos, aparentando ser conscientes del peligro, salieron en estampida del lugar, arrojándonos y abandonándonos. Yo, como un estúpido me arrojé al suelo y traté de ocultarme bajo el escudo del abuelo. Era inútil. Las piedras seguían cayendo, y aquí y allá se oían gritos de dolor. Era un infierno.

Nadie los veía. Mirábamos hacia lo alto, esquivando los afilados pedruzcos, pero no veíamos quien los lanzaba. Fue entonces cuando don Alonso, todavía a lomos de su caballo y sin perder la compostura, gritó:

—Maninidra, ve con los tuyos hacia la ladera. Desaloja a esos salvajes.

El valiente canario no se inmutó. Rodeado de un grupo de los suyos comenzó a trepar por aquellas alturas, al igual que lo hiciera en el Tinibúcar. ¡Qué valor!

Todo fue inútil. Pronto comenzaron a caer rocas descomunales y troncos inmensos por aquellas laderas, que arrojaron a los auxiliares, y aplastaron a los que nos encontrábamos en el fondo.

Aquello fue la señal de la desbandada. Todos comenzamos a correr por las estrecheces de aquel barranco, buscando la salida bajo la lluvia de piedras. ¡Qué horrible! Pisoteábamos a los heridos

y a los que tropezaban. Yo corría con el escudo en alto, ridículamente, como si fuera a servir de algo. Ya no veía a don Alonso ni quedaba ningún caballo.

Tras aquel sangriento recodo, nos encontramos a los hombres de retaguardia envueltos en el mismo desorden que nosotros. Confusos ballesteros disparaban sus armas a las sombras. Pero no se veía a nadie en aquellas alturas. Caballos despedazados, gritos desesperados y una huida sin freno. Allí estaba el Portugués, espada en mano, desafiando las alturas y sin mostrar temor alguno a los proyectiles enemigos. Más allá observé la figura rechoncha del Canónigo de Canarias, que gritaba como un poseso:

—No desesperéis, que Dios nos sacará a todos de este infierno.

De repente sonó una voz ronca y dura:

—Aunque Dios sea omnipotente, me basto yo solo para salir airoso de esta vil canalla.

Reconocí a don Diego Núñez, que con una ballesta trataba de acertar a los invisibles guanches.

Para hacer más trágica nuestra situación, los indígenas colocaron en el camino de nuestra retirada, grandes troncos de árboles que nos impedían sortear el estrecho desfiladero. Yo corría como un loco, sin mirar camino ni altura. Sólo quería salir de aquel barranco. Recuerdo que volví a ver al General en medio de aquella confusión. Iba con su etema capa roja, dando gritos de un lado a otro, sin soltar un momento su espada. Mostraba su valor; y con él se enardecía el nuestro.

Una piedra lanzada con fiero empuje le alcanzó en la boca, arrojándolo al suelo. Todos nos dimos cuenta y corrimos a su alrededor. Los guanches parecieron percatarse del hecho, y comenzaron a salir de sus escondrijos, banote en mano. Los pocos hombres que pudieron enfrentársele, fueron muy pronto traspasados por sus rudimentarias amas.

¡Qué horror! Tras nuestros pasos apareció un considerable número de isleños, que remataban a los heridos, y estaban a punto de alcanzarnos. Nada me importaba. Una sed pegajosa y un mortal cansancio atenazaban mis sentidos. ¡Ya los teníamos encima!

Recuerdo a mi compañero Gallardo y a Lope Fernández de la Guerra, espada en mano enfrentándose a los guanches que habían bajado de las alturas para aniquilarnos. Yo sólo corría y tropezaba, para volver a levantarme y salir del barranco. Pero era imposible. Por todos lados aparecían más isleños. Maninidra había perdido el caballo, y corría con el miedo en el cuerpo. Ya nadie parecía sostener su valor. Yo no lo tuve en esos momentos. Y me acordé de mi madre. ¡Cuánta razón tenía! ¿Por qué abandoné la hacienda?

Ni siquiera vi la piedra. Tan sólo sentí un dolor agudo en la frente, y luego me desplomé.

Las llamas del Infierno me estaban abrasando. Pero luego un grupo de ángeles comenzó a purificarme con una lluvia de agua bendita. La lluvia me despertó. Y al abrir los ojos comprobé el desastre.

Cadáveres por todos lados, y piernas que corrían presurosas. Intenté incorporarme, y la sangre comenzó a cubrirme el rostro.

Estaba herido. Los gritos de dolor eran incesantes a lo largo y ancho del barranco. Pero las piedras habían dejado de caer. Ahora era el agua la que sustituía a los mortales proyectiles.

Una pesadez enorme me impedía levantarme. Fue una mano amiga la que hizo el milagro. Me dejé incorporar y observé a mi oscuro salvador. El eterno amigo Gallardo estaba allí:

—Pichón, siempre estás metido en todos los líos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están los guanches?

—Pregunté en medio del sopor.

—Todo está perdido. Los nativos sólo dejaron de atacarnos cuando empezó a llover. Parece como si los truenos les hubiesen asustado.

Luego comenzó a arrastrarme hasta que recuperé el control de mis piernas. Así andamos sobre decenas de cadáveres, mientras una lluvia de granizo caía sobre nuestras cabezas. No había rastro alguno de los guanches.

Entre tanto caído, vi al General tumbado boca abajo con su capa roja y en medio de un charco de sangre:

—Parece que por fin le han dado su merecido —señalé con voz ronca.

—No te fies —dijo mi compañero empujando con su larga pierna el cuerpo inmóvil—. Don Alonso nunca ha sido un valiente.

Efectivamente, el muerto no era el de Lugo, sino Pedro Mayor, cubierto con la capa del General:

—Nuestro jefe cambió su capa por la de este valiente, y se llevó una de color azul para salvar su cobarde vida.

Más allá observé el cuerpo del capitán don Diego Núñez, a quien le sobresalía algo de entre los dientes. Me limpié con la mano la sangre del rostro, y me acerqué. Se había mordido la lengua. La maldición se había cumplido sobre un blasfemo, ¿o no era así?

Continuamos andando a través del desfiladero. Éramos decenas de supervivientes, desamados, los que nos arrastrábamos en aquel barranco en busca de una salida. Una salida que estábamos a punto de alcanzar. Pero Dios no quería que saliéramos.

Un grupo numeroso de guanches se apostó al borde del desfiladero, impidiéndonos que saliéramos con bien del lugar. Fue entonces cuando un joven capitán observó una cueva abierta en una de las desnudas laderas de la montaña. Y hacia allí nos dirigimos todos, en número de treinta, antes de que los isleños pudiesen rematarnos con facilidad. Y una vez en su interior, todos aquellos que se encontraban ilesos se colocaron a la entrada, esgrimiendo ballestas y picas con las que frenar la avalancha isleña.

No hizo falta mucho ímpetu, pues la deshecha tormenta impidió el que los guanches se decidiesen a entrar en aquel agujero. Este respiro fue aprovechado por todos nosotros para recuperar las fuerzas, a la espera de la embestida final.

Pero cuando se hizo la noche, todos comprendimos cuál iba a ser el final. Los guanches iban a dejar que el hambre, la sed y la gravedad de las heridas, acabasen con nuestras maltrechas vidas. A la luz y el calor de la hoguera, todos supimos que ni siquiera íbamos a tener el derecho a una muerte honrosa. Por ello un puñado de valientes, a cuya cabeza iba el buen amigo Gallardo, decidió la

aventura de salir del barranco en busca de una ayuda casi imposible. Era justo que los más hábiles lo intentasen.

Mi amigo se me acercó, susurrándome en el oído:

—Pedrito, llegó la hora. Espero que muy pronto vuelvas a abrazar a tu madre y a tu hermana. Adiós.

No pude responderle. La fiebre me había hecho sudar en demasía, y los labios estaban pegados. Tan sólo le agarré una mano, casi sin fuerza. Luego perdí el control de mi mente.

Fuego. Lamentos. Golpes secos. Órdenes. Frío. Fuego... Las pesadillas se entremezclaron con la realidad durante aquella horrible noche. Y el despuntar del día no era más esperanzador. Los lamentos, las órdenes y el frío seguían allí. Y los guanches estaban fuera. La falta de agua y las heridas que padecíamos la mayoría de los sitiados, comenzaban a hacerse sentir. No había esperanza.

Por fin amaneció. Lo supimos todos cuando aquel joven capitán, cuyo nombre no recuerdo, exclamó: ¡Dios mío!

Todos nos asomamos como pudimos a la entrada de la cueva. Y allí estaban. Un centenar de isleños amados con sus banots, y con aspecto triunfal. Y a la cabeza, el mencey Bencomo con su hermano Tinguaro.

Nos quedamos petrificados. Al igual que en aquella ocasión, en el Valle de Agüere. Fácilmente nos podía haber aniquilado. Pero tremenda debía de ser la satisfacción del rey guanche, pues acercándose sin temor alguno, nos señaló a todos indicándonos con gestos que saliéramos de la cueva. Y eso hicimos todos, ante la confianza que inspiraban aquellos ojos.

Los isleños, inmediatamente se apresuraron a auxiliarnos, transportándonos a los heridos y guiando al resto a la salida del barranco. En ese instante un griterío ensordecedor, como partido de millares de gargantas, envolvió al estrecho desfiladero:

—Ternu, ternu, ternu...

Todos quedamos sobrecogidos por el hecho. Pero poco más. Tan sólo deseábamos salir de aquella trampa, aún ayudados por nuestros enemigos.

Recuerdo que durante el trayecto, pisando por encima de cientos de cadáveres, uno de estos se levantó y se incorporó a nuestro grupo. Instintivamente miré a Bencomo el cual sonreía mientras le decía algo a uno de sus sigoñés. Indudablemente había celebrado este ardid, permitiendo que el peón Juan Benítez se sumase al número de hombres perdonados por él.

Poco más recuerdo hasta nuestra llegada al Real, a cuya entrada nos dejaron nuestros captores. Sólo sé que si lamentos dejábamos atrás en el Barranco de Acentejo, lamentos encontramos en el casi vacío campamento, donde los frailes no paraban de atender a los heridos. Aquel 27 de mayo los guanches volvieron a sorprendernos con aquel enigmático grito:

—Ternu, ternu, ternu...

La situación en el interior del Real era desesperante. El propio don Alonso se encontraba malherido, pues la certera pedrada isleña le había roto varios dientes. Había salvado su vida porque los auxiliares guimarenses le habían conducido junto con Lope Fernández de la Guerra, también gravemente herido, a través

de los senderos que conducían a Geneto. Desde entonces se le conocería como don Alonso el desdentado.

Días después, varios barquichuelos pudieron rescatar a ciento veinte canarios y cuatro portugueses que se encontraban en una baja, a la que habían llegado nadando desde una playa, tras escapar de la batalla. Entre los lusos se encontraba mi viejo amigo Mario.

—Muchacho, veo que siempre te tienes que llevar una cicatriz —dijo tras señalarme la brecha en mi cabeza, sin perder su buen humor.

Poco más recuerdo de aquella jornada. Lo que nunca olvidaré es el balance de tan tremenda derrota: 900 hombres quedaron para siempre en el estrecho desfiladero del Acentejo. Entre ellos, Gallardo, el Gallego, Diego Núñez, el aragonés Pestana, Pedro Mayor, y otros muchos que pensaron que iban a someter con facilidad al pueblo guanche. Apenas quedábamos unos doscientos hombres en el Real, la mayoría malheridos.

No acabaron todavía las sorpresas en Achinech, pues el 1 de junio, los que hasta ese momento habían sido nuestros aliados, atacaron de forma decidida el Real. El caudillo Hayneto y un centenar de anaguenses quisieron tomar por sorpresa nuestras posiciones, siendo ello impedido por nuestros últimos hombres ilesos. El General ni siquiera se dignó salir de la tienda.

Luego nos llegó la noticia de que la expedición portuguesa al mando de Gonzalo Fernández de Saavedra, desembarcó en la isla. Los guanches también dieron buena cuenta de este enemigo.

El oficial murió con su paje y parte de sus hombres...

Tanta desgracia acabó por hundimos más en la desesperación. Así fue que el 8 de junio regresamos a la Gran Canaria los mutilados restos de aquella desgraciada expedición, abandonando la isla de los guanches.

EPÍLOGO

Han pasado algunos años ya desde aquellos sucesos, pero el tiempo no ha podido borrarlos aún de mi mente. Tras el desbarato, fuimos llevados a la Gran Canaria donde se nos atendió de nuestras heridas. Luego, tras largas gestiones pude abandonar aquel archipiélago, y regresar a mi Sevilla natal. Allí fui bien recibido por mi poca familia, y ya restablecido volví a las duras tareas del campo. ¡Qué felicidad!

Tiempo después, y sabedor de los sufrimientos por los que había pasado mi madre, accedí a sus ruegos y marché a Salamanca a aprender las malditas Leyes. Hoy en día soy Licenciado en las mismas. Sin embargo, una espina seguía clavada en mi corazón, y desde mi retorno al hogar no dejé de buscar a mi amada Agarfa.

Lo que es el destino, la persona que más me ha ayudado de forma indirecta en la búsqueda, ha sido el Rey de la Gran Canaria, Fernando Guanarteme. Este alto personaje, tan criticado por su exagerada sumisión a nuestras fuerzas, se dedicó en cuerpo y alma a salvar al mayor número posible de isleños, los cuales habían sido vendidos como esclavos, tras traicionar nuestros Jefes los pactos por ellos establecidos. El Guanarteme llevó sus quejas hasta los

mismísimos monarcas de Castilla y Aragón, obligándolos a cumplir sus compromisos.

Donde más hincapié hizo el Guanarteme, fue en los cientos de isleños que habían aceptado las Aguas del Bautismo, y que pese a ello fueron vendidos como esclavos, a ricos hacendados de Sevilla. Siguiendo esta dramática pista, creo haber encontrado el paradero de Agarfa y de otras jóvenes palmenses, que fueron vendidas por el infame Alonso Fernández de Lugo, para obtener beneficios tras su primera conquista. Hacia allá partiré cuando acabe de redactar estas líneas de mis memorias.

Poco más puedo añadir de mi paso por aquellas hermosas islas. Hace poco supe que mi último compañero, Mario el Portugués, murió luchando en la segunda campaña de Achinech, hacia finales del 1495. Cumplió su palabra de ser sepultado en aquellas tierras.

Por mi parte, muchas noches sigo soñando con aquellos sucesos. Y por mucho que viva, jamás podré olvidar el inmenso griterío como partido de cinco mil gargantas isleñas: Ternu, ternu, ternu... ¡Victoria!

Bibliografía

(1): Agustín Millares Torres (Historia General de las Islas Canarias), T. 2, P. 150.

(2): Agustín Millares Torres.

(3): Agustín Millares Torres, T. 2, P. 219-220.

(4): Marín y Cubas, Abreu Galindo, Sedeño, Viera y Clavijo y otros.

(5): Abreu Galindo.

(6): Abreu Galindo, p.116.

(7): Abreu Galindo, p.63.

(8): Marín y Cubas Lib 2, cap 9º; Castillo, p. 127; Cura de los Palacios cap 66, p. 614; Margarita Fernández (sobre la batalla de Veneguera); Agustín Millares Torres.

«Sus cualidades morales no eran en verdad muy relevantes. Carecía de aquel valor cívico que tanto distinguía a los canarios, y no sabía elevarse a esas alturas del patriotismo y abnegación, donde el hombre se olvida de sí mismo para escuchar sólo la voz del deber Ni en la defensa de su reino ni en los diversos combates que se habían sucedido desde la invasión castellana, vemos aparecer el nombre de Thenesor como jefe militar La gloria de Doramas, Adargoma, Bentaguayre y Maninidra no se reflejaba en su frente, reservándole en cambio la historia la de fiel aliado de sus constantes enemigos».

(9): Abreu Galindo.

(10): Abreu Galindo p. 178.

(11): Abreu Galindo p. 182.

(12): Abreu Galindo p. 176.

(13): Lanceta de pedemal.

(14): Las danzas festivas observaban una forma algo desordenada, «en folía». Se enfrentaban dos filas de danzantes, quienes, dando graciosos saltos se acercaban y alejaban entre sí. Es lo que, hablando en términos técnicos, se denomina «danza de requerimiento y rechazo». Esta danza de gracioso salto es la que dio en llamarse «El Canario», que pasó a la Península con los esclavos canarios, y allí fue adoptada primero popularmente, y luego en círculos cortesanos, para saltar luego de España a toda Europa.

(15): Espinosa p. 13; Marín y Cubas Lib, cap XX Ms.

(16): Espinosa p. 14.

(17): «Alegato de méritos» del propio Alonso Fernández de Lugo, de boca de su procurador; «Cuentas de la Conquista de Gran Canaria», extraídas por el Dr. Ladero del Archivo de Simancas.

(18): Abreu Galindo.

Índice

Ternu (Victoria).	7
Capítulo Primero. “El Viejo Guerrero”.	9
Capítulo Segundo. “Cruce de Destinos”.	22
Capítulo Tercero. La Palma. “Pedazo de Cielo”.	53
Capítulo Cuarto. “En las Montañas de Tinibúcar”.	85
Capítulo Quinto. “Tanausú (La Caldera)”.	112
Capítulo Sexto. Tenerife. “La Matanza”.	165
Epílogo.	237
Bibliografía.	239



SERVICIO DE PUBLICACIONES
EXCMO. CABILDO INSULAR DE LANZAROTE